

MÁS FUERTES, MÁS REBELDES, MÁS ALEGRES

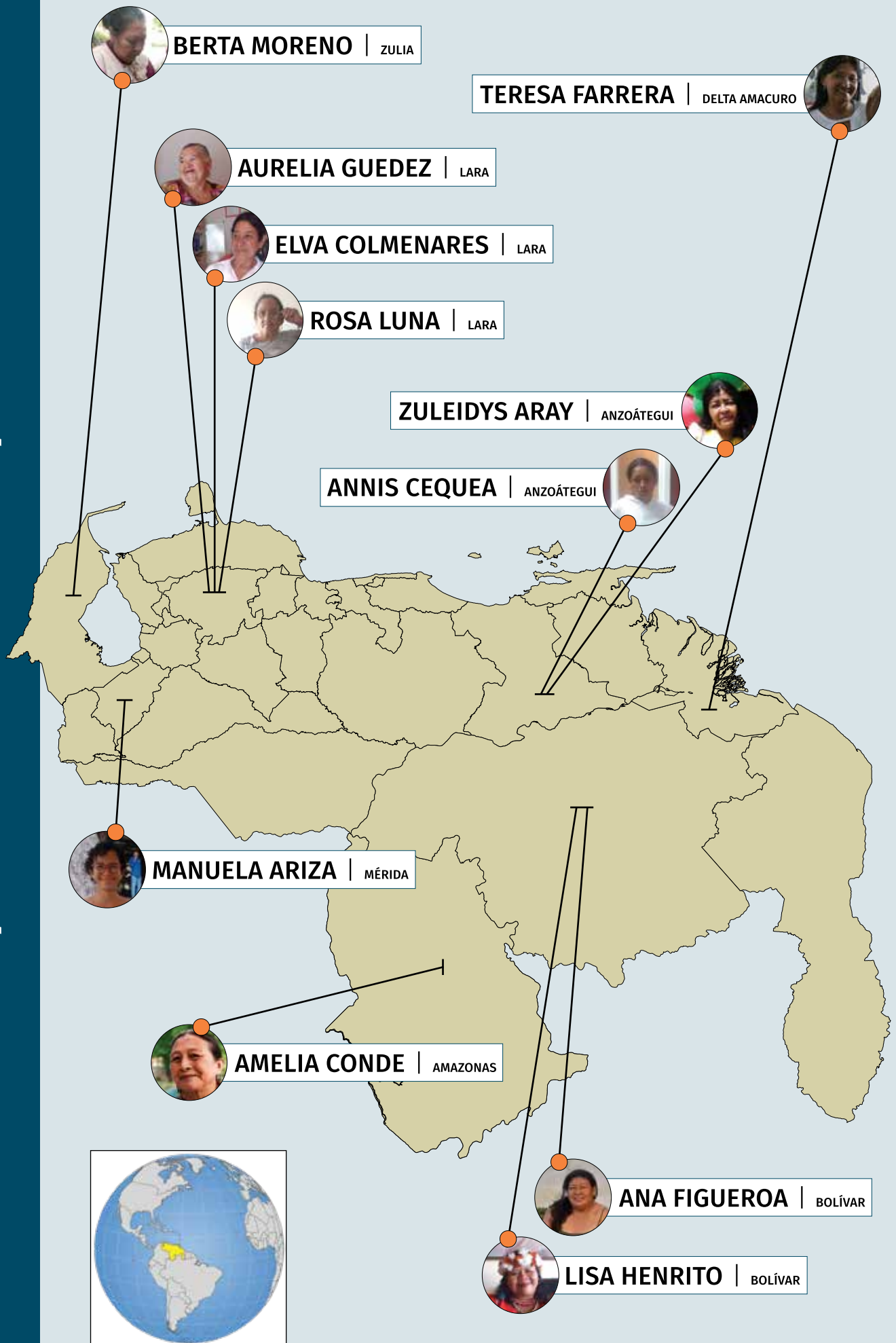
HISTORIAS DE LIDERESAS INDÍGENAS
Y CAMPESINAS EN VENEZUELA

MINERVA VITTI

(COORDINADORA EDITORIAL)

TEXTOS DE ALFREDO BIZCOHEA GARCÍA,
ERNESTO ROQUE, MINERVA VITTI,
ASDRÚBAL MORÁN, JOSUE ARAQUE,
REBECA PÉREZ Y DIANELIS SÁNCHEZ

MÁS FUERTES, MÁS REBELDES, MÁS ALEGRES



**Más fuertes, más rebeldes, más alegres.
Historias de lideresas indígenas
y campesinas en Venezuela**

© Fundación Centro Gumilla
Primera edición, 2024.

Coordinación editorial: Minerva Vitti.
Corrección: Marlene García.
Diseño gráfico: Elena Roosen.
Fotografías de portada y contraportada:
Artesanas warao lavando el moriche y
tejiendo. Fundación Tierra Viva.
Textos: Alfredo Bizcochea García,
Ernesto Roque, Minerva Vitti,
Asdrúbal Morán, Josue Araque,
Rebeca Pérez, Dianelis Sánchez.
Lideresas: Amelia Conde, Zuleidys Aray,
Annis Cequea, Ana Figueroa, Lisa
Henrito, Teresa Farrera, Manuela Ariza,
Aurelia Guedez, Rosa Luna,
Elva Colmenares, Berta Moreno.
Impresión: Gráficas Lauki, C.A.

J-00138912-1



© Fundación Centro Gumilla
Primera edición, 2024
Hecho el Depósito de Ley
ISBN: 978-980-250-094-9
Depósito Legal: DC2024000157

Esta publicación contó con el patrocinio
de Alboan.



www.alboan.org

Fundación Centro Gumilla no se responsabiliza
por los juicios y opiniones de los artículos
firmados. Esta responsabilidad compete
a sus autores.
En caso de reproducción total o parcial
de los artículos, se agradece citar la fuente.

PRESENTACIÓN

- 2 Más fuertes, más rebeldes, más alegres
Minerva Vitti
-

AMAZONAS

- 5 Amelia Conde, la fuente creadora de la mujer *uwöttüja*
Minerva Vitti
-

ANZOÁTEGUI

- 12 Zuleidys Aray, la biblioteca cultural kariña
Alfredo Bizcochea García
-

- 18 Annis Cequea, una maestra preparada para gobernar
Ernesto Roque
-

BOLÍVAR

- 22 Ana Figueroa, la profesora pemón que es abono
de su tierra
Minerva Vitti
-

- 29 Lisa Henrito, crecer del centro hacia afuera como los anillos
de un árbol
Minerva Vitti
-

DELTA AMACURO

- 39 Teresa Farrera, la raíz warao que sigue creciendo lejos
de sus aguas
Minerva Vitti
-

LARA

- 47 Las mujeres que mantienen vivo el café de Copalar
Asdrúbal Morán
-

MÉRIDA

- 52 Manuela Ariza, devolver el poder de parir a las mujeres
Josue Araque y Rebeca Pérez
-

ZULIA

- 57 Berta Moreno, un ángel del Tukuko al servicio
de las comunidades
Dianelis Sánchez
-

PRESENTACIÓN

Más fuertes, más rebeldes, más alegres

MINERVA VITTI*

*soy sangre caliente que atiende el llamado
de mi voluntad
soy espíritu al que le nacen deseos, espinas,
raíces, troncos, llamados de este y otros tiempos
morena, sudorosa, sinvergüenza, apalabrada
carne morena
carne que baila, que baila con los ojos abiertos
y cerrados
que recupera su movimiento
carne y huesos que danzan por toda la alegría
y el baile
que le fueron negados a mis ancestras
boca que mastica hongos en el invierno del futuro
boca infantil que fue saqueada por la brutalidad
boca que recupera su canto, su grito, su saliva.
boca que recupera su canto, su grito, su saliva.*

(ROSA CHÁVEZ, poeta maya k'iche' kaqchiquel)

Esta publicación surge de la necesidad de contar las historias de algunas mujeres indígenas y campesinas de Venezuela que están liderando procesos en sus comunidades o fuera de ellas, a través de la transmisión del idioma y la cultura de su pueblo, el acompañamiento al parto respetado, la prestación de servicios sociales a su gente, la reactivación de cooperativas, la siembra para garantizar la soberanía alimentaria de su familia, y el empoderamiento y apoyo a emprendimientos de otras mujeres, que constituyen alternativas económicas en contextos extractivistas.

En total son nueve historias de mujeres, de entre 30 y 70 años de edad, de los estados Amazonas, Anzoátegui, Bolívar, Delta Amacuro, Lara, Mérida y Zulia, ubicados en Venezuela. Mujeres campesinas, cooperativistas, maestras, administradoras, parteras e indígenas –de las etnias *uwöttüja*, kariña, pemón, warao, yukpa y wayúu–, que desde sus saberes femeninos fecundan, inspiran y sanan la propia vida y la de sus pueblos y comunidades, fortaleciendo un camino de resistencia ante un modelo extractivista que amenaza su existencia.

Estas mujeres han entendido que defender la tierra es también defender su cuerpo, su ser mujer. Sus liderazgos son diferentes porque se manejan dentro de otros modos de relación basados en el cuidado, la ternura, la igualdad y la solidaridad, que potencian procesos sólidos en el tiempo.

A través de sus historias se evidencia cómo ellas viven el Buen Vivir teniendo un conocimiento de sí mismas, profundizando en sus raíces, para poder salir y darse a los demás. Ellas resisten desde sus manos: sembrando, preparando los alimentos, tejiendo, escribiendo, asistiendo partos; desde la danza y sus cantos: para estar bien con Dios, con su comunidad y con ellas mismas; y desde las ciudades manteniendo su idioma y su cultura. Sus vidas están íntimamente ligadas a la economía del cuidado.

En la mayoría de los países, incluido Venezuela, son ellas quienes están al frente de la defensa del territorio, porque son las más golpeadas por un modelo de desarrollo que no es cónsono con la vida. Estas mujeres no solo defienden la conservación de una propiedad, sino la vinculación intrínseca que tienen con el territorio y su cosmovisión; además de ser las encargadas de transmitir su cultura e idioma –a lo interno y externo de las comunidades– constituyéndose en puentes vivos entre el mundo indígena y el mundo occidental.

Marisol de la Cadena, peruana y profesora de Antropología en la Universidad de California, en Davis, explica que muchas veces el rechazo a salir de los territorios, o lo que es lo mismo, quedarse en los territorios defendiéndolos –y nutriéndolos– puede expresar una relación en la que:

[...] mujer-tierra-laguna (o ¡plantas-rocas-suelos-animales-lagunas-humanos-arroyos-canales!) emergen inherentemente juntos, es decir, se intra-hacen en una composición en la que las entidades son unas con otras de modo tal que, separarlas en entidades individuales, las transformaría en algo que no son...

No obstante, algunas de las protagonistas de las historias que les compartimos también luchan por mantener su cultura viviendo fuera de sus territorios ancestrales, lo cual muestra otro signo de estos tiem-

pos caracterizado por un desarraigo no solo físico sino espiritual con el que se debe aprender a reexistir.

En una entrevista Hubert Matiúwàa, un poeta del idioma *mè'phàà*, que se habla en el estado de Guerrero, México, se pregunta:

¿Cómo plantear una nueva identidad, cuando ya no tienes lugar para planteártela? La memoria no es nada más una cosa etérea, la memoria también es algo físico. Si regresas a un lugar y ya no encuentras nada, ¿dónde vuelves a replantearte esa memoria? ¿En qué espacio vuelves a recuperarla, si ya no existe? Tenemos que estar obligados a replantearnos nuevas formas de hacer memoria, ir pensando cómo vamos configurando nuestra identidad.

Es por ello que no se pueden entender estas resistencias de las mujeres ante el cambio climático, la devastación del capitalismo por despojo (extractivismos) o la violación de los derechos humanos por los gobiernos, sin vislumbrar –aún como intuición o conocimiento– esta relación ser-estar-pertenecer de las mujeres dentro y fuera de sus territorios, pues ellas mismas son naturaleza.

Otro elemento importante es que a pesar de la fuerza que impregnan estas lideresas en sus causas, también se les ve cansadas, fatigadas y enfermas, porque en la mayoría de los casos están recargadas de trabajo. “Esconden la enfermedad, primero el niño y el hombre, luego yo”, comentó Asdrúbal Morán, coordinador regional de formación comunitaria del Centro Gumilla Lara, durante una de las formaciones sobre el mundo campesino dictada para los autores de estas historias.

Muchas veces la mujer sacrifica su Buen Vivir por el Buen Vivir del resto. Están sometidas a relaciones de machismo dentro de sus comunidades, donde es muy difícil que asuman roles de toma de decisiones, o son asesinadas, violadas, despojadas y traficadas sexualmente por diversos actores.

En el prólogo de *Mujeres indígenas frente al cambio climático* se afirma que:

[...] los cuerpos de las mujeres son más susceptibles a los efectos peligrosos de la contaminación tóxica –contaminación por cianuro, arsénico y metales pesados de las actividades extractivas– y cada vez hay más evidencia que demuestra las muchas formas en que las mujeres, como portadoras de la vida, se ven afectadas y transmiten graves problemas de salud ambiental a las próximas generaciones.

En ese sentido, las mujeres indígenas y campesinas, así como la mayoría de las mujeres del Sur Global:

[...] soportan una carga aún mayor del cambio climático debido a los impactos históricos y continuos del colonialismo, el racismo y la desigualdad; pero sobre todo porque dependen más de los recursos naturales para su supervivencia. La sequía, las inundaciones y los patrones climáticos extremos e impredecibles presentan desafíos de vida o muerte para muchas mujeres, porque somos las mujeres las responsables de proporcionar alimentos, agua y energía a nuestras familias: somos las gestoras y actrices de la soberanía alimentaria. En muchas comunidades, la violencia de género y sexual contra las mujeres se agrega a otros impactos nefastos perpetuados por las industrias extractivas que afectan hoy en día a las más vulnerables.

La degradación ambiental es solo una muestra de las múltiples violencias que enfrentan las lideresas en sus territorios. Pero como veremos en las historias, no solo las mujeres se perciben como víctimas. Vandana Shiva, escritora y filósofa india, dice que las voces de las mujeres que participan y lideran estos movimientos "... son de liberación y transformación que proporcionan nuevas categorías de pensamiento para nuevas direcciones exploratorias"; y continúa diciendo que:

[...] somos nosotras las mujeres quienes tenemos la posibilidad de plantear cambios radicales, no solo en la forma cómo nos comportamos entre nosotras y con nuestros hijos y compañeros, sino en nuestra relación con los territorios, los acuíferos, los bosques y las diversas formas de vida en relación armónica con la naturaleza.

Las historias que presentamos en esta publicación son una muestra de estas resistencias: la búsqueda de una vida en plenitud de las mujeres, estén en la montaña, la comunidad, la selva, la ciudad. Con el deseo de ser más fuertes, más rebeldes, más alegres.

DETRÁS DE LAS HISTORIAS

Para escribir estas historias los autores contaron con varias actividades formativas, entre estas los conversatorios sobre "La situación de los pueblos indígenas y el extractivismo en Venezuela" y "La realidad del mundo campesino en Venezuela", presentados por Minerva Vitti y Asdrúbal Morán, respectivamente, de la Fundación Centro Gumilla. Además de la actividad teórica-práctica "Taller de crónica. Cómo contar historias que conecten", facilitada por Liza López, periodista/editora, con más de veinticinco años de experiencia como reportera y

coordinadora editorial, que actualmente dirige el medio digital independiente *Historias que laten*.

La actividad dirigida por Liza López incluyó cuatro sesiones: dos teóricas, donde se compartieron recomendaciones para entrevistar, técnicas para narrar historias y ejemplos de crónicas inspiradoras sobre el mundo indígena y campesino; y dos mentorías en las que se acompañaron los primeros avances de escritura de los autores.

En la escritura de las historias participaron: Alfredo Bizcochea García, Ernesto Roque, Minerva Vitti, Asdrúbal Morán, Josue Araque, Rebeca Pérez, Danelis Sánchez. En tanto, las mujeres que abrieron las puertas de sus hogares y sus territorios para contarse fueron: Amelia Conde, Zuleidys Candelaria Aray, Annis Cequea, Ana Mercedes Figueroa, Lisa Henrito, Teresa Farrera, Manuela Ariza, Aurelia Guedez, Rosa Luna, Elva Colmenares, Berta Moreno Panera.

Dentro de las historias existen dos –las de las lideresas indígenas Amelia Conde y Lisa Henrito– que ya habían sido publicadas previamente y que se han adaptado para este trabajo. Se comparten los *links* para acceder al material completo.

La publicación de esta revista sobre historias de lideresas indígenas y campesinas en Venezuela se realiza en el marco del proyecto "Fortaleciendo capacidades de análisis e investigación, en el talento humano de la Fundación Centro Gumilla 2023-2024", implementado por la Fundación Centro Gumilla y financiado por la ONG jesuita Alboan, y responde específicamente a las actividades: sistematización de experiencias formativas en Gumilla y publicación de testimonios sobre mujeres indígenas y campesinas con liderazgo social.

El objetivo durante todo el proceso ha sido incrementar las capacidades y competencias de análisis e investigación en el talento humano asociado al Gumilla a nivel nacional; y publicar los testimonios de mujeres indígenas y campesinas con liderazgo social, con el fin de destacar su papel en la promoción de la democracia y los derechos humanos en Venezuela.

Finalmente, se espera realizar encuestas y entrevistas donde se evaluará el grado de impacto de la publicación en la comunidad indígena y campesina y se medirá el nivel de satisfacción de las personas que recibirán el material.

*Periodista venezolana. Es parte del área de investigación de asuntos indígenas, justicia socioambiental y ecología de la Fundación Centro Gumilla. Fue jefe de redacción de la revista *SIC* (2013-2018). Autora del libro *La fuerza del jebumataro. Historias de despojo y fortaleza de la Venezuela indígena* (2019, **ab**Ediciones UCAB y Ediciones Centro Gumilla).

AMAZONAS

Amelia Conde, la fuente creadora de la mujer *uwöttüja**

MINERVA VITTI**

* El presente trabajo es una adaptación de la historia de vida "Navegando las aguas de Amelia Conde" (Amelia Conde *kkajijyanä iwäju*) publicada originalmente por el Observatorio para la defensa de la vida (Odevida) el 2 de diciembre de 2022. El trabajo completo puede leerse en: <https://www.odevida.pares.com.co/post/navegando-las-aguas-de-amelia-conde-kkajijyan%C3%A4-iw%C3%A4ju>

En 2023, Amelia Conde recibió el premio como una de las cien mujeres protagonistas en materia de derechos humanos y emprendimiento, que concedió la Embajada del Reino de los Países Bajos en Venezuela. El trabajo que realiza como coordinadora general de la Organización de Mujeres Indígenas de Autana (Omida) es un canto de agua que defiende la vida mostrando alternativas económicas distintas a la minería aurífera y la violencia desbordada en la Amazonía venezolana



“USTEDES TIENEN COMIDA EN SU CASA SI EMPRENDEM”, SIEMPRE LE REPITE A LAS MUJERES AMELIA CONDE. FOTO SERGIO GONZÁLEZ- PROVEA

Son poco más de las siete y media de la mañana. Amelia Conde, indígena *uwöttüja* de 62 años, lleva puestos unos lentes y una camisa rosada, en un rato saldrá a mostrar algunas artesanías de su emprendimiento familiar a un cliente. Esta lideresa comunitaria de sonrisa contenida y palabra pausada lleva días fuera de su territorio originario, ubicado en el estado Amazonas al sureste de Venezuela.

—He estado caminando— comparte tímida un piriolo de cientos de kilómetros.

Su participación en eventos nacionales como el lanzamiento de la iniciativa “Amazonía por la Vida: Protejamos 80 % al 2025”; y en eventos internacionales, como la “V Cumbre Amazónica de los Pueblos Indígenas: Soluciones por una Amazonía Viva”, el “XI Congreso de la Coordinadora de Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (Coica)” y las “Conversaciones de la Amazonía”, realizadas en Perú y Colombia, la han mantenido en movimiento.

—En estos lugares mi principal labor es visibilizar el trabajo que venimos realizando con las mujeres indíge-

nas a favor de la economía de la vida y la transmisión de los saberes ancestrales— explica Amelia.

Otro suceso que no ha permitido que esta lideresa permanezca tranquila en su casa ha sido el asesinato de Virgilio Trujillo Arana, guardián territorial *uwöttüja*, el pasado 30 de junio de 2022.

—A partir de su muerte, estamos viviendo una vida de persecución, temiendo que nos asesinen a todos los líderes, en otros casos hay amenazas hacia las familias enteras. No queremos vivir esa vida, queremos estar en nuestro territorio trabajando— dice la defensora intentando represarse.

Amelia es como la confluencia donde las aguas de distintos afluentes se unen. Juntos forman un cauce común, profundo, tranquilo, que conduce hacia lo grande. Desde 2007 es la coordinadora general de la Organización de Mujeres Indígenas de Autana (Omidá), una organización donde ha desarrollado proyectos y articulado espacios de acción relacionados con la igualdad de género intercultural, el estímulo de proyectos socioproductivos liderados por mujeres, así como la protección del bosque amazónico de la minería.

—La mujer indígena es la que lidera la familia, la que administra y está pendiente de cómo está el territorio donde tiene su conuco, si está destruido, si hay que reforestar. Es muy conservadora, administra su conuco y todo lo que hay en el territorio— explica convencida de lo que aportan las mujeres a sus comunidades.

Tanto ella como sus hijas han dedicado su vida para que las indígenas se superen. En el caso de Amelia, como maestra, líder comunitaria, primera dama de la alcaldía y, en los últimos años, desde la organización local, participando con trabajos específicos. Es allí donde se siente más cómoda, siendo “menos visible”, alimentando corrientes subterráneas que generen verdaderas transformaciones.

Esta lideresa es originaria del pueblo indígena piaroa, también conocido como *uwöttüja* (gente con conocimiento) o *de'aruwä* (dueño de la selva), un pueblo de agricultores cuya población se estima en 19.293 personas (9.810 hombres y 9.483 mujeres) y que hace parte de los 52 pueblos indígenas de Venezuela.

Su territorio en este país ocupa una extensión de alrededor de 30 mil km², abarcando las cuencas de los ríos Sipapo, Autana, Cuao, Guayapo, Samariapo, Cataniapo, Paria, Parguaza, Suapure, Ventuari y Manapiare; además de los ejes carreteros que conectan Puerto Ayacucho, capital del estado Amazonas, con el puerto de Samariapo, al sur; la cuenca media del Cataniapo, al este; y el estado Bolívar, al norte. En Colombia viven entre los ríos Vichada, al norte, y Guaviare, al sur, en la margen occidental del Orinoco, y sus comunidades se encuentran principalmente en los resguardos de Matavenfruta, Atanapiramiri y Cañozama, en el sur del departamento del Vichada.

SUMERGIRSE EN LAS AGUAS DE CAÑO GRULLA: ALGUNOS ELEMENTOS DE LA COSMOVISIÓN UWÖTTÛJA

La Amelia niña disfrutaba subirse a los árboles, caminar hasta las lajas y bañarse en las aguas de Caño Grulla con sus amigas. Con aquella tranquilidad de jugar en la selva habla de su padre alimentándola de aves y báquiros, por eso la comida que más le gusta es de cacería.

—Antes mi territorio era donde teníamos todo, nuestros ríos, nuestra selva, donde molían para los conucos. Teníamos frutos silvestres, íbamos a recolectar nuestros alimentos, los varones se encargaban de la pesca. Ha sido parte de nuestra vida feliz y aprendiendo de nuestros padres todos los quehaceres de la casa, toda la vida cotidiana de los pueblos indígenas— dice la lideresa a la que su pueblo nunca llamó por su nombre sino *chittiju*, que en idioma *uwöttüja* significa hija.

Amelia es la quinta de seis hermanos. Su familia, originaria del río Autana, vivió en varios asentamientos hasta que migraron al Orinoco Medio, donde se establecieron primero en Caño Nigua y, posteriormente, en Caño Grulla, cuando el primero de los hijos ingresó al internado de los misioneros salesianos.

—El padre Federman buscó alumnos y uno de ellos era mi hermano. Él se lo llevó porque vivíamos adentro de la selva y era difícil para mi hermano venir de vacaciones, entonces el padre sugirió que nos bajáramos hacia la orilla del Orinoco, por eso es que nace la comunidad en Caño Grulla en 1966, que hoy ha crecido y tiene más de quinientos habitantes.

A ella también la trasladaron al internado católico cuando tenía ocho años. Una etapa que describe como “muy intensa” porque siente que perjudicó muchas prácticas de su cultura; aunque a su vez reconoce que le brindó herramientas para defenderse en el mundo no indígena.

Durante el año escolar solo tenía un mes de vacaciones que aprovechaba para adentrarse en su cosmovisión. De su papá, Francisco Conde, recuerda que era chamán *meyeruwa*¹, un especialista en la prevención de enfermedades, que rezaba y curaba a la gente. A su mamá, María Antonia Conde, la describe como una persona reservada que respetaba mucho las costumbres. Cuando mataban un danto, animal que ancestralmente es considerado sagrado y un abuelo mitológico para los *uwöttüja*, su madre ni siquiera quería verlo, no permitía que lo cocinaran en sus ollas, y les decía que se fueran a comerlo lejos de la casa.

De aquellos tiempos, en los que vivían todos juntos en una churuata grande en el alto Autana, esta defensora indígena rememora los rituales de picaduras de hormigas (*yänäu*) y avispas (*huajo päju*).

Las pruebas físicas servían, sobre todo, para aprender a aguantar el dolor y tener autocontrol de sus emo-

ciones. Asimismo, su padre rezaba por la protección del territorio, la comunidad, las personas, y ahumaba *märuhuä* o caraña (resina de *Protium carana*) que aplicaba en el cuerpo de la gente y afuera de la casa con este mismo fin.

A pesar de que tuvo un gran referente cultural en su propio padre, Amelia no niega su fe en María Auxiliadora, una de las advocaciones marianas difundida en los cinco continentes por las obras educativas de los salesianos, y asegura que su espiritualidad nunca fue obstáculo para enseñarle a sus hijos los orígenes de su pueblo.

Durante las vacaciones, tanto ella como su esposo llevaban los niños a Autana para mostrarles de dónde venían sus abuelos y que esos territorios eran parte de sus vidas. Los fines de semana pescaban y hacían un sancocho en alguna isla. Cuando visitaban a los abuelos, comían los alimentos juntos en el suelo y cualquier cacería era distribuida a todos por igual. También les enseñaron cómo protegerse con los rituales para que los niños estén sanos, con las picaduras de hormigas y avispas para “soportar todo lo que se te viene en la vida y crecer como persona”².

EL RUMOR DE CHEJERU: LOS INICIOS DE OMIDA

Tras terminar su educación básica en el internado, a Amelia la quisieron enviar a Caracas para que hiciera el bachillerato con las monjas, pero en ese momento surgió un programa para formar docentes normalistas indígenas que pudieran enseñar en sus comunidades, e ingresó en el Instituto Universitario de Mejoramiento Profesional de Magisterio; posteriormente se graduó como docente intercultural bilingüe en la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL) Instituto Pedagógico Rural El Macaro.

A través de su trabajo como maestra en Caño Grulla —hasta su jubilación y salida de la comunidad en 1997— formó a una generación en la interculturalidad y contribuyó al progreso de su pueblo. Daba clases a los niños de primero y segundo grado y su aporte siempre fue orientado a la formación más allá de lo educativo.

Amelia participó en la organización comunitaria de los *uwöttüja*. Además, llevó procesos de trabajo en Caño Grulla, como la creación de las normas de la comunidad, la planificación de los juegos indígenas, e incluso quería tener una revista que sirviera como órgano divulgativo de su pueblo.

Al finalizar su servicio como docente, se vinculó a la alcaldía de Autana donde su esposo, también maestro, fue elegido en tres periodos consecutivos, desde 1996 hasta 2008. Durante los recorridos que hacía con la alcaldía, Amelia se dio cuenta que las mujeres indígenas no participaban en la toma de decisiones de las comunidades, por eso decide crear Omida, en diciembre de 2006.

La organización nace con dos objetivos muy específicos: sensibilizar a las mujeres indígenas para que den sus aportes en la toma de decisiones en sus comunidades; y sensibilizarlas con respecto a sus propios derechos y al enfoque de género en el proceso organizativo.

A lo largo del tiempo Omida se ha ido adaptando al contexto. Si bien al principio su labor fue más política y enfocada en el empoderamiento de los derechos de las mujeres indígenas; posteriormente, a partir de 2014, con la invasión de la minería aurífera, se enfocó en los derechos territoriales, denunciando que los actores criminales y estatales que dirigían esta actividad extractiva:

... acosan, hostigan y amenazan a las ancianas sabias, lideresas e integrantes activas de las organizaciones indígenas; [y que] niñas, adolescentes y mujeres indígenas se encuentran en estado de vulnerabilidad ante las redes de trata y tráfico de mujeres, siendo víctimas de una cultura patriarcal que opera en perjuicio de sus derechos humanos³.

LA FUENTE CREADORA DE LA MUJER UWÖTTÛJA: EMPRENDIMIENTOS QUE SOSTIENEN LA VIDA

Dos mujeres son madres de la naturaleza. Se llaman *Chejeru* y *Kuäwäyqmu* y juegan un papel importante pues *Änämäi* les entregó la responsabilidad de administrar una ley especial sobre la alimentación de los pueblos indígenas que se encuentran en la selva del territorio *uwöttüja*. *Chejeru* es responsable de los ani-



PRODUCTOS PARA LA VENTA DE LAS MUJERES DE OMIDA.
FOTO MARÍA ARANA-OMIDA

males terrestres, voladores y peces. *Kuäwäyqmu* es una persona importante que representa la siembra, administra las tierras fértiles e igualmente administra los árboles de fruta silvestre. “Ustedes tienen comida en su casa si emprenden”, repite Amelia a las mujeres como si se tratara de una enseñanza transmitida directamente por el mismo *Änämäi*, el ser que vive en su eterna morada, que no tiene principio ni fin, el creador de los *uwöttüja*.

A partir de 2018, y motivadas por la emergencia humanitaria compleja (EHC) en Venezuela, caracterizada por una crisis alimentaria, el repunte de enfermedades emergentes y reemergentes, y un desplazamiento forzado de la población, Omida ha enfocado su labor hacia la economía indígena.

Amelia explica que la EHC las afecta bastante porque muchas indígenas están acostumbradas a vivir entre las dos culturas, y plantea que las mujeres que migraron a las ciudades experimentan mayor dificultad para acceder a los alimentos con respecto a las que permanecen en las comunidades más alejadas, aunque este modo de vida también se encuentre amenazado por las economías ilícitas extractivas que invaden sus territorios.

Con ese horizonte de “darle solución y respuesta a los problemas de las mujeres indígenas”, de acuerdo a las necesidades y al contexto del momento, desde hace dos años empezaron a formar a las mujeres en sus emprendimientos. Hay diferentes rubros: artesanía, corte y costura, venta de productos amazónicos, venta de productos originarios.

—Elas son de Sipapo, Grulla, Pendare, son gente que migró. También hemos incorporado de otros pueblos indígenas como los baré y los curripaco. Queremos dar esa fortaleza para que las mujeres se independicen de estar pendientes del Gobierno, de las bolsas, de un sueldito— explica Amelila.

Omida constituye una plataforma de saberes. En la organización las indígenas aprenden a colocar los precios a sus productos, mejoran la calidad y presentación de los mismos, y desarrollan capacidades de liderazgo. Recientemente, Omida aplicó a un proyecto con los misioneros salesianos y Manos Unidas para crear una cocina de la organización, porque a veces las emprendedoras no tienen dónde refrigerar ni dónde cocinar los alimentos.

Muchas de ellas venden sus productos en sus casas, otras tienen pequeños puestos a lo largo de la avenida Orinoco, que es la vía principal en Puerto Ayacucho. También existe un quiosco (tienda) en la sede de la Organización Regional de Pueblos Indígenas de Amazonas (Orpia) donde las mujeres pueden llevar sus productos para venderlos.

—Nuestro reto es resaltar con nuestros productos amazónicos. Lo más difícil para el pueblo *uwöttüja* es que es muy tímido, aunque algunas personas sobresa-

len, pero la mayoría no, por eso desde la organización les estamos dando el impulso— agrega la lideresa.

Desde marzo de 2021, Omida es beneficiario del proyecto de caja comunal “*Kuäwä Yqmu*” (cajas de ahorro y préstamo), por el auspicio de la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (Coica) y Land is Life. Esta es una iniciativa que responde a la reactivación económica frente a la Covid-19, a través de un mecanismo de financiamiento local para las mujeres y hombres indígenas miembros de Omida. El financiamiento va desde los 50\$, dirigido principalmente a los emprendedores.

—Actualmente tenemos 58 socios, entre mujeres y hombres, que se reúnen una vez al mes para crear un sentido de pertenencia. Con esta iniciativa estamos generando medios de vida, para que tengan un ingreso extra para su familia; trabajamos mucho la sostenibilidad de los proyectos de Omida, y también exigimos compromiso a los beneficiarios. Para los jóvenes *uwöttüja* —en especial— es una gran oportunidad de superación personal— señala Beisy Arana Conde, una de las hijas de Amelia, que funge como coordinadora del equipo técnico de Omida y coordinadora regional del proyecto Cajas Comunales “Semillas de Abundancia” en Coica.

Por su parte, Amelia comenta que han tenido buenos resultados con las jóvenes porque ella misma ha dado un paso atrás para poder transmitirles su propia

cultura, para que conozcan a su pueblo y se defiendan a través de sus emprendimientos.

—Nuestras mujeres todavía se mantienen viviendo como pueblo indígena y también formándose profesionalmente. He visto a muchas que son concejales, diputadas, enfermeras, docentes. Ha habido mucho progreso en nuestras mujeres. También hay otros profesionales con doctorados y magísteres. Somos un pueblo que hemos tenido ese proceso de profesionalización. Y me contenta que sigan formándose académicamente también sin perder su cultura.

La defensora indígena se siente tranquila cuando no puede estar en las actividades de la organización porque hay otras compañeras que lideran.

—Tenemos ese trabajo en equipo. Hoy en día hasta me ganan hablando— dice risueña y se anima a nombrar a algunas de estas lideresas, muchas de ellas también docentes: María Elena Casuri, Jakeline González, Sonia Torres, Rosa Pérez, Consuelo Ortiz, Juanita Ramírez, Zoraida Ramírez, Catalina Moreno, Glenny Arana, Mónica Santos, Annia Arana, María Arana, Lisa Rodríguez, Iliana González, Livia Ortiz, Claudia Álvarez.

Actualmente Omida mantiene proyectos en las comunidades de Caño Grulla, Pendare e Isla Ratón. Sin embargo, Amelia explica que cada día es más difícil trasladarse desde Puerto Ayacucho, donde reside actualmente, hasta estas comunidades, debido a los altos



CULMINACIÓN DE FORMACIÓN EN ARTESANÍA EN EL MARCO DEL PROYECTO MANOS UNIDAS MUJER *UWÖTTÜJA* SIEMBRA, TRANSFORMA Y VIVE.

FOTO MARÍA ARANA-OMIDA



FERIA DE EMPRENDIMIENTO AMAZÓNICO APOYADO POR OMIDA. FOTO MARÍA ARANA-OMIDA

costos de combustible y transporte. Esta situación ha hecho que la organización focalicé más su trabajo en el casco urbano de Puerto Ayacucho y que incluso se haya ampliado a otros pueblos indígenas; por eso en la última asamblea de Omida, realizada en agosto de 2021, surgió la idea de cambiar el significado de la última letra del nombre de la organización; que sea una “A” de Amazonas y no de Autana.

Lejos de hundirse en las dificultades económicas, la voluntad de la lideresa navega a cuanto espacio es invitada por su labor, no solo en Omida, sino también como vicecoordinadora de Orpia y colaboradora en la Coica. En estos lugares expone el trabajo que han hecho ante las amenazas en el territorio y para contrarrestar la crisis económica.

—Las problemáticas son similares para todos: los grupos armados, la minería; pero también lo bueno es conocer la gente cooperante. En este último viaje nos fue bien porque hubo gente muy valiente que decía “tenemos que buscar otra manera de ayudarlas a ustedes” y aunque sean uno o dos, eso es bueno para nosotras— dice sólida, como un *todeku* (puente) extendiéndose entre las dos orillas.

MANTENER UN CUERPO DE AGUA: LA EXPERIENCIA DE MADIWARU

Además de fortalecer a las mujeres indígenas para que se independicen económicamente, Amelia también participa en una pequeña empresa familiar llamada *Madiwaru*, que en lengua *uwöttüja* significa el espíritu del báquiro que guía a su piara por un solo camino. El nombre lo escogió su hija Beisy Arana Conde, fundadora del proyecto.

Al principio era solo Beisy quien llevaba el emprendimiento y posteriormente se incorporó el resto de la familia.

—Yo quería ofrecer en el mundo de los emprendimientos un producto artesanal y orgánico elaborado por la familia indígena. Nosotros cumplimos todo el ciclo productivo: la siembra a la que se dedica nuestra familia en Alto Carinagua y Caño Grulla, la producción o procesamiento de alimentos que se realiza en casa, la comercialización porque tenemos una tienda física ubicada en la urbanización Aramare de Puerto Ayacucho. Siempre vi todos esos elementos a nuestro favor. El proyecto también nace por la necesidad de ayudar a los productores indígenas en la comercialización— dice Beisy sobre este emprendimiento que ya tiene seis años.

Madiwaru comenzó vendiendo los productos de otras personas, pero ahora la familia Arana Conde tam-

bién los elabora. Mientras María Arana Conde –otra de las hijas de Amelia– se encarga de trabajar con mostacilla, madera, semillas y plumas para crear collares, zarcillos y pulseras que visualizan la memoria de este pueblo *uwöttüja*, Amelia se inclina más por los alimentos autóctonos como catara, mañoco, mermeladas y vinos; todos hechos con productos únicos de la región amazónica: yare de yuca, copoazú, manaca, piña; de acuerdo a la temporada de cosecha.

Particularmente la catara, cuya base es el líquido del yare que se sustrae de la yuca amarga, debe cocinarse por bastante tiempo. Amelia compra el yare a las indígenas curripacas y elabora tres tipos de catara: catara natural, espesa y líquida aliñada. De las mujeres indígenas aprendió el tiempo de cocción de este alimento y poco a poco lo ha ido mejorando, condimentándolo, una costumbre que adquirió cuando estudió en el internado católico y que pronto trasladó a su cocina.

Del mismo modo en que el comportamiento del báquiro contribuye a mantener cuerpos de agua que resultan clave para la supervivencia de otras especies, *Madiwqru* ha sido un aliciente para que los *uwöttüja* que se encuentran en las comunidades puedan vender sus productos, mejorando su presentación y etiqueta. Así fue como nació la línea de mañoco, comprado directamente a los productores de Caño Grulla.

Amelia y Beisy desean que *Madiwqru* pueda aportar al trabajo que ya vienen realizando en Omida, por eso también plantean que las mujeres *uwöttüja* tengan una vitrina, un espacio para colocar sus productos, mientras ellas las ayudan a promocionarlos y venderlos.

—Mis padres siempre ayudaron en el progreso de la comunidad y por eso llevamos ese liderazgo en la familia, crecimos viéndolos en su trabajo social. Mi mamá es una de las pocas mujeres de su generación que queda en las organizaciones indígenas como Orpia y Omida, gran parte de su vida se ha dedicado a trabajar con mujeres *uwöttüja*— expresa Beisy, orgullosa de acompañar a su madre activamente en este periplo.

NOTAS:

- 1 “El principio de vida piaroa es el hálito o *yuwä*. El hálito convertido en soplo o en palabra es el más poderoso instrumento transformador del mundo piaroa. De hecho, entre los piaroas hay dos clases de chamanes: los rezadores o *meyeruwa* y los sopladores o *yuwäwäruwa*. El *yuwäwäruwa* es el más peligroso, pues con el poder de su soplo es capaz de destruir realidades. Ello demuestra que el hálito es fuerza que puede ser transformada en arma mortal. En contraste, el chamán creador, el *meyeruwa*, es quien canta sus oraciones (*meyé*) para hacer prolífico el mundo”. En: MANSUTTI RODRÍGUEZ, Alexander (2019): “Warime piaroa: cuatro performances en un rito”. En: *Revista Colombiana de Antropología*. Julio-Diciembre 2019. [En línea] http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=50486-65252019000200149#fn3
- 2 El poder asociado a la ponzoña de las hormigas, avispas y rayas es transferido al cuerpo y *q'cuqrühuq* (espíritu) del iniciado con las picaduras, dándole fuerza (*ujuru*) para pensar, hablar, trabajar, resistir enfermedades y relacionarse con los demás; en otras palabras, lo preparan para vivir plenamente.
- 3 VITTI, Minerva (2018): “Amazonas: profundización del extractivismo, disputas territoriales, y conflictos”. En: revista *SIC*. 17.11.2018. [En línea] <http://www.revistasic.gumilla.org/2018/amazonas-profundizacion-del-extractivismo-disputas-territoriales-y-conflictos/>

Periodista venezolana. Es parte del área de investigación de asuntos indígenas, justicia socioambiental y ecología de la Fundación Centro Gumilla. Fue jefe de redacción de la revista *SIC* (2013-2018). Autora del libro *La fuerza del jebumataro. Historias de despojo y fortaleza de la Venezuela indígena* (2019, **abEdiciones UCAB y Ediciones Centro Gumilla).

ANZOÁTEGUI

Zuleidys Aray, la biblioteca cultural kariña

ALFREDO BIZCOCHEA GARCÍA*

La historia de vida de la maestra Zuleidys Aray representa el empeño y esfuerzo del pueblo Kariña en adaptar sus costumbres y representaciones culturales a los nuevos tiempos, valorando la enseñanza ancestral y preservando la esencia de los saberes autóctonos, para vincularlos a procesos educativos interculturales modernos que garanticen el arraigo y empoderamiento de las nuevas generaciones



MAESTRA ZULEIDYS ARAY EN EL ENCUENTRO DE SABERES NIÑOS KARIÑA.
FOTO CORTESÍA LILIAN COVA

En la casa grande de largos corredores, pisos de cemento pulido, paredes de ladrillos rojos y techo de láminas de zinc, debajo de una frondosa mata de mangos, la maestra Zuleidys Aray recibe al visitante saludándole en su lengua ancestral “*¿ootuwaara poore mantu?*”. Esta expresión kariña significa “¿cómo están ustedes?”, a la cual se debe responder “*yu’pua*”, que significa “bien”.

—Esta es la forma común para recibir al visitante o al que consideramos *chooto*, que significa criollo o extranjero.

Para ella es una expresión de buenos modales que se enseña a todos los niños kariña, partiendo de la educación en casa y reforzándola en la escuela; modales que van arraigados a las representaciones culturales y a la esencia de los antepasados.

—Mi madre era analfabeta no sabía leer ni escribir pero era una mujer muy inteligente, de cada cosa nos dejaba un aprendizaje.

De esta manera Zuleidys recuerda con mucho cariño y orgullo a su madre Petra Isabel Aray, quien sin duda alguna fue un pilar fundamental en su desarrollo como persona apasionada por la cultura y tradiciones kariña. Su padre Miguel Aray formó una familia de doce hijos —nueve varones y tres hembras— siendo Zuleidys la menor de todo el grupo familiar.

El legado de sus antepasados y su pasión por enaltecer la cultura indígena le ha permitido trabajar año tras año como maestra en las escuelas de la comunidad; esta experiencia le ha llevado a asumir el cargo de docente enlace en el área de cultura a nivel de municipio, representando el circuito escolar número siete “Cacique Guaicaipuro II”, teniendo bajo su responsabilidad el acompañamiento de doce escuelas indígenas de la zona.

Además, ella presta apoyo a estudiantes —jóvenes, niños y niñas— orientándoles en diferentes prácticas para la preparación cultural en el ámbito de la artesanía, la danza, el canto y las representaciones teatrales. Esta labor la hace con mucha pasión y motivación apoyándose en un equipo de docentes, amigos, familiares e instituciones educativas y culturales de la región.

Zuleidys también escribe y ha tenido la oportunidad de presentar ante la comunidad sus folletos de cuentos cortos como: *La gallina roja* (2005), *El cogollo mágico de moriche* (2005), *El caracol burbuja* (2023) y *La duendecilla de la Navidad* (2023). Ella sueña con escribir y publicar libros de cuentos en el idioma kariña para niños, jóvenes y adultos.



Zuleidys Candelaria Aray es una lideresa indígena de 44 años de edad perteneciente a la etnia kariña, radicada en la comunidad de Bajo Hondo del municipio Pedro María Freites, perteneciente a la majestuosa mesa de Guanipa al sur del estado Anzoátegui, Venezuela. Desde muy niña tuvo inclinación y pasión por resaltar y enaltecer los valores culturales de su región, principalmente la artesanía, la música y la danza; empoderándose de conocimientos ancestrales transmitidos de generación en generación por sus antepasados.

Su madre se dedicaba a la elaboración de aros y coronas con paja “La Víbora”; también realizaba artesanías kariña con fibra del cogollo de la mata de moriche, las cuales comercializaba en diferentes floristerías de ciudades venezolanas.

Por otra parte, su padre se dedicaba a la siembra y cultivo de diferentes rubros en conucos que hacía a las orillas de los morichales del río Kashama. Más adelante se dedicaría a manejar maquinarias pesadas, oficio que aprendió en la Alfarería El Tigre perteneciente a unos italianos de apellido Mónico.

Aun siendo muy niña, su madre ya la involucraba en los trabajos de tejido y artesanía desarrollados en un pequeño taller artesanal doméstico que fungía como negocio familiar y les servía de sustento económico a los catorce integrantes. Allí fabricaban los aros de paja “La Víbora” y la artesanía de cogollo de moriche junto a un grupo de trabajadores, generalmente parientes,



ARTESANÍA KARIÑA REALIZADA CON PALMA DE MORICHE. FOTO CORTESÍA LILIAN COVA

incluyendo a los abuelos maternos. A Zuleidys le gusta rememorar sus tiempos de infancia.

—Yo era la *gordona* (hija menor) y mi madre me daba la responsabilidad de contabilizar y llevar el control de los rollitos de paja “La Víbora”, que servían para elaborar coronas y adornos. Los organizábamos en paquetes y después venía una gente de Caracas a comprarlos.

Esta acción de responsabilidad ha significado para ella un símbolo de confianza, respeto y superación personal practicado constantemente en cada uno de los proyectos que le ha tocado desarrollar en su vida.

Junto a su madre, en el viejo Chevrolet Nova conducido por su hermano Joel, uno de los mayores, recorría las riveras del río Guanipa, visitando comunidades vecinas como Las Potocas y Chimire, en busca de la materia prima necesaria para cumplir los compromisos asumidos con sus clientes de distintas ciudades venezolanas que venían a Bajo Hondo a comprar artesanía y cerámica.

Zuleidys participaba activamente en la selección de la mejor paja “La Víbora”, fibra de moriche y barro arcillosos, para obtener productos de calidad que luego eran moldeados y tallados por las manos de la matrona indígena, que con cariño y paciencia enseñaba a sus hijos el bonito trabajo de la artesanía.

—Yo tenía diez años cuando realicé de forma seria el primer trabajo de artesanía, este consistía en una

figura de gato a base de cogollo de moriche, el cual era utilizado para colocar cajitas de fósforos.

Su primer trabajo de artesanía fue de gran aceptación. La maestra recuerda que tuvieron que organizarse para poder producir en grandes cantidades, ya que era muy buscado por los compradores de artesanía.

Era gratificante observar a su madre realizando el trabajo de construcción de coronas y artesanías; también le llamaba la atención lo que su mamá hacía con una máquina de coser doméstica “Singer negra”: cortaba telas, confeccionaba vestidos, faldas, blusas y pantalones según la necesidad de vestido de la familia.

Del mismo modo, Zuleidys aprendió a fabricar las coronas de “varias cuartas”, utilizando la técnica de la mano abierta para ajustar el tamaño del aro.

—Se enrollaba la paja y luego se procedía a amarrarlas con hebras de hilo de pita; se iban colocando capas de paja hasta que los aros tomaban el grosor adecuado. Las artesanías del cogollo de moriche se trabajaban de forma diferente: la fibra se extraía de la palma del moriche y se secaba al sol, para luego torcerla con la mano utilizando la parte superior del muslo de la pierna.

Con empeño e interés aprendió a hacer los diferentes tipos de tejidos para construir artesanías y objetos decorativos de utilidad; así mismo le enseñaron las técnicas de pintura y teñido utilizando pintura de cera, la

fruta del caruto verde, el onoto tierno y polvos coloridos comestibles.

La maestra Zuleidys fomenta ante sus estudiantes el uso de la arcilla para la elaboración de figuras coloridas que representan a la mujer kariña, técnica exclusiva de esta etnia en la que solo se utilizan insumos aportados por la madre tierra. “Las Kariñitas” como ella las llama, son minifiguras de mujer indígena kariña elaboradas en arcilla, pintadas con pigmentos de árboles, pulidas con piedra de cuarzo; ellas representan la belleza y el papel protagónico de la mujer indígena.



La juventud de Zuleidys transcurrió junto a su familia en Bajo Hondo, su madre fungió como el principal eje donde giraban las responsabilidades y toma de decisiones. En las costumbres kariña la mujer debe cumplir responsabilidades que van desde la crianza de los hijos, quehaceres del hogar y labores de cría de animales y agricultura, para garantizar el alimento de la familia. Sin embargo, Zuleidys, con tan solo trece años, asume el reto de formar parte del grupo cultural de la comunidad, motivada y apoyada por sus maestras de escuela Melania Díaz y Zulma Blanco.

Su formación académica no fue fácil ya que diariamente debía trasladarse hasta la ciudad de El Tigre, a unos veinte kilómetros, para cursar sus estudios de bachillerato. Además, ya estaba unida a su esposo y pronto sería madre, razón por la cual optó por la educación para adultos. Con esfuerzo logró culminar sus estudios de bachillerato y convertirse en madre de su primera hija.

Zuleidys comenta que sufrió un accidente que le generó una discapacidad auditiva en el oído izquierdo y que afortunadamente esta condición no ha sido un impedimento para lograr las metas que se ha propuesto en la vida.

—La discapacidad auditiva me marcó positivamente, ya que me hizo reflexionar, tomándome un tiempo de descanso, para luego dedicarme a fortalecer mi educación a nivel universitario, donde siempre conté con el apoyo de mi esposo que era profesor universitario. Él falleció a causa de una enfermedad incurable.

Cada uno de estos sucesos le han dejado aprendizajes y lecciones de vida que le permitieron asumir el compromiso de buscar la superación personal a través de la educación. Es así como decide participar en los procesos formativos de la Misión Sucre, propuesta educativa universitaria ofrecida por el Estado venezolano.

Del mismo modo, junto al grupo cultural de la comunidad vivió muchas experiencias significativas y pudo participar en distintos encuentros culturales de comunidades indígenas, a nivel regional y nacional, presentando danzas autóctonas como: *El baile de la*

culebra, El mare-mare, El sebucán, entre otras. También incursionó en el teatro y la dramatización.

—Me gusta estar en las actividades culturales y siempre he demostrado como indígena kariña esa motivación que llevo por dentro.

En su juventud se destacó como deportista, resaltando su participación en diferentes competiciones atléticas a nivel regional y contando con el apoyo de sus familiares y amigos.



Como es costumbre, cada año en noviembre, se realiza el encuentro educativo-cultural con niños kariña, en donde los *shipiyyu* (niños kariña) son los protagonistas. Con anticipación y cumpliendo con su rol de docente enlace en el área cultural, la maestra Zuleidys comienza a organizar la actividad. En esta oportunidad le toca trabajar en sintonía con las doce escuelas de preescolar que conforman al circuito escolar indígena de la mesa de Guanipa. Es un trabajo arduo y exigente, sin embargo, ella lo realiza con mucha responsabilidad y entusiasmo.

En su vieja libreta de notas, repleta de muchas experiencias, traza el cronograma de trabajo con la ruta a seguir para alcanzar los objetivos propuestos, cuidando cada uno de los detalles y apuntando las posibles dificultades a las que debe enfrentarse.

Auris Maita, esposa de su hermano Joel, le presta todo el apoyo necesario y prácticamente se ha convertido en su asistente y mano derecha. Juntas mantienen constantemente el contacto con artesanos y conocedores de la cultura indígena, participan en talleres y encuentros en las distintas localidades donde se les invita, dejando siempre sus aportes llenos de experiencias y sabidurías.

Al igual que sus antepasados, Zuleidys y Auris deben recorrer cada una de las comunidades indígenas kariña ubicadas a lo largo de la mesa de Guanipa; visitan las escuelas y recogen la planificación y propuestas de los docentes que desarrollarán durante el encuentro de saberes.

Desde muy temprano en la mañana se ubican a un lado de la carretera nacional El Tigre-Cantaura, al sur del estado Anzoátegui, con la esperanza de lograr un aventón que las pueda acercar a la comunidad indígena seleccionada para ese día. Muchas personas las conocen y les prestan el apoyo, pero algunas veces deben esperar largas horas, ya que la escasez de gasolina, acrecentada por la crisis que atraviesa el país, dificulta el tráfico de vehículos hacia las comunidades indígenas; sin embargo, esta situación no desmotiva a estas mujeres y muchas veces optan por caminar hasta más de quince kilómetros para llegar a su destino.

Una vez que las escuelas comparten la planificación de actividades propuestas para el día del encuentro, son



ACTO CULTURAL DE LOS NIÑOS KARIÑA. FOTO CORTESÍA DE LILIAN COVA

revisadas y evaluadas tomando en cuenta las diferentes alternativas para poder llevar a cabo el evento. Se sugieren actividades culturales como bailes tradicionales, cantos, cuenta cuentos, obras de teatro, muestra de artesanía y cerámica. Además, se hace énfasis en las sugerencias aportadas por las *nojpojko* (sabias o ancianas de la comunidad); estas recalcan la importancia de transmitir y fortalecer el *emeerü* (costumbre, tradición), especialmente con las nuevas generaciones. La maestra Zuleidys está clara en esto y se encarga de organizar las propuestas garantizando la participación de cada una de las escuelas, distribuyendo los temas y dedicándose a hacer el seguimiento y acompañamiento, teniendo de aliadas a las maestras de preescolar.



Han pasado dos meses de trabajo y Zuleidys espera con ansias el día del encuentro de saberes, el cual esta vez se realizará en la comunidad indígena kariña de Santa Rosa, a pocos kilómetros de la ciudad de El Tigre. Los preparativos en cada escolita han cumplido las expectativas esperadas, se han realizado ensayos de danzas, obras de teatro, elaboración de artesanías entre otros.

Los padres y representantes de los *shipiyu* se han abocado a prestar todo el apoyo necesario, gestionan material para la elaboración de las artesanías, elaboran la vestimenta enfocada en las costumbres indígenas, acompañan a sus hijos a los ensayos; todos aportan su granito de arena.

La maestra Zuleidys está convencida de que la actividad se realizará con la voluntad de *kapuano* (El Señor de todo), sin embargo, se siente inquieta, le preocupa el traslado de los *shipiyu*, entendiendo que hay comunidades bastante alejadas como Caico Seco y Barbonero.

Toca puertas, hace solicitudes, pide apoyo a las personas que tienen algún vehículo en las comunidades.

El mayor problema es la falta de gasolina, sin embargo, no se pierde la esperanza, se buscan alternativas, se preparan varios planes. Demuestra una actitud positiva y hace valer su rol de lideresa manteniéndose activa, motivada y asertiva ante cada una de las situaciones que se presentan.

A nivel logístico, conjuntamente con las maestras, ha elaborado un plan. La comunidad de Santa Rosa pone a disposición el anfiteatro; padres y representantes se encargan del desmalezamiento, acondicionamiento y ambientación del espacio.

Cada una de las escolitas se ha comprometido en gestionar el refrigerio para los *shipiyu*. Entre todos gestionan el recurso económico para la ambientación y el sonido; este evento es de gran importancia para el pueblo kariña y todos deben colaborar.



Es lunes 20 de noviembre de 2023 y ya todo está preparado para el encuentro de saberes con niños de preescolar pertenecientes a las doce escuelas del circuito escolar indígena número siete "Cacique Guaicaipuro II". En esta actividad se estima la participación de aproximadamente doscientas personas, incluyendo a niños, docentes, autoridades indígenas y educativas, sabios de la comunidad, invitados especiales y colaboradores.

Vestida con su traje típico de color amarillo girasol y su cabellera lisa negra, la maestra Zuleidys va recibiendo a cada una de las personas que vienen llegando de las distintas comunidades kariña; en su cuaderno de notas va registrando la asistencia de cada equipo, siempre amable, saludando en su lengua ancestral. Auris, su cuñada, le asiste y ayuda a organizar a las personas en filas para entrar al anfiteatro. La escuela anfitriona presta el apoyo con su personal para ir ubicando a cada quien en su lugar.

En el presidium ya están ubicados el gobernador indígena, las autoridades educativas, los invitados especiales y dos abuelas que fungen como sabias de la comunidad. En la parte central del salón están las sillas organizadas en filas donde se sentarán los padres, representantes y el público asistente. En la parte frontal del salón, elevado a varios metros de altura del piso, se encuentra el escenario adornado con globos y telas multicolores.

Ya son las nueve de la mañana y el evento tiene que iniciar, a pesar de faltar representaciones de algunas escuelas que no han podido llegar. La maestra Zuleidys está inquieta, camina por todo el anfiteatro, habla al oído a otras mujeres indígenas vestidas también con trajes típicos, se dirige a la mesa del presidium y conversa un momento con las autoridades allí presentes, luego se dirige al escenario notificando algo en el oído al mode-

rador; este toma el micrófono y expresa que hasta ahora no ha podido llegar la representación de la escuela de Caico Seco ya que el vehículo donde vienen los niños se averió a la mitad del camino, sin embargo, se dará inicio a la actividad y en cuanto lleguen los niños que faltan se les dará participación.

Zuleidys está más tranquila, se sienta en una silla muy cerca del escenario y con una expresión de alegría y satisfacción en su rostro comienza a disfrutar de cada una de las actividades presentadas por los *shipiyu*. Aplaudiva emocionada, se toma fotos con los niños y docentes.

Después de haber transcurrido aproximadamente una hora, alguien informa que ha llegado la representación de Caico Seco, todos aplauden y celebran. La maestra Zuleidys sale al encuentro de los niños y en pocos minutos los hace ingresar al recinto, organizados en fila suben hasta el escenario y logran hacer su presentación.

El evento ha sido exitoso, se han logrado los objetivos planteados, todos celebran con aplausos y refrigerios. Zuleidys agradece por el apoyo recibido, haciendo especial mención y reconocimiento a "cultores como la señora Ana Maita, artesana de aros; la señora Brígida Maita, artesana especialista en la fabricación de 'Las Kariñitas' de arcilla; Domingo Maita, artesano del barro; gente que todavía practica y conserva las vivencias ancestrales de nuestro pueblo Kariña".

Termina de hablar y escribe algo en su libreta de notas y la guarda en un bolso de fibra de moriche que cuelga de su hombro derecho. Ella es la encargada de hacer la sistematización e informe final de la actividad, para entregar a las autoridades escolares y a las sabias de la comunidad.

La maestra Zuleidys no pierde la esperanza de que algún día su comunidad cuente con una Casa Cultural Artesanal en donde se puedan desarrollar actividades de artesanía, danza, canto, teatro, música y todas aquellas representaciones culturales autóctonas que les permita valorar y rescatar la cultura y el idioma kariña, símbolo emblemático del acervo ancestral. Se siente orgullosa y satisfecha por el reconocimiento y respeto que le brindan las comunidades indígenas en cuanto a sus aportes a la defensa y rescate de la cultura y está convencida de que algún día su pueblo la mirará y la reconocerá como una *nojpojko*, para consolidarse biblioteca cultural viviente de un pueblo indígena que se resiste a ser olvidado. Es uno de sus más grandes anhelos.

GLOSARIO

- "¿*Ootuwaara poore mantu?*": ¿cómo están ustedes? en idioma kariña.
- *Yu'pua*: estoy bien, en idioma kariña.
- *Chooto*: extranjero o criollo.
- Cacique Guaicaipuro: indígena venezolano de la época de la colonización.
- Moriche: árbol de palmera que crece a la orilla de algunos ríos venezolanos.
- Paja "La Víbora": especie de hierba de textura gruesa y áspera que crece a las orillas de los ríos.
- *Gordona*: popularmente se refiere al hijo o hija menor.
- Potoca: es el nombre de un tipo de paloma silvestre. También es el nombre de una comunidad kariña.
- *Chimire*: farallón o acantilado en idioma kariña.
- Hilo de pita: hilo que se extrae de la fibra de agave.
- Caruto: árbol silvestre que da un fruto redondo de muchas semillas y concha muy gruesa.
- Onoto: achiote.
- Culebra: sinónimo de serpiente.
- *Mare-mare*: baile tradicional kariña, también es el nombre de una comunidad kariña.
- *Shipiyu*: niño o niña kariña.
- Mesa de Guanipa: extensión de tierra en forma de meseta, territorio kariña, ubicado al sur del estado Anzoátegui, Venezuela.
- *Nojpojko*: sabio o anciana kariña.
- *Emeerü*: costumbre o tradición en idioma kariña.
- *Kapuano*: El Señor de todo, en idioma kariña.

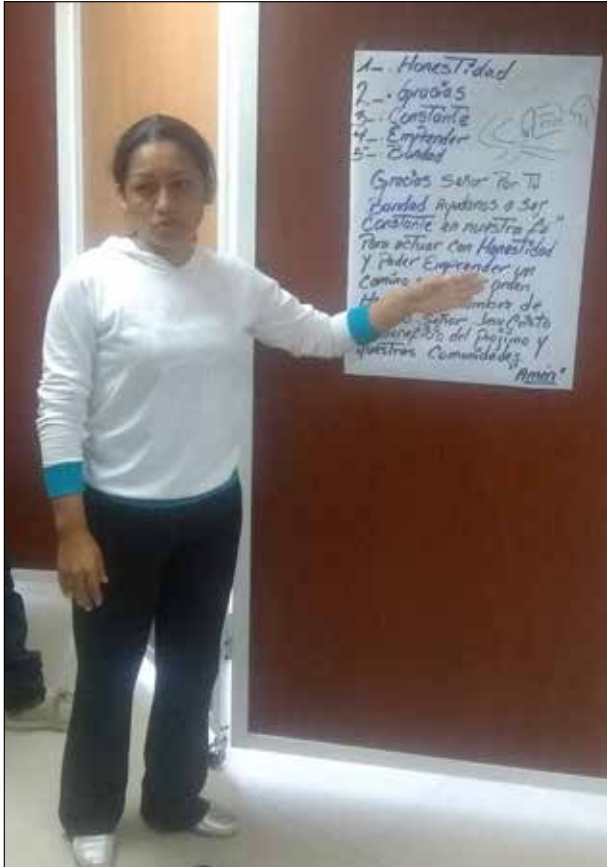
*Educador y abogado, promotor de procesos de desarrollo comunitario e incidencia social en sectores populares. Coordinador regional de formación de la Fundación Centro Gumilla Anzoátegui.

ANZOÁTEGUI

Annis Cequea, una maestra preparada para gobernar

ERNESTO ROQUE*

La historia de la maestra y lideresa indígena kariña, Annis Cequea, narra cómo a lo largo de su trabajo ha promovido el liderazgo social y profesional de la mujer, superando el rol de género impuesto por el sistema patriarcal, exclusivamente ligado al cuidado de los hijos y las labores domésticas



PRESENTACIÓN DE LOS VALORES Y PRINCIPIOS DESEADOS PARA LA COMUNIDAD DE MACAPAIMA. FOTO ERNESTO ROQUE

Annis Cequea es una mujer que proviene de una familia unida, formada con valores y principios culturales ancestrales kariña, que desde muy pequeña aprendió de su mamá, sus tías y abuela, que la mujer tiene un rol importante en la sociedad indígena. Este aprendizaje lo ha transformado para ser una luchadora social desde las aulas de clase del núcleo escolar rural (NER) 291, ubicado en la comunidad indígena kariña Macapaima, al sur del estado Anzoátegui —una población asentada a 2 kms del río Orinoco, en marea baja, y a 500 metros, en época de crecida— que aprendió a vivir de las bondades de sus aguas y la cosmovisión kariña.

—Yo recuerdo que cuando era una niña mi mamá nos decía que teníamos que estudiar, prepararnos y ser más fuertes que los hombres, debíamos luchar por nuestros hijos y ser el ejemplo para ellos. Esas palabras siempre me han acompañado, pues yo veía cómo mi mamá se esforzaba para darnos todo lo mejor, dentro de sus posibilidades, en nuestro ranchito donde ella nos enseñó a sembrar, criar gallinas, a estudiar, con mucho amor y respeto— relata la maestra convencida de que estás enseñanzas, además de convertirla en una mujer

independiente, le permitieron crecer con mucho sentido de pertenencia por lo suyo: sus hijos, su familia, su territorio, su gente, sus tradiciones, sus costumbres y sus valores.

Cuando Annis se graduó de sexto grado empezó sus estudios de bachillerato en la comunidad de Palital, ubicada a 11,3 kilómetros de Macapaima, a través de la carretera nacional Ciudad Guayana-El Tigre. Como su familia no tenía suficientes recursos económicos debía hacer el recorrido a pie, a caballo o pidiendo cola a algún poblador con vehículo.

—En la temporada de lluvias sufría mucho, prácticamente no iba a clases, no podía ni siquiera salir de mi casa, la vía era tipo trocha, sin asfalto ni nada, ir a Palital era toda una excursión, te encontrabas todo tipo de animales como culebras, venados, loros, burros, caballos, y si querías ir a San Félix tenías que cruzar el río Orinoco en curiara, ahí te deleitabas con las toninas, las terecayas y mantarrayas de río, eso sí, pendiente de no caerse para que no te llevara el río— dice esta maestra de cabellos lisos oscuros, cejas delineadas, piel trigueña, ojos marrones, baja estatura, ataviada en su vestimenta kariña de color rosa, con hombros abombados y adornos muy sutiles.

Nada de lo anterior fue un impedimento para que Annis pudiera culminar sus estudios, al tiempo que se interesaba por la organización comunitaria. Su ejemplo eran los pobladores que luchaban por un bienestar colectivo, desde el legendario cacique Macapaima, defensor de estas tierras durante la época de la conquista, y de quien derivó el nombre de la comunidad, de acuerdo a la historia escrita en el Plan de Desarrollo Comunitario 2012-2016, hasta el consejo de ancianos o “bibliotecas vivientes” que guían con su sabiduría a esta comunidad indígena, de aproximadamente 397 personas según el censo comunitario del año 2023.

Ayudar a los demás se le daba con facilidad. Mientras estudiaba en el liceo cuidaba a los niños y al darse cuenta que en su comunidad no contaban con maestras graduadas decidió estudiar Educación, situación que tampoco fue sencilla, no solo por la limitación de recursos económicos, sino porque para proseguir sus estudios debía salir de esta zona de Anzoátegui.



Con la puesta en marcha de las empresas forestales en la zona de Macapaima, las oportunidades sociales fueron cambiando, es así como la comunidad se organiza y comienza a realizar trabajos a destajo en el muelle para que cruzaran los barcos de los trabajadores. Del mismo modo, se inicia un proceso de visibilizar a la parroquia Mamo, de la que hace parte la comunidad de Macapaima, debido a su importancia para el sur de



ANNIS CEQUEA PRESENTANDO AL DIPUTADO DARIO VIVAS LOS PLANES COMUNITARIOS DEL SUR DE LOS ESTADOS ANZOÁTEGUI Y MONAGAS. ASAMBLEA NACIONAL, 2013. FOTO ERNESTO ROQUE

Anzoátegui y por ser la conexión más cercana con el estado Bolívar.

—Con la apertura del puente Orinoquia la dinámica cambió grandemente; cuando me gradué de bachiller pude ir con mayor facilidad hacia Puerto Ordaz para estudiar en la universidad. Pedía cola a los gandoleros, a los transportes privados, a las cavas, en fin, a todo aquel que me pudiera llevar de manera segura, eso lo hacía ida y vuelta, de lunes a viernes... —recuerda la maestra ya que su comunidad está justo al frente a la zona industrial de Matanzas, en Ciudad Guayana, y a 8 kilómetros del puente Orinoquia por la carretera nacional sentido oeste que conduce al estado Monagas— A veces el desespero, el desgano y la frustración se querían apoderar de mí, pero yo era valiente y no me permitía decaer, sabía que tenía que forjar mi futuro personal y comunitario.

A medida que pasaba el tiempo su lucha social comenzó a tener mayor firmeza y participaba con mayor frecuencia en la toma de decisiones colectivas haciendo valer, en primer lugar, su papel como mujer kariña y protectora de la familia y, en segundo lugar, el orden de la comunidad para que los intereses personales no fueran a estar por encima del colectivo; un elemento que esta maestra considera fundamental para identificar a los nuevos líderes comunitarios.

—Yo recuerdo —comenta Annis— que los ancianos del pueblo decían que para ponerse de acuerdo para la construcción de la escuela eso fue todo un proceso; unos querían una escuela grande, como las que veían en El Tigre [localidad del estado Anzoátegui], otros querían un ambulatorio como el de Soledad [localidad del estado Anzoátegui] y la verdad que no, no teníamos suficiente población, no es sino hasta principios de los 80 cuando hacen el primer salón y un dispensario en la comunidad. Este salón albergaba a todos los niños de la comunidad —sin distinción de grados— y el dispensario nunca funcionó.



Ya graduada de licenciada en Educación de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Annis adquiere una visión mayor del alcance comunal, se apropia de las formaciones que en materia indígena son otorgadas por el Estado venezolano y las organizaciones no gubernamentales para iniciar un proceso negociador y conciliador en pro de su comunidad, logrando involucrarse en la toma de decisiones que dirigían los más ancianos y líderes de la comunidad, pero que a la par la iba formando para tener en cuenta que las empresas

cercanas mejoraran las condiciones de la población, construyeran viviendas dignas, se generaran procesos socio productivos de la mano de expertos agrícolas, sociólogos y otros profesionales.

Cuando Annis asume el papel protagónico en el año 2008 al ser electa gobernadora Kariña, máxima representación de la Asociación Civil Kariña Macapaima, su proceso negociador, conciliador y de lideresa activa ante las demás comunidades indígenas de la zona tomó fuerza y su involucramiento en el proceso comunal alcanzó una esfera mayor, pues el relacionamiento con autoridades locales, regionales y nacionales se hace evidente.

A finales del año 2012 le tocó recibir en la comunidad a la ministra para la Juventud, Mari Pili Hernández, para exponerle el Plan Comunitario de Desarrollo Integral, el cual recogía las aspiraciones de los habitantes de la comunidad indígena, con datos validados por el Instituto Nacional de Estadísticas, la Universidad Bolivariana de Venezuela y asesores externos.

—La ministra se quedó abismada con la presentación, de cómo nosotros nos habíamos adueñado de una gran información comunal y del impulso que logramos para el levantamiento del banco de proyectos a ser ejecutado en cuatro años, en donde una de las principales necesidades era la falta de un transporte público— rememora Annis hoy a sus 42 años.

La experiencia con la ministra se repitió en el año 2013, pero ahora en el Palacio Federal Legislativo, sede de la Asamblea Nacional, allí Annis expuso el plan comunitario al diputado Darío Vivas, en un evento organizado para que los líderes de diferentes regiones del país dieran a conocer los avances que en materia de organización comunitaria se estaban desarrollando.

Estas presentaciones conllevaron a que el plan tuviera respaldo de las autoridades locales y regionales para ser presentado ante el Consejo Federal de Gobierno y de esta forma se aprobaron los recursos para la adquisición de un transporte colectivo tipo autobús de 32 puestos, que en los actuales momentos no está operativo.

El plan de la lideresa al frente de la Gobernación Indígena Kariña Macapaima ha sido la conformación de un equipo de trabajo comunal que integre de manera voluntaria a personas proactivas y dinámicas que, sin importar el tinte político, sean parte importante en la consecución de los objetivos planteados en el plan comunitario de desarrollo integral, y que también sean ejemplo no solo para la sociedad, sino en particular para sus familias, sus hijos, sobrinos y nietos, pues es la única manera de preparar generaciones de relevo con aspiraciones colectivas altas y que las mismas sean alcanzadas de la mejor manera posible.

En una oportunidad se realizó un encuentro de empresas públicas y privadas, con representantes de la



ANNIS CEQUEA CONVERSANDO CON EL REPRESENTANTE DE LA SUPERINTENDENCIA NACIONAL DE AUDITORÍA INTERNA. FOTO ERNESTO ROQUE

Alcaldía y el Instituto Indígena. Cuando Annis tomó la palabra para exponer las vicisitudes de la comunidad y cómo podían resolverse los problemas, el tono de voz y las facciones de su rostro cambiaron profundamente al expresar sus ideas y proyectos; todos los invitados se quedaron prestando mucha atención, pero en especial los habitantes de la comunidad y su equipo de trabajo. Annis se había ganado la confianza y el respeto de su gente.

*Internacionalista. Jefe institucional social de la empresa Masisa. Facilitador de la Fundación Centro Gumilla en el estado Bolívar.

BOLÍVAR

Ana Figueroa, la profesora pemón que es abono de su tierra

MINERVA VITTI*

En San Antonio de Roscio, una comunidad indígena pemón ubicada entre el kilómetro 24 y 41 de la Troncal 10, que conecta a Venezuela con el norte de Brasil, una profesora intercultural bilingüe lucha por arraigarse a su cultura a través de la educación y el trabajo del conuco, mientras padece en su propio cuerpo y familia la expansión de la minería aurífera



ANA DICE QUE SU CARGO ETERNO ES SER PROFESORA. FOTO CORTESÍA ANA MERCEDES FIGUEROA

Las matas de plátanos parecen infinitas. Sus hojas anchas, verdes, plegadas, lo ocupan todo. En la poca tierra descubierta dos niños se inclinan para sembrar mientras otro descansa con las piernas abrazadas. Muy cerca de ellos, de espaldas, está Ana Mercedes Figueroa, 44 años, mirando unos brotes. En la cara de la tierra se intuyen las raíces de ají, ocumo, ñame, pepino.

—Mi hermano, que es ingeniero agrónomo, me dijo que en tres meses tendríamos pepino y así fue y comimos mucho, mucho, mucho pepino— comenta esta mujer de la etnia pemón y profesora intercultural bilingüe sobre el *umö* (“conuco” en pemón *arekuna*) que están trabajando en su comunidad San Antonio de Roscio, en el estado Bolívar, Venezuela.

Mientras su familia siembra, Anita —como le dicen por cariño— es la encargada de prepararle las comidas. Después se abandona en un chinchorro que tiene en el conuco, como si su propio cuerpo fuese un terreno, que tras dos o tres años de siembras continuas, debe ser dejado en barbecho para que descanse y recupere su fertilidad. Parte de su cansancio proviene de casi cuatro años de trabajo dentro de la directiva de su comunidad, primero como secretaria y luego como capitana, cargo del que fue removida con solo un año de gestión por acusaciones que nunca pudieron comprobar. El resto de “estar luchando en el día a día para el sustento de la familia”, sin ser minera y con un salario de profesora universitaria de apenas 18 dólares mensuales.

Mecerse en el tejido abierto del chinchorro, circundada por el follaje de los grandes árboles, la acerca a los conocimientos agrícolas que una vez le transmitió su padre. También la ayuda a protegerse, al menos un

poco, de las plagas que perjudican directamente lo sembrado en su propio cuerpo-territorio.

LA FERTILIDAD DEL SUELO

Ana Mercedes Figueroa nació el 18 de noviembre de 1979 en El Dorado, una localidad del municipio Sifontes del estado Bolívar. Como cumplía años el Día Nacional de la Alimentación, en la escuela se lo celebraban con un compartir de frutas y torta. Ella es la menor de cuatro hermanos nacidos en Ikabarú. Sus padres, Evelia Fernández y Marcos Figueroa, eran oriundos de la zona de Kavanayén.

La diversidad de lugares en donde nacieron los miembros de la familia Figueroa Fernández da cuenta del territorio ocupado por el pueblo indígena pemón, “gente que habla la lengua”, no menos de 85.000 km², abarcando los diferentes hábitats del centro y sureste del estado Bolívar, así como áreas vecinas del Esequibo/República de Guyana y de Brasil. La etnia pemón —subdividida en tres grupos: *arekuna*, *kamarakoto* y *taurépan*— forma parte de los 52 pueblos indígenas que existen en Venezuela (aproximadamente un millón 500 mil personas) y según el censo de población y vivienda de 2011, son la cuarta más numerosa del país, con 30.148 personas.

Uno de los hermanos de su padre, Carlos Figueroa, reconocido líder pemón, fue quien ayudó a organizar a las familias que vivían en pequeños caceríos para que juntas formaran la comunidad de San Antonio de Roscio, especialmente por la fertilidad de la tierra, la abundancia de cacería y pesca “ahí mismito en el patio de la casa”, y porque para ese momento el primer gobierno del pre-



ANA DURANTE LAS VISITAS A LAS COMUNIDADES ADYACENTES A CANAIMA.
FOTO CORTESÍA ANA MERCEDES FIGUEROA

sidente de Venezuela, Rafael Caldera, estaba otorgando viviendas rurales a las comunidades que se estaban organizando. Posteriormente, como necesitaban una escuelita y una maestra, el tío Carlos mandó a buscar a su hermana, Alejandra Figueroa, que era maestra en Ikarabú. Detrás de ella llegó su madre —la abuela Mercedes— y detrás de ella los otros hijos, incluido el padre de Ana. De aquella época su familia le cuenta que al salir de la escuela debían ir al conuco y que si no lo hacían tenían que aguantar la picadura de la hormiga *kuyuk*.

—Eso tiene sus efectos para que seas un niño y adolescente activo. Lo utilizan como una medicina natural por así decirlo. Nadie va a querer que lo pique un insecto, eso es terrible, entonces para no aguantar eso tenías que ir al conuco— relata esta diosa robusta, de ojos rasgados, piel canela y cabellos que caen en ondas a unos centímetros por debajo de sus orejas, lo que vivieron en carne propia sus hermanos— No es el teléfono, el WhatsApp, la cancha de fútbol de ahora, en aquellos tiempos la infancia era muy diferente.

De su madre recuerda que, tras la muerte de sus padres a los nueve años, fue ingresada en el internado de monjas de Kavanayén y allí aprendió a leer y escribir; y de su padre que, al ser el penúltimo hijo de ocho hermanos, producto de la unión entre la abuela Mercedes y el abuelo Figueroa, —porque también llegó a tener otros cinco medio hermanos por parte de su padre— no tuvo acceso a la educación.

—La abuela Mercedes decidió que mi papá fuese el único de sus hijos que no fuera a la escuela, él sería “su mano derecha en el conuco y la cacería, su vida iba a ser netamente indígena”. Es por eso que papá sabía

hacer *tumá* (sopa típica pemón que contiene presas de cacería, aves o pescado, *kumachí*¹ y ají fresco y que simboliza la “olla donde comen todos”), *kata* (sopa a base de *kumachí*, masa de yuca cernida para espesar el caldo, pescado y, en algunas ocasiones, se le agregan termitas), extender casabe, rallar yuca. Aprendió todos esos procesos que son trabajos de una mujer indígena pero a él no le daba pena hacerlo.

En la casa de Ana siempre había plátanos maduros por racimos, cambur, casabe preparado por su madre y presa cazada por su padre (aves silvestres, dantos, venados, chácharos).

—Yo no tengo ese recuerdo que diga mi papá me hizo pasar hambre.

Pero a pesar de toda esta abundancia proveniente de la sabiduría y el trabajo indígena, su padre les decía que el conuco era muy agotador físicamente.

—“Si no quieren aguantar el sol del día, todos los días, todo el año, toda una vida, como padre yo los apoyaría para que realicen una educación formal, los puedo dejar con conocidos o desconocidos, pero siempre tendrán mi apoyo incondicional para que puedan prepararse y una vez que lo hagan se vienen a la comunidad. No es que se van a quedar por allá con sus conocimientos, tienen que venir para que fortalezcan a su comunidad”— la lideresa recita las palabras de su padre.

Otra cosa que les repetía el señor Marcos Figueroa, tanto a ella como a sus hermanos, era que la minería no era vida para el indígena, por eso la familia nunca sintió la necesidad de vincularse con esta actividad.

Cuando Ana cumplió diez años la trasladaron a Ciudad Bolívar para continuar sus estudios. En ese entonces ya dominaba perfectamente el pemón arekuna porque su madre siempre le hablaba en ese idioma. El mismo destino tuvieron sus hermanos, desperdigados en Ciudad Bolívar (estado Bolívar), Anaco (estado Anzoátegui) y Sabaneta (estado Aragua). Todos retornaban a la comunidad en las vacaciones escolares.

Faltando pocos meses para que Ana terminara el bachillerato murieron sus padres. Primero su madre por un cáncer de matriz y ocho meses después su padre.

—Ahí perdí el sentido, me repetía ¿para qué voy a estudiar si mi papá ya se murió?, él no va a estar en ninguna de mis graduaciones. Era como si yo estuviera estudiando para darle una satisfacción, para que se sintiera orgulloso de sus hijos— relata Ana con la voz entrecortada y sus ojos puestos en el recuerdo de aquellos cinco conucos familiares que sin las manos de su principal cuidador fueron tragados por el bosque.

EL ENCUENTRO CON LA PLAGA

En la sala de la casa de los Figueroa Fernández hay cuatro retratos colgados donde aparecen los cuatro hijos

con sus títulos en las manos: tres egresados en educación intercultural bilingüe de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL) —Fátima, Tulio y Ana— y un ingeniero agrónomo —Mario—. Junto a ellos está la fotografía de sus padres y las de algunos familiares. Ana dice que es un modo de rendirles homenaje pues siempre les insistieron que debían prepararse y estudiar para ayudar a su comunidad.

En abril de 2015, Ana quedó electa como secretaria en las elecciones de las autoridades indígenas de San Antonio de Roscio. No entendía por qué su nombre estaba escrito allí pues se sentía bastante distante de la dinámica organizativa de la comunidad. Había dejado de asistir a las reuniones para no ver las confrontaciones y divisiones entre sus mismos parientes, todo aquello le generaba rechazo y miedo porque sabía que así hicieran las cosas bien siempre habría personas que se opondrían al trabajo.

Durante aquella gestión —que duró del 2015 al 2018— el problema de la minería aurífera se profundizó en su comunidad. Tuvieron que crear la seguridad comunal porque los grupos armados irregulares, denominados sindicatos, los estaban cercando y querían invadir algunas de las minas gestionadas por los propios indígenas. En medio de este contexto la lideresa vivió cuatro experiencias muy fuertes.

La primera ocurrió en julio de 2017 cuando asesinaron a Domingo Pérez, indígena pemón de 24 años. Pérez vivía en la entrada de la mina de El Chivao y tenía una radio comunicación por la que informaba a la comunidad de San Luis de Morichal, su cuerpo fue encontrado en las riberas del Kuyuní, a la altura de la comunidad de Paruruaka.

—La amenaza era para San Luis de Morichal pero al asesinar a Domingo, oriundo de San Antonio, se equivocan. El propio pran de El Dorado reconoció que lo mató y le tiró quince gramas de oro a la esposa para que comprara la urna.

En San Antonio de Roscio se organizaron para recoger los alimentos y medicinas de las veintidós comunidades del Sector 4 del pueblo pemón que se solidarizaron, y llevarlas a San Luis de Morichal en un helicóptero militar, porque los indígenas estaban amenazados y no podían trasladarse hasta El Dorado.

—Los niños de esa comunidad jugaban a dispararse como los sindicatos, ese era su entretenimiento. Estuvieron casi dos años sin estudiar por el miedo a que regresaran los sindicatos.

Al año siguiente, ya hacia finales de su gestión como secretaria, en marzo de 2018, este mismo grupo armado desapareció al joven Óscar Meya, hermano del capitán de San Luis de Morichal, Omar Meya. Algunas mujeres indígenas lideraron el cierre de la Troncal 10 —carretera que comunica a Venezuela con Brasil.



LA INVASIÓN Y DESTRUCCIÓN DEL TERRITORIO INDÍGENA POR LA MINERÍA.
FOTO CORTESÍA ANA MERCEDES FIGUEROA

—Yo no era quién para dar ese permiso de la tranca pero les dije que contaran conmigo en mi condición de mujer y madre de un hijo de 11 años— explica Ana que, por deseo de la propia comunidad, fue la encargada de explicar la situación y traducir a sus parientes ante las autoridades gubernamentales, y viceversa.

Transcurrió aproximadamente una semana de investigaciones y visitas de distintos entes gubernamentales a la comunidad. Un fin de semana se presentó el gobernador del estado Bolívar, Justo Noguera Pietri, en San Antonio de Roscio. En medio de la reunión algunos indígenas comenzaron a preguntar por la caja del CLAP². Un día después, Ana recuerda que encontró montones de cajas que contenían alimentos y juguetes. “Ay mami, mira lo que nos mandó el gobernador”, le dijo su hijo. La gobernación había enviado trescientas cajas de CLAP para San Antonio de Roscio y doscientas para San Luis de Morichal.

—Nosotros hicimos una protesta para reclamar a un ser humano, a Óscar Meya, no un juguete o una caja del CLAP. La hermana de Óscar puso la denuncia en el CICPC, porque yo vi el documento, y para ellos es un desaparecido más, un muerto más— denuncia la lideresa.

OTRA HERIDA EN LA CARA DE LA TIERRA

Mientras Ana fue secretaria de la capitanía de San Antonio de Roscio, de cien reuniones solo faltó a tres. Cuando le dijeron que la elegirían como capitana por su entrega a la comunidad recuerda que respondió: “Eso no es un trabajo fácil, eso enferma”.

La profesora asumió el cargo de capitana en mayo de 2018 y a pesar de no estar vinculada directamente con la minería, tuvo que seguir cobrando el aporte proveniente de esta actividad que ya habían establecido las directivas anteriores. Constantemente recordaba a su padre diciéndole que no quería que vieran la minería como un trabajo para sustentarse por el resto de sus vidas, porque era muy peligroso, ocurrían accidentes y deterioraba el ambiente.

—Mi perfil de egresada en Educación Intercultural Bilingüe me dice que yo debo defender mi ambiente, mi territorio, pero como en San Antonio de Roscio todo giraba en torno al oro, me veían como la capitana que manejaba el oro.

Durante los primeros meses de su trabajo como capitana, Ana vivió las otras dos experiencias fuertes que impactaron su vida: la primera ocurrió en junio de 2018 con la desaparición de Antony Martínez (22 años) y la segunda en agosto de 2018 con el asesinato de Joel Rodríguez Montilla (17 años), ambos eran jóvenes de San Antonio de Roscio. A Joel lo encontraron con un disparo en la frente, lanzaron su cuerpo en las orillas del río Chicanán, en el puerto de San Luis de Morichal, se presume que fue durante un enfrentamiento con los grupos armados irregulares. Mientras que Antony tiene cinco años desaparecido y “dicen que lo tienen como un rehén en El Dorado”.

—Yo les decía a los jóvenes indígenas de la comunidad que se querían armar [portar armas] que ese no era el camino. Ellos decían que con sus vidas iban a defender sus territorios, pero lo hacían igual que esos grupos— Ana comienza a llorar— Esa era la amenaza.

Del mismo modo, comenzaron los problemas con algunas familias indígenas que autorizaban a mineros brasileños para que ingresaran en sus terrenos y practicasen la minería. Recibían el aporte ellos mismos y no daban cuenta a la capitana. Los brasileños les pagaban con motosierras, desmalezadoras, refrigeradores, motores fuera de borda, casas de madera, plantas eléctricas. Hasta la puerta de Ana habían llegado los mismos mineros, desplazados de San Luis de Morichal, pidiéndole terrenos para trabajar en las minas. En otra ocasión unos mineros no indígenas le pidieron autorización para abrir una vía —que justamente pasaba por un conuco— a una de las minas. En ambas situaciones, la respuesta de la capitana fue un no rotundo y de aquello quedó registro en las actas.

A medida que avanzaba su gestión escalaban los conflictos relacionados con el uso de los aportes provenientes de la actividad aurífera. Un día la comunidad hizo un revocatorio. Cuando expulsaron a Ana de la capitana solo había pasado un año desde su elección y sintió como si le sacaran un morral de encima. “Vamos a vivir del conuco que eso es lo que nos va dar el

alimento para la familia y los demás que se encarguen de investigar cuántos kilos de oro te robaste”, le dijo su hermana mayor al verla desconsolada.

La comunidad creó “una comisión de la verdad” que se abocó a investigar —fueron a cada uno de los dueños de máquinas para corroborar cuántas gramas de oro había recogido la capitana— pero nunca pudieron probar nada. Ninguno de los mineros mencionó el nombre de Ana Mercedes Figueroa.

—Hicieron las cosas al revés: primero el revocatorio y luego la comisión de la verdad. Pero hasta la fecha no existe ningún informe por parte de esa comisión que demuestre como cierta la acusación que hicieron en mi contra— explica la excapitana.

EL ORO NO SE SIEMBRA

Fueron tiempos duros para Ana y su familia, conformada por ocho miembros, entre hermanos, hijos, sobrinos, cuñados y nietos. Debían esperar la cosecha y se estaban quedando sin comida. La lideresa recuerda que con algunos salarios acumulados en la cuenta de su hermano profesor se fue para Tumeremo y compró tres kilos de cada cosa, los aliños para preparar los granos que traía la caja del CLAP y tres pepinos, porque a su hijo le gustaba mucho en la ensalada. Mario, el hermano agrónomo, recogió aquellas semillas y las sembró. Y como era temporada de lluvia, tuvieron una cosecha tan grande de pepino que pudieron intercambiarla por otros rubros.

Pero no todo podían resolverlo con la agricultura. Sus hijos necesitaban comer proteína que solo se adquiría en establecimientos que cobraban en oro. Lo mismo para el arroz, el azúcar, la pasta y la harina, e incluso para las comunicaciones y el Internet que se cobraba por puntos o milésimas de oro. Para más presión se acercaban los juegos intercomunidades, realizados cada dos años desde 1984 y de gran importancia entre el pueblo indígena pemón³, y su hijo y sobrinos necesitaban costear los uniformes deportivos y los traslados que costaban una grama y media de oro, por persona.

Mientras la familia de Ana se hundía en un terreno fangoso, en San Antonio de Roscio nuevamente revocaban a las autoridades indígenas por despilfarro de recursos y a algunos miembros de la misma directiva los nombraban en cargos superiores sin importar las acusaciones. La situación se repetía en otras comunidades indígenas donde algunas autoridades eran dueñas de bombas, autorizaban vías de penetración hacia las minas y permitían la entrada de grupos al margen de la ley.

—El mismo sistema de vida ha hecho que algunos dirigentes indígenas actúen como el malandro, perdiendo credibilidad ante sus miembros y el sentido de lo que era la lucha.



HERMANO JOSÉ MARÍA KORTA CON CAMILO BEBÉ. FOTO PAULO TEIA

Todo esto la afectaba emocionalmente y así como los agujeros de las minas se llenan de mosquitos que transmiten la malaria, en su propio cuerpo empezaron a aparecer las señales de destrucción en su propio territorio: sudaba mucho, respiraba entrecortado, la tensión se le bajaba, se mareaba todas las mañanas al levantarse. Ana no era minera pero la misma preocupación la obligó a trasladarse con su sobrino a las minas de San Martín de Turumbán. Era agosto de 2021.

A las pocas semanas de estar allá su sobrino se enfermó de celulitis en una de las manos tras un golpe en medio del trabajo. La uña se le puso negra y la sangre que se coaguló formó un absceso. El médico le indicó reposo absoluto. De las tres gramas que había encontrado en dos semanas: una fue para pagar un suplente y las otras dos para comprar sus antibióticos. Por otro lado, Ana nunca pudo trabajar, los mismos indígenas que la conocían le decían “profe, ¿usted va ir para allá?”, “profe, pero si allá no hay agua y hay que caminar mucho”.

A pesar de haber regresado con las manos vacías de las minas, los muchachos pudieron participar en los juegos intercomunidades en Maurak, gracias al apoyo de David, un amigo de Ana.

En 2022 Ana y su hermano Mario volvieron a las minas. Esta vez los juegos intercomunidades serían en San Antonio de Roscio, entre el 23 de agosto y el 3 de septiembre de 2023, y como vendrían algunos parientes, la familia quería construir un baño decente, una estructura para hospedarlos y un algibe de agua pero no contaban con recursos económicos.

Las primeras semanas de febrero Ana y su hermano estuvieron “sin ver ni un ojito de oro” y cuando al fin encontraron unas pocas gramas compraron comida para su familia. Finalmente la profesora se frustró y dejó la mina. Su hermana —quien la sustituyó en el trabajo como cocinera— y su hermano persistieron hasta diciembre sin ningún resultado. Mientras estuvieron en las minas abandonaron el conuco familiar por un año.

—Eso hoy lo estamos padeciendo, no tenemos buenas cosechas, porque el conuco amerita ser atendido todos los días. El pobre Mario está agotado, tiene un título como ingeniero agrónomo pero en la práctica es como si fuese mi papá que nunca fue a la universidad pero que siempre tuvo un conuco.

Pese a las dificultades, poco a poco han ido retomando el mantenimiento de los cinco conucos que les dejó su padre. En la siembra se han ido incorporando sus hijos y nietos. Actualmente tienen sembrado plátano, cambur, batata, ahuyama, yuca en todas sus variedades (dulce, amarga, para *kachiri*), ñame, lechosa, ají picante y ají dulce “que se dan gigantes”.

—La fortaleza de mi comunidad es la fertilidad de la tierra. El conuco definitivamente es la alternativa para la subsistencia de los pueblos, porque estamos en una zona minera, hacemos reglas para normar esa actividad, pero si no se tiene producción de qué sirve, estamos perdiendo tiempo porque en realidad la gente está pasando trabajo con la minería. Con el conuco sabes lo que sembraste y lo que vas a cosechar. Mientras que el oro no está sembrado— concluye la profesora con un tono aleccionador.

VOLVER A ESPARCIR LAS SEMILLAS

Ana es como una semilla silenciosa que poco a poco va abriéndose paso en la tierra hasta alcanzar la superficie. En octubre de 2022 le propusieron ser la coordinadora del Centro de Atención Canaima de la UPEL - Instituto Pedagógico Rural El Mácaro “Luis Fermín”, lo cual fue un reto porque debía trasladarse a esta comunidad, a la que solo se accede por vía aérea, cada mes. Esto pudo lograrlo gracias al apoyo del capitán de Canaima, Roberto Simón, que se comprometió con el trabajo que realizaría Ana en la formación de bachilleres y docentes de su comunidad. Durante esos viajes la profesora se ha sentido bendecida recorriendo las sabanas, ríos, cataratas, morichales de Canaima y otras comunidades

adyacentes como Playa Linda, Las Bonitas, San Francisco de las Babas y Taraipa.

Paralelamente a esta labor, en marzo de 2023, la eligieron como secretaria principal del consejo de ancianos de San Antonio de Roscio. Igual que la anciana *Akuwamari*, que favorece la germinación y los buenos tubérculos, Ana intenta poner de nuevo sus piedrecitas rojas entre las plantas de la yuca para ayudarlas a crecer; aunque a veces se encuentre con un suelo pedregoso y los cultivos tarden mucho tiempo para desarrollarse.

En 2023 su hijo Camilo (cuyo nombre en pemón es *Wadara* que significa guacamaya) se graduó de bachiller. Como los hermanos Figueroa tendrá que irse de su comunidad para continuar sus estudios. La profesora se pregunta dónde encontrará los recursos económicos para apoyar a su hijo en esta nueva etapa y cómo continuará su propia maestría detenida por la misma precariedad. No obstante, el hecho de que su hijo haya culminado los estudios, en un contexto de graves deficiencias educativas y migración hacia las minas, representa un gran alivio.

Cuando la tierra parece deslizarse entre sus dedos y aparecen en su rostro las señales del cansancio, el sudor, la respiración entrecortada y los mareos, la lideresa recuerda al hermano jesuita José María Korta, bautizado entre los indígenas como *Ajishama* (“la garza que muestra el camino hacia la salvación” en yekuana) y fundador de la Universidad Indígena del Tauca, a quien conoció cuando estudiaba con una beca en la Universidad Católica Andrés Bello de Ciudad Guayana, sin saber si ejercería porque aquella Ana lo que deseaba era vivir en una churuata cerca de un río, con un patio lleno de plantas de yuca y un montón de hijos.

—Él me decía “Ana, tu tienes el privilegio de ser indígena y ser mujer. Te corresponde defender, difundir, promover, rescatar todo lo que es tu cultura pemón”. Él fue el que me animó a lo que he sido en esta trayectoria. A mi no me hace falta ser capitana para traducir y defender a mis hermanos. Mi cargo eterno hasta que yo me muera, si Dios me lo permite, es ser profesora— dice con la confianza que le da conocer las características del terreno, tener la voluntad de trabajarlo y contar con los conocimientos para actuar sobre él. Aunque a veces los medios no alcancen.

NOTAS:

- 1 Salsa preparada a base de yare de la yuca que lleva más de doce horas de cocción hasta que se torna de un color negro o marrón oscuro.
- 2 El Comité Local de Abastecimiento y Producción (CLAP) es un programa de distribución de algunos alimentos básicos importados promovidos por el gobierno de Venezuela desde el año 2016. Ha habido denuncias de ser un mecanismo politizado que excluye a personas que no apoyen al gobierno. Además de distintas denuncias por temas de corrupción, retrasos en distribución, y mala calidad de los alimentos que incluso pueden llegar vencidos.
- 3 Actualmente participan 65 comunidades del pueblo pemón y se reúnen alrededor de 6.000 atletas.

*Periodista venezolana. Es parte del área de investigación de asuntos indígenas, justicia socioambiental y ecología de la Fundación Centro Gumilla. Fue jefe de redacción de la revista *SIC* (2013-2018). Autora del libro *La fuerza del jebumataro. Historias de despojo y fortaleza de la Venezuela indígena* (2019, **ab**Ediciones UCAB y Ediciones Centro Gumilla).

BOLÍVAR

Lisa Henrito, crecer del centro hacia afuera como los anillos de un árbol*

MINERVA VITTI**

A través de la historia de esta indígena pemón y defensora en la Amazonía venezolana, nos adentramos en un relato íntimo y político que retrata la necesidad de generar procesos de autocuidado y cuidado como una estrategia de resiliencia y resistencia, para el bienestar de las lideresas y la supervivencia de los movimientos que enfrentan los proyectos extractivistas. La crisis climática también es una crisis de los cuidados de los defensores de la tierra

* El presente trabajo es una adaptación de la historia de vida "Los anillos del árbol de Lisa" publicada originalmente en la revista SIC el 18 de septiembre de 2021, como parte del proyecto "Defensoras del territorio" de Climate Tracker y FES Transformación. El trabajo completo puede leerse en: <https://revistasic.org/los-anillos-del-arbol-de-lisa/>



LISA HENRITO CON SU PENACHO DE PLUMAS, PRIVILEGIO QUE SOLO OSTENTAN ALGUNOS LÍDERES HOMBRES EN EL CONTINENTE.

FOTO CORTESÍA LISA HENRITO

// Ahí están los mafiosos esos, provoca lanzarles una bomba, pero debo calmarme”, dice Lisa Henrito Percy, defensora de la tierra, cuando pasamos al frente de unos camiones cargados de alimentos que están estacionados en una de las calles de Santa Elena de Uairén, capital del municipio Gran Sabana, al sureste del estado Bolívar, Venezuela. Su hermano Lenon conduce el carro en el que nos trasladamos. Minutos después entramos al pueblo de Manak Krü donde está la sede del Consejo de Caciques Generales del Pueblo Pemón.

—Antes venía la gente, era más importante que la alcaldía— comenta decepcionada y al volver la vista hacia el cementerio de la comunidad recuerda que el lugar se ha convertido en un corredor para los migrantes forzados venezolanos que huyen de la emergencia humanitaria compleja que azota el país. —Un hombre murió de un infarto mientras caminaba. La familia buscó los papeles para enterrarlo aquí y seguir su viaje a Argentina. Es muy triste lo que estamos viviendo.

Salimos del pueblo y tomamos la Troncal 10 que comunica a Venezuela con Brasil. A la altura del Fuerte Militar El Escamote, Lisa retoma la historia que va contando por fragmentos.

—Aquí nosotros trancamos. Ellos venían con tanquetas. Querían acabar con el pueblo— a un lado de la carretera se alzan unos terrenos bordeados con palos de madera y alambres —Las comunidades indígenas están cercando sus terrenos por las invasiones— agrega

la lideresa del pueblo indígena pemón. En eso estuvo trabajando hoy.

Ya empieza a oscurecer y al otro lado de la frontera, en Pacaraima, Brasil, buscamos unos pañales para su padre. Hay colas de gasolina, la mayoría de carros procedentes de Venezuela. Las luces incandescentes de los locales alumbran las calles llenas de carros, huecos y gente. Las conversaciones son en español, portugués y portuñol (una mezcla de ambos idiomas). El tráfico es pesado así que Lenon estaciona y nos bajamos.

Lisa, vestida con pantalones estampados, franelilla negra, sandalias de tacón y un bolsito cruzado, se pasea por varios locales atestados de pacas de alimentos hasta que encuentra el tamaño y la marca adecuada de los pañales que ella y sus dos hermanos se turnan para comprar. Abraza el paquete sin bolsa como si fuese un bebé recién nacido y volvemos al carro.

Antes de entrar nuevamente a territorio venezolano, pasamos frente a uno de los albergues donde viven los migrantes y refugiados warao, otro pueblo indígena cuyo territorio ancestral está en Venezuela, pero que huyó para sobrevivir.

Cuando llegamos a su casa, Lisa me ubica en una casita de madera, que llama su baticueva. Ordeno mis cosas y me encuentro de nuevo con ella que está atendiendo a su padre. El hombre permanece en posición fetal sobre una cama rodeada por un mosquitero, se queja levemente.

—Aquí hace mucho frío— dice la lideresa como descifrando el lamento de su padre y empieza a poner sábanas encima de la red, las prensa con pinzas para tender ropa hasta que todo queda como una tienda de campaña.

Son casi las ocho de la noche del 3 de octubre de 2019 y la jornada para esta defensora continúa porque debe salir a Manak Krü para reunirse con el equipo de la capitanía indígena del sector 6 del pueblo pemón.

Lisa dice que se levanta temprano a ponerle alimento a las gallinas de su madre, que en este momento está de viaje con otro de sus hijos; después vuelve a dormir “por el frío” y porque luego de las masacres perpetradas en su territorio quedó con mucho insomnio. Apenas se cumplen tres semanas desde que volvió a salir a la calle.

Solo han transcurrido tres horas de mi encuentro con Lisa y una parte de la Amazonía venezolana y su compleja realidad se abre ante nuestros ojos: cooptación de las organizaciones tradicionales indígenas, paso de los migrantes y refugiados venezolanos que huyen de la crisis del país, represión, despojo y militarización de los territorios indígenas, cuidado de la familia.

La Gran Sabana en una mujer.

Lisa estornuda varias veces, nos despedimos y entra en la oscuridad del camino sembrado de árboles de moriche.



La geografía se convierte en genealogía y el *Wadakapiapo-tepui*, un árbol centro del mundo que daba todas las frutas, sigue siendo protagonista de la historia ancestral que habla sobre la abundancia de alimento para su gente y el diluvio que se desató al cortarlo. Frente a su cuerpo azul fluyen las raíces de Lisa, las mismas del pueblo indígena pemón, que abarcan los diferentes territorios del centro y sureste del estado Bolívar, en Venezuela; así como áreas vecinas de la República Cooperativa de Guyana y Brasil, una extensión territorial no inferior a los 85.000 km².

Según el Censo de 2011, existen 30.148 indígenas pemón, divididos en tres subgrupos: arekuna, kama-rakoto, taurepán, convirtiéndose en el cuarto pueblo indígena más numeroso de Venezuela. Desarrollan su existencia en un área de aproximadamente 38.000 km², distribuidos en 183 comunidades organizadas en ocho sectores indígenas, ubicados en los municipios Angostura, Piar, Sifontes y Gran Sabana, este último formado por seis sectores.

Los datos genealógicos no siempre son sencillos, sobre todo si se pertenece a un pueblo indígena que al menos tiene 5 mil años de existencia y que se expande por tantos territorios, pero hay otras cosas más difíciles.

Lisa Henrito ha sido criminalizada por el alto mando militar de promover un movimiento secesionista al sur del país. El señalamiento fue realizado por el general de brigada Roberto González Cárdenas en un programa de televisión nacional y transmitido por la cadena *Tele-sur*, el 23 de julio de 2018, que también la acusó de ser extranjera por haber nacido en la comunidad indígena de Paruima, en Guyana.

Por estas denuncias, Amnistía Internacional emitió una Acción Urgente¹ el mismo año para proteger a la lideresa. En el documento se explica que "... está siendo estigmatizada por su labor como activista de organizaciones de mujeres indígenas pemon que exigen el fin de la militarización y la explotación minera de sus territorios ancestrales sin consulta informada ni estudios del impacto social previos".

La actividad extractiva se ha incrementado de forma desordenada y violenta en toda la región al sur del río Orinoco (estados Amazonas y Bolívar), desde que el presidente Nicolás Maduro aprobara unilateralmente la Zona de Desarrollo Estratégico Nacional Arco Minero del Orinoco, que autoriza la explotación de minerales como oro, bauxita, hierro, cobre, coltán, diamantes y tierras raras, en 12 % del territorio nacional (norte del estado Bolívar y bloque especial en la comunidad indígena de Ikabarú); y que además crea la Compañía Anónima Militar de Industrias Mineras, Petrolíferas y de Gas (Camimpeg).

El Arco Minero del Orinoco se superpone directamente con los territorios ancestrales de los pueblos indígenas Mapoyo, Inga, Kariña, Arawak y Akawako, y su área de influencia incluye las tierras natales de los Yekwana, Sanemá, Pemón, Sapé, Eñepá y Hoti o Jodi en el estado Bolívar; los Yabarana, Hoti y *Uwöttüja*, en Amazonas; y los Warao, en Delta Amacuro.

—El sector seis es la piedra en el zapato porque se resiste a que entre el Gobierno y haga lo que hizo en Sifontes. Tú que has recorrido, dime si existe minería ecológica, si hay ríos limpios. No. Eso no existe. El Gobierno ve qué quieren los capitanes y por ahí coopta. Yo, que lucho contra el Gobierno no puedo tener *rabó e' paja*, no me van a utilizar— Lisa se altera.

La defensora indígena y el pueblo pemón han protestado contra megaproyectos como el Complejo Hotelero Empresa Nacional de Turismo del Sur (Turisur) (1995), Tendido Eléctrico (1997-2001), Decreto 1.850 que autoriza la minería en la Sierra de Imataca (1998), Gasoducto Transcontinental (2006), Sub-Estación Satelital de comunicaciones en Luepa (2007-2008), Decreto 2.248 que autoriza la Zona de Desarrollo Estratégico Nacional Arco Minero del Orinoco (2016), entre otros, por ir en contra de los derechos de los pueblos indígenas y de la naturaleza. En ninguno de estos el Estado venezolano ha cumplido los procesos de consulta previa, libre e informada, ni los estudios de impacto socioambiental garantizados tanto en la legislación nacional como en los tratados internacionales que el país ha firmado, además se desarrollan sobre un territorio altamente disputado por el oro.

La autodeterminación del pueblo pemón representa un obstáculo para los proyectos extractivistas del Gobierno nacional y la jurisdicción especial indígena se convierte en el último reducto de resistencia indígena en un país plagado de disidencias jurídicas.

Sin embargo, muchos de los sectores en los que se divide el pueblo pemón se han abierto a las actividades mineras. Convertirse en mineros ha sido uno de los recursos para proteger sus territorios, sus modos de vida, autosustento y a sí mismos del despojo territorial, aunque esta decisión sigue lejos de ser el fin de los problemas para los pemón y tampoco es compartida por todas las comunidades.

Actualmente, la lideresa repite como capitana en la comunidad indígena de Maurak, un cargo que ejerció entre 2002 y 2005 y en el que fue electa nuevamente para el período 2021-2025². El proceso estuvo reñido, porque la mayoría de los pobladores sabe que es muy crítica a las políticas del actual Gobierno, y consideran que esto la puede poner en riesgo tanto a ella como a la comunidad.

De su primer liderazgo aún recuerda cómo se enfermó por la presión y la implicación que demanda el cargo de capitana en una comunidad.



SIN EL APOYO DE LA FAMILIA ES MUY DIFÍCIL MANTENERSE EN EL LIDERAZGO DE LAS COMUNIDADES. FOTO CORTESÍA DE LISA HENRITO

◇

My Father

*I have a loving father
He's so loving as a mother
His best colour his blue...*

El poema se llama *My Father*, y Lisa lo escribió cuando tenía once años. Ella habla, lee y escribe en tres idiomas: inglés, castellano y pemón taurepán. También comprende y se comunica en portugués. A lo largo de su educación básica y secundaria, que fundamentalmente fue en Guyana, siempre fue muy buena alumna y ganó becas.

Los múltiples viajes de su padre Lloyd Henrito, primer pastor adventista pemón que se graduó en teología, hicieron que la familia Henrito Percy viviera cinco años en Trinidad y Tobago, doce años en Guyana, hasta que finalmente se establecieron en Venezuela.

Para el momento en que Lisa llega al país ya tiene 18 años e ingresa al Instituto Universitario Adventista de Venezuela, en Nirgua, estado Yaracuy, donde estudia Administración de Empresas por seis años; y cada vez que tiene vacaciones viaja al sur de Bolívar donde se instalan sus padres y sus hermanos.

—Cuando regresé estuve un año y medio con un conflicto personal y cultural muy fuerte por el problema lingüístico. En la universidad yo perdí un semestre por las materias teóricas, las raspé porque no sabía castellano. Mi primer idioma es el inglés y a pesar de haber estado con mis abuelos desde los siete hasta los once años no hablaba el taurepán ni el castellano.

Esta barrera lingüística nunca hizo que dudara de su origen indígena, ella creció escuchando las historias de los ancestros que su madre le contaba. Así que aprendió el idioma en la comunidad, hablando con la gente.

Por su parte, el inglés y sus estudios en la universidad le permitieron acceder como administradora en la Placer Dome Technical Services, una empresa minera canadiense que junto a la Corporación Venezolana de Guayana (CVG), conformaron la empresa Minera Las Cristinas (Minca) para explotar la mina Las Cristinas, en el estado Bolívar. Allí pudo conocer de cerca los conflictos entre los mineros que tradicionalmente trabajaban en la zona y las empresas que querían controlar la actividad.

Luego trabajó en la English Service Corporation SRL, dando clases de inglés a los trabajadores de la Procter & Gamble en la ciudad de Barquisimeto, al noroccidente del país.

En 2002, con 29 años, Lisa se estableció en Maurak, comunidad indígena a treinta minutos de Santa Elena de Uairén, por petición de los propios indígenas, para administrar un colegio adventista, pero por su capacidad para hacer proyectos y sus estudios le propusieron ser capitana.

◇

—¡Ay! está muy duro mi amor, tiene mucho frío— le murmura Lisa a su padre, que está sentado en la cama, mientras le frota el brazo con su mano.

Por la puerta de atrás, siempre abierta, entra todo el sonido de los carros. Lisa toma una cucharada de arroz, Lloyd abre la boca, su espalda levemente curvada, sus ojos mirando el bosque que lleva dentro. Rusty, un gato negro y frondoso, se lame encima de la cama. En 2006 cuando se mudaron a esta casa comenzaron los primeros síntomas de Alzheimer. Lloyd tenía 56 años y Lisa 33.

—Al principio era un chiste para nosotros. Iba para el conuco, sembraba, al día siguiente arrancaba todo, dejaba el machete, “no, que alguien me robo el machete”, papá lo dejaste en el conuco, “cónchale, voy para el conuco otra vez”; regresaba, “ay, vengo a buscar el...”.

Lloyd tenía un diario donde le escribía a Dios, a su familia, a su enfermedad. Hasta que también se le olvidó escribir. La última vez que habló con Lisa fue en marzo de 2011, estaban en el Centro Comercial Orinoquia, en Puerto Ordaz, y su padre comenzó a marearse, los cuadros de aquel piso largo y amplio lo desconcertaban. Se sentaron en la feria de comida. Él pidió un Toddy (bebida achocolatada) con un sándwich y Lisa un café con leche.

A Lisa se le quiebra la voz como un crujir de ramas bajo los talones cuando revive estos recuerdos. Ella piensa que el hambre influyó en la enfermedad de su padre porque cuando era joven estudió, trabajó y viajó mucho: Trinidad y Tobago, Bahamas, Estados Unidos, y en esos lugares a veces la beca tardaba en llegar, no tenía comida y se desmayaba. Ahora el señor Lloyd Henrito

muerde todo: camisas, botones, el plástico de la cama. En 2015 lo operaron de la vesícula y desde entonces no le colocan ropa.

—Cada vez que viene la visita médica me felicita porque él está muy bien, él está muy limpio y es el primer paciente que ve en esas condiciones, que no tiene ni una... ¿cómo se dice?

— ¿Escara?

— Sí, sí. Él come muy sano, tú ves que si su ensalada de frutas, su avena, es muy caro mantener su dieta también, no te creas, pero bueno, nos ayuda bastante que papá es una persona muy reconocida por su trabajo en la Iglesia adventista. A veces no tenemos nada y siempre llega alguien que nos trae dinero o comida.

Asumir el cuidado de su padre ha implicado para Lisa distribuir las labores con sus dos hermanos, quienes la ayudan en la parte económica y logística. Pero buena parte de la atención recae en ella porque en una etapa de la enfermedad Lloyd se puso muy violento y a la única que nunca intentó agredir fue a Lisa.

—No es fácil porque a veces yo me canso y bañar a papá es todo un proceso. Mi mamá de verdad no puede, entonces se sienta con él a cantarle sus himnos favoritos, *There'll be no dark valle*, a leerle la biblia, *Thessalonians* capítulo 5 versículo 16 al 23, le hace los cultos matutinos y los cultos de la noche. Y él, pues, se anima.

—¿Y cómo haces cuando viajas más tiempo?

— Cuando me tocó ir tres meses al curso en Europa [donde se graduó como experta en derechos humanos de los pueblos indígenas del programa del Instituto de Derechos Humanos de la Universidad de Deusto, en Bilbao] yo mandé a comprar los paquetes de pañales, la comidita, me faltó dejar las cosas por escrito y les dije: yo voy a dejar a papá, ustedes saben cuál es la rutina, si llega a morir mi papá porque ustedes no le cuidaron bien, ni siquiera me informen, porque yo no me voy a quedar como una pendeja sin estudios. Y así me fui. Gracias a Dios estuvieron pendientes.

Lisa presiona con sus piernas las piernas de su padre, una pinza humana para mantenerlo erguido. Sostenido por su hija, Lloyd sigue comiendo, masticando, tragando.

— Cuando dejan de hacerlo es que ya comienzan a morir— dice como preparándose para un futuro no muy lejano— A una amiga le pasó y al padre le colocaron un tubo en el cuello. A los seis meses murió.



Lisa fue la primera capitana de Maurak, la segunda comunidad más grande del pueblo pemón, asumió este puesto el 10 de junio de 2002, el mismo día de su cumpleaños. Recuerda que cuando se estaba postulando un hombre dijo que no quería que fuese capitana porque era mujer. Ella se sorprendió, pensaba que siendo

Maurak una comunidad adventista, con escuelas y que había tenido contacto con la cultura occidental, podría haber más igualdad. “¿Cómo va aconsejar a los familiares, a los muchachos, si no tiene hijos?”. “No, porque no tiene marido”, seguían diciendo las voces de su pueblo.

La investigadora en derechos humanos e indígena wayúu, Alicia Moncada, relata cómo la defensora se tuvo que hipermasculinizar para poder llegar a ser parte del consejo de seguridad de los capitanes pemón en 2016.

— Su única salida fue volverse una roca igual que ellos, demostrar que era tan fuerte o más — Alicia cierra una de sus manos y comienza a golpear la otra aún abierta, paf, paf, paf— Lisa era la que abría un mapa y decía “nos van a invadir por aquí”, la estrategia militar, y eso fue lo que le ganó un respeto brutal entre todos, porque se dieron cuenta que lo que planteó de montar los puntos de seguridad funcionó. Pero, ¿cómo se ganó eso?, asumiendo un papel de generala. Tú no puedes competir en un mundo de hombres llorando, mostrando lágrimas, ni histerisándote, que es lo que ellos dicen que una hace.

Alicia Moncada asegura que el legado del padre de Lisa, como pastor adventista y hombre instruido, también contribuyó a esta confianza en sus capacidades —el pueblo pemón es patrilineal— aunque esto no disminuyó todo el trabajo que la defensora hizo para que la comunidad reconociera su trayectoria.

Con el tiempo, Lisa ha interiorizado que para enfrentar las relaciones de dominación intraétnicas, las capitanas indígenas necesitan diferenciarse radicalmente de la conducta de sus compañeros, y en este camino la han acompañado otras mujeres del pueblo pemón que incorporan el cuidado, la ternura y la escucha en la resolución de los conflictos.

—Según tu experiencia, ¿cuál sería la diferencia entre los liderazgos de las mujeres y los hombres?

—Yo diría la forma de liderar y atender los casos. Cuando hay casos de adolescentes, de hijos, tú tienes que sacar ese instinto materno. La otra parte es llorar. A mí me decían que yo era corazón de hierro porque no lloraba y cuando lo hacía era de impotencia. Con esa actitud que yo tenía la gente me tenía miedo y una cosa es que la gente te tenga respeto y otra que te tenga miedo. Lidia Suárez me decía: “Yo sé que tienes que tener el pantalón pero ponte la falda de vez en cuando. Tú eres una mujer. Tienes que ser sensible, compasiva, comprensiva”— relata la lideresa pemón.

Lisa permaneció como capitana los tres años asignados. De su gestión en Maurak dice que “se afincó” en la participación indígena en todo el territorio, paralizó tres obras —aeropuerto, aduana y subestación de combustible— porque no se había respetado el proceso de consulta previa, libre e informada, y sacó a los foráneos con violencia.

Entre 2002 y 2005 había mujeres indígenas liderando en las comunidades de San Antonio, San Rafael de Kamoirán, San Ignacio de Yuruaní y Kamarata. En 2021, de las veintiocho comunidades indígenas que conforman el sector seis del pueblo pemón, hay seis capitanas. Lisa repite por segunda vez en Maurak.

—Es difícil porque la familia es lo primero para nosotras, porque yo no tengo esposo, pero mi padre, mi mamá, mis hermanos son muy importantes para mí y yo he dejado de ir a reuniones por ellos. Yo conozco a mujeres que han renunciado porque el esposo le dijo. La mujer siempre va a doblegar por su familia, mientras que el hombre no, porque la mujer está comprometida con su familia, si ella no piensa el hogar se desintegra, mientras que si el hombre se va no importa, algo así.

El apoyo de parte del círculo familiar para mantenerse en cargos de liderazgo es una característica que Lisa documentó en la historia de vida de Emilia Castro, como parte de su investigación para el Diplomado para el Fortalecimiento del Liderazgo de la Mujer Indígena en 2010.

Emilia Castro fue la primera mujer indígena que ocupó el cargo de capitana en 1983, en la comunidad indígena de San Rafael de Kamoirán del sector cinco, Kavanayén, del pueblo pemón. Esta maestra de profesión ascendió como capitana general (coordinando a varios capitanes) manteniéndose en el cargo diez años, desde 1988 a 1998. Más adelante fue la primera mujer en ganar unas elecciones de concejales llegando a ser la primera en ocupar un cargo político en el municipio Gran Sabana. Una trayectoria excepcional entre las mujeres del pueblo pemón.



A Lisa también la operaron de la vesícula. Sucedió a finales de 2008, siete años antes de la operación de vesícula de su padre, cuando ya había dejado de trabajar en la Dirección de Salud Indígena del Ministerio del Poder Popular para la Salud, desde donde impulsó el Servicio de Atención y Orientación al Indígena (SAOI), que se instaló en los principales centros de salud de los estados venezolanos con población indígena.

El ritmo de trabajo era fuerte y Lisa vivía tan apasionada con todo lo que estaba aprendiendo y aportando que comenzó a descuidar su alimentación y las horas de descanso. Para cuando dejó el cargo en 2007, tras los ataques políticos que recibió por haber pedido la colaboración a médicos adventistas estadounidenses ante la incapacidad del Gobierno de atender a los indígenas, ya su salud había menguado. Los órganos internos de Lisa estaban colapsados y hasta le diagnosticaron una pancreatitis aguda.

—El médico me dijo que mi vesícula era como la de una mujer de noventa años. Adentro tenía una sola piedra que creció tan grande que bueno... Estuve catorce días entubada, con una sonda para orinar, me estaban drenando, me perforaron el lado izquierdo de mi estómago. Catorce días sin poder comer ni tomar agua.

Cuando la hospitalizaron en el Hospital Ruiz y Páez de Ciudad Bolívar, una de sus amigas, Carmen Díaz, que era la trabajadora social de Salud Indígena en ese lugar, y sus dos hermanas se encargaron de cuidarla. Para no preocupar a la familia de Lisa solo les dijo que estaba enferma y necesitaba cumplir un tratamiento. Guardó para sí lo más alarmante: que estaba al borde de la muerte. Incluso le tuvieron que colocar el tratamiento por los pies porque ya las vías de los brazos, cubiertos de hematomas, habían colapsado.

A Lisa también la cuidaron algunos de sus amigos que han sido o fueron capitanes en sus comunidades: Ricardo Delgado, Juvencio Gómez, José Luis Galetti y Pedro Luis González.

Hay una foto de sus amigos alrededor de la cama mientras ella duerme atravesada de tubos y vías. Aquel día estuvieron dos horas contando las historias de Lisa. Fuera del encuadre se presiente el doctor llegando, preguntándoles por qué hay tanta gente en la habitación, uno de ellos le responde que están hablando de su amiga que es una guerrera.

El día de la operación viajó toda su familia y algunos amigos para acompañarla.

—¡Ese hospital estaba bueno pues! Parecía que fuera un personaje de qué se yo. Me acuerdo que después de la operación tenía que esperar cuatro horas para caminar pero lo hice en dos, caminé rápido.



—¿Necesitas ayuda?

—Una silla de ruedas nueva, más bien esta ha aguantado mucho.

Me acerco y la ayudo a levantarla. Lisa viste una braguita negra de algodón, un poco holgada, que tiene algunos huequitos por el desgaste. El hermano y ella han bañado a su papá. A Lloyd le cuelgan los pies de la silla de ruedas y va tapado en su parte baja con una toalla. Mientras tanto, una sobrina que los ayuda a preparar el almuerzo recibe las instrucciones que Lisa suelta en inglés. En la casa corre el hervor del *tumá*, una sopa tradicional del pueblo pemón. Al frente se detiene una camioneta azul. Tías, sobrinas, hermanos como brotes asomados por las ventanas y puertas de la casa de los Henrito Percy, atentos de quién es, de quién se baja. Transcurren unos minutos y el vehículo recobra la marcha. Por esta vez no hay peligro. Pero todos los días es lo mismo, una sordomuda que viene a pedir una

colaboración, un ladrón que deambula dentro de los linderos, un ruido en el monte, un conductor borracho que enciende su fiesta en la vereda; todos podrían ser cualquier persona o algo más, y como ninguno sabe, mejor estar preparados.

En 2019, Lisa aplicó al Shelter City, una iniciativa de justicia y paz de los Países Bajos para proteger a los defensores de los derechos humanos, en la que pueden optar por una estancia de tres meses para tomar un respiro; pero cuando comenzaron a preguntarle si había estado presa se molestó.

—Pareciera que tienen que matar a los líderes como en Colombia para que les paren. La chica me dijo que escribiera en enero de 2020, yo le dije que ya estaba sanando. Ellos no entienden, los líderes sufrimos psicológicamente y económicamente. Cuando un periodista me pide que investigue tal cosa yo me pregunto, ¿cómo me traslado?, ¿en qué carro? Ojalá tuviera mi propia

laptop, cámara, grabadora y otros implementos para optimizar este trabajo, pero bueno...

La defensora no fue admitida en el Shelter City, pero en julio de 2019 viajó a Ginebra invitada por Amnistía Internacional para participar en un foro. Lisa durmió doce horas. Era la primera vez desde febrero de 2019 que reposaba. Lejos, en aquel continente, fue recuperando el sueño.

Su insomnio comenzó en diciembre de 2018 con la masacre de Canaima perpetrada por la Dirección de Contrainteligencia Militar (DGCIM)³ en el sector dos del pueblo pemón, muy cerca del *Körepakupai Wena Vena* (Salto Ángel). Dentro del Parque Nacional Canaima, fue asesinado Charly Peñaloza y heridos varios indígenas pemón.

Luego siguieron las masacres de Kumarakapay, sector cinco, y Santa Elena de Uairén, sector seis, en febrero de 2019, ejecutada por militares en el marco del ingreso



LISA HENRITO Y LOS NIÑOS DE LA COMUNIDAD DE MAURAK DURANTE UNA ACTIVIDAD CULTURAL EN 2021. FOTO CORTESÍA DE LISA HENRITO

de la Ayuda Humanitaria liderada por la oposición. Hubo ocho muertos (cuatro indígenas), 57 heridos de bala, 65 presos y 960 migrantes forzados pemón que huyeron de la represión y las balas a territorio brasilero, entre ellos estaba el alcalde pemón de Gran Sabana, Ricardo Delgado, quien murió en el exilio por la Covid-19 en diciembre de 2020.

Una semana después de esta última masacre, Lisa se encerró en el baño y comenzó a llorar. No podía parar. Estaba desbordada por la represión del Gobierno venezolano y la traición de algunos capitanes indígenas, el Consejo de Caciques Generales del Pueblo Pemón estaba prácticamente dividido⁴. A Darcy Sánchez, capitana de la comunidad de Manak Krü, en el sector seis, le pasó lo mismo. Se encerró varios meses en su casa, no quería salir.

Con este ataque militar se perdió gran parte del control territorial que había logrado el pueblo pemón desde septiembre de 2016, cuando los indígenas declararon el municipio Gran Sabana, Jurisdicción Especial Indígena y una comisión de seguridad indígena ocupó las instalaciones de la policía estatal, tras el asesinato de una familia de ascendencia árabe en el que estuvo involucrada la misma policía junto con otros grupos delictivos.

Una de las últimas matanzas fue perpetrada en Ika-barú, sector siete, en noviembre de 2019⁵, en la que fueron asesinadas ocho personas con armas de fuego, incluyendo un sargento de la Guardia Nacional Bolivariana, un indígena pemón y un adolescente.

Ante estas amenazas, cobra gran relevancia el Acuerdo de Escazú, un pacto internacional que entró en vigencia el 22 de abril de 2021 y que, entre muchos derechos en materia ambiental, garantiza la protección de los defensores de la naturaleza. No obstante, el Gobierno venezolano continúa sin firmarlo, a pesar de ser uno de los países en la Amazonía con más biodiversidad del mundo y que 60 % de su territorio está conformado por áreas bajo régimen de protección especial (Abraes), dentro de las cuales 40 % son parques nacionales.

—Ya me salieron todas las *culebrias* en el cuerpo. Pero aquí estamos, seguiremos denunciando todo.

Las “culebrias” son herpes y burbujitas de agua muy dolorosas que le salen a Lisa en espalda, brazos y cejas, cuando está en situaciones de mucho estrés.

Lisa hace silencio. Tiene los ojos rojos y llenos de lágrimas. Es como si los *mawarí*, esos seres fabulosos que viven en los cerros, piedras y selvas, se estuviesen presentando en forma de nubarrones sobre la cima de un tepuy, y todo lo que me está contando ya no lo pudiera ver. Pronto limpia su rostro, se levanta y camina hacia la cocina para hornear el pan.



La persecución se intensificó tras el ataque militar de febrero de 2019. Alicia Moncada preparó todo para sacar a Lisa del país pero dos días antes del viaje ella le escribió:

Nunca voy a huir hermana. Ya saqué a los más vulnerables de mi familia. Mi mamá y mis hermanos están resteados conmigo. Soy una defensora de nuestro territorio y de los derechos de nuestro pueblo, revolucionaria por nacimiento y guerrera por convicción. Yo no voy a huir. Si de verdad quieren mi cabeza, que me vengan a buscar acá, que ellos saben dónde vivo.

—Imagínate cómo tú rescatas a una defensora o defensor que viene de esa lógica, primero que me torturen y me maten, pero yo de aquí no me voy. Yo creo que uno de los trabajos más complejos, precisamente, es acompañar a defensores indígenas— señala Alicia que es originaria del pueblo indígena wayúu y conoce de cerca estas historias.

—¿Por qué crees que ocurre esto?

—El héroe es sacrificial y es un servicio desde la capacidad guerrera, de yo demuestro a mi comunidad lo fuerte que soy. La vulnerabilidad es vista como una falencia, como algo que no puede ocurrirnos a nosotras, porque yo tengo que estar fuerte, y esta actitud guerrera, marcial, confrontativa, dependerá de cuán patriarcal es la cultura de donde venga la defensora.

La investigadora en derechos humanos asoma una raíz aún más profunda del árbol de Lisa, presente en las historias ancestrales que las defensoras escuchan desde que son niñas. En estas el principio activo –lo masculino– se encuentra asociado al movimiento y al cambio (el aire, el sol, el fuego); mientras que lo pasivo –lo femenino– es lo que permanece y nutre (la tierra, el mar, la montaña, los ríos).

—Las defensoras indígenas tienen ese malestar, si yo no me identifico con el principio pasivo, quién soy entonces, yo no quiero estar allí, pero cuando voy al principio activo los hombres me van a decir este no es tu lugar, y allí es cuando empiezan los conflictos grandes de las lideresas con los líderes. Entonces tienes dos opciones: o lo aceptas o te revelas ante eso— explica Alicia que también es investigadora en la Fundación para la Justicia y el Estado Democrático de Derecho.

Otro elemento fundamental que va forjando este carácter estoico de las defensoras indígenas son las distintas hostilidades que se enfrentan en los territorios: el modelo extractivista que se ha extendido por toda la región de América Latina; las necesidades básicas insatisfechas; la propia naturaleza, cuando son comunidades que dependen exclusivamente de la economía del autosustento.

Las violencias históricas y opresivas existen tanto para mi primer territorio-cuerpo, como para mi territorio-histórico, la tierra. Si las aguas están contaminadas por mercurio tendrán repercusiones en la salud de las mujeres y en el nacimiento de sus hijos. Si la minería de oro convierte a los territorios en economías de enclave se elevarán los costos de los alimentos, el combustible, las medicinas. Es así como las mujeres dicen "... no concibo este cuerpo de mujer sin un espacio en la tierra que dignifique mi existencia y promueva mi vida en plenitud".

También está la hostilidad del escrutinio diario de los propios indígenas.

Una vez, en una asamblea comunitaria, a Lisa la llamaron *Amapaise*, que en pemón significa la nuera de mi mamá, luego un capitán pemón le dijo que se acordara que antes de casarse tenía que consultar con ellos para aprobar con quien lo hacía. La defensora lo tomó como un chiste, pero era evidente el control de la comunidad en un espacio tan íntimo como lo es elegir una pareja, una situación que se hace más fuerte en defensoras con orientaciones sexuales e identidades de género diversas.

Cuando le pregunto a Lisa si la sexualidad y el placer son una prioridad para las defensoras se ríe pícaro y responde:

—¿Entre Eva y María quien crees tú que voy a ser? Yo le doy la manzana a todo el mundo. ¿Quién ha visto un pez tomando agua?

Ella no se cohíbe pero todo lo anterior la impacta profundamente, porque siente que muchas personas la ven como un ejemplo y no quiere decepcionarlos.

—Imagínate si yo hubiese salido embarazada, yo sé que muchas personas caen porque siempre me han dicho "tú me inspiraste", y esas son las cosas que tal vez no se comprenden en el mundo no indígena, para nosotros es muy importante la autoridad moral— explica Lisa.

En las respuestas de Alicia Moncada y Lisa Henrito podría estar la explicación de por qué casi nunca se menciona el autocuidado, la sexualidad, el placer, y las enfermedades, tanto físicas como psicológicas, que afectan a las mujeres defensoras de la tierra, el territorio y el medio ambiente. No se quiere empañar el activismo heroico, fomentar la "victimización", visibilizar los sufrimientos, el sacrificio de la vida privada, ni mucho menos contactar con la vulnerabilidad —que puede contener riesgos reales de muerte en estos territorios—.

Pero no solo se trata de una cuestión de capacidades, sino bajo qué condiciones las defensoras se mantienen en los roles de liderazgo, y en este caso las mujeres indígenas no solo defienden sus territorios, sino que son las cuidadoras y reproductoras de la vida comunitaria, además son las encargadas de transmitir el conocimiento tradicional y la cosmovisión de sus pueblos. Con semejante rol no debería ser extraño preguntarse quién cuida a las que cuidan y por qué se convierten en las

últimas de la fila de sus propios derechos, mientras están cuidando y defendiendo con una entrega absoluta a su comunidad y la naturaleza.

El autocuidado y el cuidado lo necesitan todos los seres humanos, y no tendría que realizarse solo cuando está en peligro la integridad física y mental de la defensora o el defensor. Al enaltecer solo la valentía, sin tomar en cuenta la necesidad de ser educados en el autocuidado, fomentamos lógicas de martirologio.

—¿Existen espacios de autocuidado para las mujeres indígenas en las comunidades?

—Los cuidados que se dan entre ellas serían solidaridades, pero no hay espacios de autocuidado desde lo tradicional para las mujeres indígenas en las comunidades— Alicia revela una de las heridas del árbol.

—¿Y cuándo los has visto?

—Cuando viajan a eventos afuera y se conectan con otra gente ocurre una misteriosa transformación. De la mujer incólume de la comunidad te encuentras con risas y compartires. Caminan abrazadas del brazo disfrutando la vida. Creo que ese es un espacio de autocuidado, cuando tú las sacas de esa hostilidad del contexto y del mandato de cómo ser mujer, madre, lideresa en las comunidades indígenas. Ellas hablan de los problemas de su pueblo en los espacios destinados para esto, pero cuando están fuera del conversatorio lo que quieren es vivir. El autocuidado máspreciado por estas mujeres es aquel donde ellas tienen un tiempo para sí. Desarrollas tu individualidad pero estás en comunión con los otros.



La resina es la lágrima del árbol.

El padre de Lisa murió el 10 de junio de 2020, el mismo día en que ella cumplía 47 años. Toda su familia había enfermado con una gripe muy fuerte y solo ellos dos faltaban por recuperarse. No supieron si fue la Covid-19, pero en varias comunidades indígenas de Gran Sabana se habían detectado casos positivos entre indígenas pemón. El oscurantismo en las cifras y la falta de un protocolo para la prevención, contención de la infección y control de la enfermedad Covid-19 para pueblos y comunidades indígenas fueron las políticas públicas del Gobierno venezolano.

Treinta y siete días después de la muerte de su padre, Lisa salió de la casa arrastrando su duelo y las secuelas de la enfermedad. El detonante fueron unos militares que entraron al conuco de sus vecinos para quitarles un tambor de combustible que posteriormente revendieron.

A partir de esa situación, la defensora se ocultaba en el monte para investigar lo que ocurría en las trochas, caminos irregulares entre la frontera de Brasil y Venezuela que permanecía cerrada por la pandemia. Nunca pudo grabar nada, pero sí vio el tráfico de personas, artículos

de minería, licor, combustible, medicamentos, armas, dólares y reais brasileños para comprar oro, todo dirigido por los militares venezolanos.

Como capitana, Lisa ha tenido que aprender que no solo se trata de defender el territorio geográfico sino su propio cuerpo como territorio. Una reflexión a la que algunas defensoras han llegado luego de haber tocado la vulnerabilidad personal y colectiva.

Aun así Lisa sigue trabajando mucho, sufre fuertes dolores de cabeza cada tanto e incluso los sábados atiende las emergencias que se presentan entre su gente. Los recursos económicos también siguen siendo limitados y la defensora siempre se lamenta por no tener un celular en buen estado para comunicarse, o dinero para trasladar a su madre a Boa Vista para operarla del glaucoma en sus ojos. Es la vida oculta de las defensoras de la tierra que trabajan prácticamente a pura voluntad.

—Yo siempre digo que aquí lo que nos va a salvar es el pensamiento comunitario. Como indígenas nunca debemos perder nuestro pensamiento colectivo. Lo que tenemos que fortalecer son las bases de las comunidades indígenas— dice Lisa como un *tarén* para curar los males mientras viva.

Periodista venezolana. Es parte del área de investigación de asuntos indígenas y ecología de la Fundación Centro Gumilla. Fue jefe de redacción de la revista *SIC* (2013-2018). Autora del libro *La fuerza del jebumataro. Historias de despojo y fortaleza de la Venezuela indígena* (2019, **abEdiciones UCAB y Ediciones Centro Gumilla).

NOTAS:

- 1 Venezuela: Activista indígena, difamada y estigmatizada: <https://www.amnesty.org/es/documents/amr53/8851/2018/es/> Edición 3.8.2018
- 2 Morelia Morillo: Juramentan a la dirigente indígena Lisa Henrito como nueva capitana de Maurak [en línea] <https://correodelcaroni.com/region/juramentan-a-la-dirigente-indigena-lisa-henrito-como-nueva-capitana-de-maurak/> Correo del Caroní. Edición del 7.1.2021
- 3 Minerva Vitti: El contexto de la resistencia de los indígenas pemón de *Kanaimö* [en línea] https://www.revistasic.gumilla.org/2018/el-contexto-de-la-resistencia-de-los-indigenas-pemon-de-kanaimo/?fbclid=IwAR2MKy_hVdYJPgtxDdUB8RbRNhq Revista *SIC*. Edición del 20.12.2018
- 4 Provea: Prohibido olvidar: Masacre de Santa Elena de Uairén. Pueblo Pemón [en línea] <https://provea.org/trabajos-especiales/especiales/prohibido-olvidar-masacre-de-santa-elena-de-uairen-pueblo-pemon/> Edición del 23.2.2020
- 5 Minerva Vitti: Masacre en Ikabarú: “Llegaron y empezaron a disparar” [en línea] <https://www.revistasic.gumilla.org/2019/masacre-en-ikabaru-llegaron-y-empezaron-a-disparar/> Edición del 23.11.2019

DELTA AMACURO

Teresa Farrera, la raíz warao que sigue creciendo lejos de sus aguas

MINERVA VITTI*

El idioma y la cultura warao han sido los remos que le han permitido navegar intrincadas geografías sin naufragar en la pérdida de su identidad. Una travesía que la convierte en mensajera y defensora de su pueblo indígena sin importar lo lejos que esté de sus aguas ancestrales



TERESA SOSTENIENDO UN MATARO, MARACA SAGRADA DEL PUEBLO WARAO. FOTO MINERVA VITTI

Entre el humo y los cornetazos de los carros que circulan por la avenida San Martín aparece Teresa Farrera, indígena warao y docente jubilada, que vive en esta zona al oeste de Caracas desde hace más de dieciocho años. Cruza la calle ligera como quien ya se ha apropiado de una nueva geografía, caótica, siempre cambiante. Lleva puesta una camisa blanca con flores a un costado, pantalones azules y zapatillas animal print. A medida que avanza algunos flecos se desprenden de su melena negra y lacia para enmarcar el rostro canela en el que resaltan sus cejas tatuadas. De su cuello cuelga una cruz de madera. Hace sol y viento.

—*Yakaera waitu, ma darijabatu a bukobukó* (“hola, mi viajera guerrera”)— saluda cariñosamente en su lengua materna, la que se habla en el delta del Orinoco, a aproximadamente diez horas de esta ciudad y otras horas más de navegación hasta los caños donde se asientan Santa Rosa de Araguao y Araguaimujo, pertenecientes al municipio Antonio Díaz, estado Delta Amacuro, Venezuela, las comunidades indígenas donde esta mujer nació y pasó su infancia.

Detrás de Teresa queda la carretera ancha y recta en la que continúan circulando los carros. Sus pies en pausa son delgados y ligeros como esas raíces aéreas de los manglares que crecen por encima del suelo, pero que necesitan de una superficie para fijarse y sostenerse en los suelos pantanosos.

Cuando se pertenece a una etnia que siempre ha estado en movimiento es preciso llevar el territorio consigo mismo, navegar el desarraigo estando en la periferia de dos mundos, el indígena y el no indígena, aunque a veces se sienta como no estar en ningún lugar.



El apartamento de Teresa está en el piso 24 de un conjunto residencial formado por cuatro torres. Es lo que el dinero de la venta de carteras y bolsos de cuero colombiano, más un préstamo hipotecario que le concedió la Ley de Política Habitacional y el Instituto de Previsión y Asistencia Social para el personal del Ministerio de Educación (Ipasme), y lo que pudo ahorrar con su salario de profesora le dio para comprar en los años noventa. A veces siente que el piso alto la enferma, también subir los baldes de agua por las escaleras debido a los repetidos cortes de este servicio y de la electricidad que afecta el funcionamiento de los ascensores.

Los warao “son gente de agua o de las embarcaciones” y están distribuidos en los estados Delta Amacuro y Monagas, en las zonas adyacentes a las desembocaduras de los caños del delta del Orinoco. Los que han permanecido en sus territorios ancestrales viven sobre las aguas o rodeados de estas aunque, como Teresa, tampoco las puedan usar libremente, debido a la con-

taminación generada por los residuos de la minería aurífera y las industrias básicas.

—He visto a muchos hermanos warao en las calles y los he ayudado. Una vez se sentaron en la acera del edificio y cuando los saludé en warao se asombraron. Siempre piden sábanas para arroparse, supongo que es para pasar la noche. Si traigo pan se los dejo. Les he preguntado de dónde vienen, y muchos me dicen que de Valencia, cuando les vuelvo a preguntar me dicen la comunidad, quizás algunos lo hacen por vergüenza étnica.

En los últimos años, un gran número de indígenas warao ha migrado no solo a las principales ciudades sino a otros países como Trinidad y Tobago, Guyana y Brasil, donde la mayor parte vive en condiciones bastante precarias. Una migración forzada que inició en los años sesenta con el cierre del Caño Manamo, con graves impactos en la salinización del agua, las inundaciones de comunidades enteras y la pérdida de cosechas; continuó en los años siguientes con los warao en situación de mendicidad en las ciudades; y se acentuó especialmente desde 2014 con la emergencia humanitaria en la que está sumergida Venezuela. Podría decirse que la migración de Teresa transcurrió con un poco más de suerte.

Además de su experiencia como maestra en algunas escuelas de Caracas y San Francisco de Guayo (Delta Amacuro), esta mujer warao ha trabajado en el Ministerio de Educación, específicamente en el Departamento de Educación Intercultural Bilingüe, apoyando al Equipo Técnico Pedagógico y evaluando textos escolares utilizados en las escuelas indígenas, igualmente en el Departamento de Educación Inicial; en la Fundación Abyayala como profesora de cultura warao; en Alterno, una productora audiovisual, en la que ha fungido como traductora y ancla de “Indígenas en la Red”, un noticiero indígena del mismo medio; y desde hace tres años participa en el grupo de Defensoras de la Naturaleza, siendo parte activa de “Somos Amazonía”, una campaña de las ONG jesuitas Alboan y Entreculturas cuyo objetivo es la movilización de la ciudadanía para proteger la Amazonía, los pueblos que la habitan y luchar contra el cambio climático.

—Siempre quise crecer a nivel personal y profesional, mantener mi acervo cultural. Cuando salí de mi comunidad sabía lo que quería, buscar nuevos horizontes y fue precisamente aquí en la ciudad donde logré expandir mis conocimientos ancestrales. Quiero que sepas también, que yo determiné mi propia motivación, la cual fue el combustible para poder alcanzar mis metas, claro que en algún momento pensé “¡ay! voy a dejar de hablar mi idioma” pero luego me decía que no podía porque, ¿cómo olvidar mi acervo cultural,? ella, mi lengua materna, es el vehículo para poder comunicarme contigo, y con las diferentes fundaciones que yo he venido apoyando

y así seguir adelante, no te voy a negar que para mí, mantener mi lengua materna y hablarla con fluidez ha sido un reto bien grande y eso creo que me ha servido, el no apartarme de mi cultura, de ahí yo parto.



La primera vez que Teresa se mudó de Santa Rosa de Aragua, la comunidad warao donde nació en 1957, tenía siete años. Su familia llegó a Puerto Luis, una comunidad cercana a la misión de Araguaimujo, ubicada en la parroquia Fray Santos de Abelgas, cuyo nombre le brinda honor a uno de los misioneros capuchinos que, en 1925, fundó la primera misión en la comunidad junto con las Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, congregación religiosa de la Iglesia católica con espiritualidad franciscana. Desde ese entonces comenzó a funcionar la Escuela “Divina Pastora.”

Antes de ingresar a la educación formal con las monjas Terciarias Capuchinas, Teresa tuvo una maestra llamada Eusebia Jiménez, que fue quien la enseñó a leer con el libro *Abajo cadenas*, un texto que los maestros normalistas comenzaron a usar a finales de los años cuarenta y cincuenta, en los pueblos y caseríos mas lejanos de Venezuela.

En aquel libro aparecía un warao navegando sobre el lomo de un caimán. Con una flecha apartaba las boras flotantes “como limpiando el camino para seguir”. Lo mismo que Teresa cuando comenzó a trasladarse todas las mañanas en su *wajibaka* (“curiara” en idioma warao), remando con sus *jaje* (“canaletes o remos” en idioma warao), hasta la escolita recién fundada.

—A mí me representa mucho el canaleta. Si no hubiese sido por el remo ¿cómo hubiese llegado a la escuela? Fue remando que llegué tan lejos. Iba con mis primos y primas, pero fui la única de ese grupo que salí de sexto grado. Al terminar la Educación Primaria las hermanas capuchinas le dijeron a mi mamá que me iban a ayudar trayéndome hasta el Colegio Sagrada Familia [ubicado en Tucupita, capital del estado Delta Amacuro] para formar parte del grupo del internado. Así empezó mi segunda etapa de formación. Llegó el momento de partir en busca de un nuevo amanecer, no recuerdo si llevaba maleta, lo que sí recuerdo es el momento en que me monté en la lancha “Paz y bien” con los capuchinos.

Teresa pensó que su papá vendría con ella y cuando se encontró sola en aquella embarcación en movimiento, se levantó y empezó a llorar.

—Miraba hacia atrás. Sentí un vacío y dije: “Nada, me voy y no sé cuándo regrese”. Con mi bolsita que me había diseñado mi mami, en forma de funda, con un pedacito de tela vieja, allí iba mi cultura, muchos sueños y la curiosidad por conocer el mundo.

Desde el pequeño Puerto Luis, toda la familia –tíos, primos, abuelos– la comunidad entera le gritaba “*yakaeraja naru*” (“¡adiós, adiós!”). Teresa aún recuerda el rostro de su abuela cuando le dijo “*Dioso ji sanetakunara!*” (“¡Dios te bendiga!”). Al llegar a Tucupita desembarcaron directamente en la Iglesia San José, porque aún no existía el Paseo Manamo.

—Fue un choque muy grande para mí. Tenía trece años. Yo decía “¿cónchale ¿y ahora?, ya estoy aquí con las monjas y debo aprender”. Tenía muchas emociones encontradas al haber dejado a mi gente allá en el delta bajo, pero ya estaba en la capital.



Teresa está sentada en la mesa de comedor de su sala. En la pared está colgado el póster de *Dauna, lo que lleva el río*, una película venezolana en idioma warao, en la que participó interpretando al personaje de la *Dauna* anciana y fue también traductora del guión, español-warao y *coaching* de lenguaje. La imagen del póster es la silueta de *Dauna* (“selva” en idioma warao) pero en lugar de las partes del cuerpo de esta mujer indígena aparece el territorio físico: una curiara surcando las aguas del Orinoco hacia un haz de luz que se abre entre el cielo nublado y la espesura de la selva. La estela que deja la embarcación se convierte en un estampado semejante a la piel de un tigre verde, o quizás sean las huellas de un *nabarao*, ser mitológico del pueblo warao que habita en las profundidades de las aguas y que se lleva a las mujeres menstruantes.

Para Teresa esta película, dirigida por el cineasta Mario Crespo, cuenta su propia vida. Al personaje protagonista se le plantea un dilema: “Amar a Tarcisio, con lo que ello implica para una mujer warao, o seguir su vocación, a riesgo de pagar las consecuencias”.

Después de graduarse como bachiller docente y estar un año como maestra en San Francisco de Guayo, una comunidad warao a casi once horas de navegación desde Puerto Volcán, Teresa sintió que “algo la llamaba a ir más allá”. Un día una amiga le dijo “vámonos a Caracas, que allá hay trabajo”. La activista indígena confiesa que no lo pensó mucho y que cuando llegó a la capital, en 1980, compró un periódico y comenzó a buscar empleo. Primero trabajó como docente por Miraflores y luego en La Vega. En Caracas se casó y tuvo a sus dos hijos: Richard y Neixy. Desde entonces experimenta la tensión de estar entre el mundo warao, con todas las convenciones hacia el rol de la mujer que puede tener una cultura de al menos ocho mil años, y el mundo occidental, que aún no supera el racismo estructural hacia el indígena.

—Mi esposo que no era indígena me valoraba, repetía orgulloso “ella es warao, ella es indígena”, pero

cuando su familia se dirigía hacia mí me decían “la india esa” y yo solo pensaba “bueno, mira, algún día ustedes verán quién es la india Teresa”. Por eso no tengo relaciones con ellos, solo con una cuñada que me pregunta cómo están sus sobrinos.

La misma discriminación ocurrió en sus primeros años de ejercicio como docente en Caracas. Teresa recuerda que en medio de una reunión, en la que le habían asignado trabajar un proyecto de cultura indígena con los niños de sexto grado, una maestra dijo con fastidio “¡ay no, pa` qué tanto indio” y que aquella expresión la afectó mucho.

—Me veían como si yo fuera lo último y yo respondía “mira, sabes qué, yo soy warao y todo, pero yo creo que yo valgo más que usted”. Claro, no tenía esa experiencia que tengo ahorita y a veces hasta me ponía a llorar.

Pese a la discriminación racial, cultural y étnica por parte de personas “altamente calificadas y garantes de la educación de calidad en instituciones educativas”, Teresa nunca se avergonzó de su diversidad cultural y poco a poco, sobre todo en sus últimos años en las escuelas, continuó introduciéndola en las aulas. Rememora con mucha emoción la vez que sus alumnos de preescolar cantaron el himno nacional en warao, o cuando les trajo *yuruma* (médula harinosa del moriche con la que los warao preparan un tipo de pan) y fibra de palma de moriche desde San Francisco de Guayo, y los enseñó a tejer cesticas. Poblada de estos recuerdos muestra algunas fotografías de aquella época –de peinados altos y hombreras– rodeada de sus estudiantes.

En un extremo de la mesa de comedor están sus libretas con las anotaciones de sus viajes al delta del Orinoco, algunos cuadernos de traducciones y una cartilla warao. A veces, en una de las páginas, escribe “cerrado el ciclo”, como una especie de ritual que la desliza de una fase a otra en su vida. En el otro extremo de la mesa, entre un cuaderno con el rostro del prócer y maestro Simón Rodríguez y una agenda que dice “Agenda Valores”, tiene una laptop tipo Canaima, que le dieron a su hija en el liceo donde hizo una suplencia por un año escolar antes de migrar, allí Teresa está escribiendo un libro sobre su vida.

—Siempre digo que la mujer warao es sinónimo de mujer guerrera y a todo terreno. Si me propongo algo lo tengo que lograr— enfatiza, e inevitablemente sus palabras resuenan a las de *Dauna*, que también se convirtió en maestra: “siempre supe qué quería para mí”. —Fíjate cuando encontré aquel anuncio en el Últimas Noticias que convocaba a los docentes en servicio a proseguir sus estudios de licenciatura en el Instituto Pedagógico de Miranda José Manuel Siso Martínez, ubicado en La Urbina, estado Miranda. Mi esposo me decía que ya yo estaba vieja y no podía estudiar, “qué vas a estar estudiando si no te hace falta, yo te mantengo”, y yo



EL RINCÓN WARAO DE TERESA. FOTO MINERVA VITTI

le respondí que quería tener mi sueldo y que así él me dijera que no, yo tenía que prepararme. En medio de mis estudios me operaron de un prolapso y con puntos y todo iba a clases, tenía a mis dos hijos, pero nunca dije voy a abandonar.



Teresa camina hasta su balcón, una selva poblada de plantas de jade, palos de la felicidad, sábilas y ají dulce que ella misma sembró. A un costado tiene varias Torre Eiffel de diferentes tamaños y el *Big Ben* de Londres, *souvenirs* de sus viajes a Europa, un canaleta que dice “*Yakaera... Gracias por zambullirte en la cultura e idioma warao. 23/6/2016*”, recuerdo del curso que dictó con la Fundación Abyayala; un *ja* (chinchorro) de fibra de moriche y un *mataro* que toma entre sus manos y comienza a sonar.

El canto de las semillas y piedritas llamadas *karekose* se superpone al ruido de los carros en la avenida, como si el mismo espíritu de esta maraca sagrada, usada por el *wisidatu* (shamán warao) para dirigir rituales, alejar las tempestades y sanar a los enfermos, la condujera hacia su territorio ancestral. Inmediatamente la maestra

recuerda una de las últimas veces que viajó a los caños, en 2020, con el equipo de Alterno para hacer un reportaje y se encontró con un Orinoco “full de curiaritas con veleros” e indígenas warao que emprendían travesías de hasta ocho días de navegación hasta Puerto Volcán, siempre bajo el riesgo del naufragio y robos en medio del río.

La crisis del país no solo ha aislado aún más a estas comunidades indígenas, por la falta de combustible y el costo exorbitante de los motores fuera de borda, sino que los hace huir como pueden para no morir de hambre y enfermedad. Lo que queda en muchos de los caños que visitó Teresa es un paisaje de indígenas esqueléticos por la desnutrición y la tuberculosis, niños con diarreas y escabiosis, rancherías totalmente desocupadas, ambulatorios sin insumos médicos, caminerías destruidas y comunidades sin electricidad.

—Ellos [los warao] creían que le íbamos a resolver los problemas, nos llenaron de cartas, íbamos a entrevistar a un líder pero no nos dejaban, querían hablar y hablar y yo lo que hacía era traducir: “que tenemos cinco meses que no nos vienen las cajas de comida”, “que el Mercal ya no funciona”, “que ella está diciendo que tiene fiebre y mareo por las tardes, que no come



A TRAVÉS DE SUS RECUERDOS TERESA NAVEGA LAS AGUAS DE DELTA DEL ORINOCO. FOTO MINERVA VITTI

y si come es una sola vez al día, que no está recibiendo nada de medicamentos y que ningún médico ha venido a verla". Ellos están así porque nadie llega hasta allá y ver la tasa de mortalidad tan alta es impactante. Nos dijeron que una familia entera murió de Sida en San Francisco de Guayo.

Aún sumergida en el sonido del *mataro*, sigue recordando aquellos días. A veces retrocede tanto que vuelve a aquel árbol en Araguaimujo donde se ahorcó su hermano; a su abuela viuda recogiendo cacao, entrando a los morichales, sacando yuruma, haciendo chinchorro; a la primera vez que navegó a canaleta con su padre hasta San Francisco de Guayo, las paradas en pequeñas islas para colgar sus chinchorros, las noches pobladas de estrellas, gritos de monos, rugidos de tigres y mosquitos comiéndole la piel.

—El esposo de una tía murió desnutrido. Eso no es justo. El Gobierno dice "la dignificación de los pueblos originarios" violando nuestros derechos. Los warao se están muriendo de hambre, recibiendo maltrato. Todos se preguntan ¿dónde está la alcaldesa? Si yo tuviera poder, ¿qué no hiciera por mi pueblo?, ¿pero, qué más puedo hacer por ellos?

Durante aquel viaje con Alterno también estuvo en Nabasanuka y Araguaimujo, el lugar al que siempre quiso volver.

—Sentí dolor y tristeza al ver cómo está mi comunidad. A la escuela llegan los niños descalzos, sin morrales, las puertas están destrozadas, las maestras trabajan sin herramientas, me dolió bastante y ¡bueno, pues! me puse a llorar.

Teresa es de las que piensa que la mirada del otro nos puede ayudar a tomar conciencia sobre cambios que necesitamos hacer para poder tener una mejor calidad de vida, que el respeto y la empatía son fundamentales a la hora de expresar nuestros puntos de vista.

—En el mundo del activista, la mirada es una herramienta fundamental para ayudar a los hermanos warao, a que ellos puedan obtener una nueva perspectiva sobre sus vidas y puedan lograr cambios significativos— dice esperanzada.



Junto al póster de la película *Dauna, lo que lleva el río* hay un árbol grande, que compró su hija Neixy en Amazon, pegado en la pared. Las ramas se bifurcan en decenas de brazos como si formaran el propio delta del Orinoco. De cada una penden hojas y pequeños cuadrados con las fotos de Juan Bautista Farrera y Guillermina Medina, los padres de Teresa; Nixon Camacho, su esposo; Neixy y Richard, sus hijos; Ricardo David, su nieto; y de la misma Teresa. En la pared del frente aparece escrita, como un reflejo del árbol en el agua, una frase en inglés que dice: "*Family. Like branches on a tree, we all grown in different directions yet our roots remain as one*" (Familia. Como las ramas de un árbol, todos crecemos en diferentes direcciones pero nuestras raíces siguen siendo una). Al lado está colgado un cuadro de *La última cena*.

Los depósitos de los deltas de los ríos más grandes se caracterizan por el hecho de que este se divide en múltiples brazos que se van separando y volviendo a juntar para formar un cúmulo de canales activos e inactivos. Es así como este árbol-delta cuenta una parte de la genealogía de Teresa: la muerte de sus padres y su esposo el mismo año de su graduación como profesora en el Pedagógico, sus hermanas insistiéndole "te tienes que venir, no te quedes allá sola en Caracas", el éxodo del pueblo warao, la migración de sus hijos a Argentina.

De todos los años que Teresa ha vivido en este apartamento, muchos han transcurrido viajando, aunque eso no le ha impedido convertirlo en su propio *janoko* ("el sitio del chinchorro" en idioma warao o el palafito o casa que se levanta sobre las aguas) en la ciudad. Cada metro cuadrado contiene los símbolos y paisajes de su cultura.

De una pared de ladrillos —que es una suerte de rincón warao— cuelgan: *tamaja waja* (la cesta en forma de plato), *tamaja jaje* (el canaleta), *tamaja dowanakaja* (el portabebés), *tamaja wajibaka* (la curiara), *tamaja yasi* (los sombreros), *tamaja torotoro* (la cesta donde el *wisidatu* guarda el *kanobo* —nuestros ancestros o abuelos— o *jebu* —espíritu maléfico o enfermedad—), *tamaja yami* (el abanico para avivar el fuego), *tamaja botoro a noko* (el tejido que envuelve la botella), *tamaja arujuba* (el sebu-

cán para exprimir la yuca), *tamaja najoro a yaronoko* (la totuma o tapara), la bandera de Delta Amacuro y hasta una panorámica antigua de la ciudad de Tucupita.

Abajo de todo esto está San Onofre, “el viejito con chiva” al que siempre Teresa se encomienda “como buena católica de mucha fe” cuando va a realizar cualquier cosa. El santo que le hizo el milagro de comprar esta casa.

En otro espacio hay fotografías de los *janoko* sobre un Orinoco que salpica el rostro de quien las mira. Incluso en su cocina ha realizado el laborioso proceso de teñir la fibra de moriche con *wiki-wiki*, un colorante artificial que usan los warao como sustituto de los tintes naturales, para luego extenderla al *jokoji* (sol) en su balcón.

—Si fuera por mi hija ya me hubiese ido, quiere que yo esté allá con ella, lo que pasa es que también tengo los perros y no sé, yo le digo “tu sabes como soy yo Neixy que estoy bien un día en un sitio y de repente, ¡ay no!, ya me quiero ir para Venezuela”— dice mientras sirve unas domplinas (arepa de trigo) con nata (crema de leche). Luego comparte orgullosa la facilidad de su hija para los idiomas, incluido el warao.

Aunque no se quiere marchar definitivamente, está tratando de vender este apartamento en el que solo la acompañan dos perritos —Delta y Piojo— que le dejó su hija, para comprarse uno más pequeño.

Las veces que ha visitado a su hija viaja por carretera hasta São Paulo, Brasil, desde donde toma el avión a Buenos Aires, Argentina. Es un viaje de varios días y de muchos riesgos pero la ruta más económica para ellas. Esta travesía le ha permitido entrar en contacto con los indígenas warao que permanecen en albergues gestionados por el ejército brasileiro y organizaciones humanitarias.

Según el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur), aproximadamente 6.800 refugiados warao viven actualmente en Brasil. Si tomamos en cuenta que, de acuerdo con el censo 2011, en Venezuela había 48.771 warao, estaríamos hablando de que 13 % de los warao ha migrado hacia Brasil. La mayoría de ellos llegan caminando en un recorrido de más de ochocientos kilómetros, entre ocho días o más, desde Tucupita.

—Hay algunos que trabajan en organizaciones como el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef), otros que van y venden sus artesanías y se regresan, otros que han conseguido otros trabajos y se han independizado, y otros que van a echar varilla. La mayoría te dice “no, que allá no tenemos comida, Lisetta [la gobernadora del estado Delta Amacuro] no nos da comida” y por eso es que se vienen. En Brasil la cosa está fea con las muchachas que están en la prostitución y trabajan, no sé, tiene que ser nocturno porque en el día lo que hacen es dormir.

Cuando regresa de Buenos Aires hace el mismo recorrido y siempre se asusta porque el autobús tipo Encava que la traslada desde Santa Elena de Uairén —al extremo sur de Bolívar y frontera con Brasil— hasta Caracas, viene tan cargado con toda la mercancía que los venezolanos compran para revender y palear un poco la crisis económica, que parece que se fuera a voltear. También por la cantidad de muertes y desapariciones que ocurren en las minas de oro del estado Bolívar, controladas por los grupos armados criminales, guerrillas y militares.



Teresa camina por el pasillo que conduce a su habitación. Los perritos la siguen. Desde la puerta de la cocina entra una luz natural que corre líquida sobre sus pasos. De pronto ese pasaje se ha convertido en una de las caminerías warao sobre el Orinoco. Pasillos y caminerías, ambos espacios liminales, sometidos a las corrientes de los pasos o las aguas, que no invitan a permanecer mucho tiempo en ellos pero habilitan la conexión.

Uno de los perritos se acuesta en la cama. Teresa busca en la peinadora una camisa que dice Ine ♥ Araguaimujo Delta Amacuro y la extiende a su lado. La diseñó su hija. Cuenta que cuando se la puso todos los warao le pedían que se las regalara. Luego saca el libro *Najanamu, ritual de fertilidad y comunión: por qué bailan los guaraos*, de Damián del Blanco, misionero capuchino que desde 1948 hasta su muerte en junio de 2017, dedicó su vida a los warao. En su letra quebrada, producto de una enfermedad degenerativa, el religioso le escribió: “*A Dauna tidaidamo*” (A Dauna anciana).

—Tu sabes que las caminerías tienen dos bases, tu tienes que caminar es por donde están las bases que las sostienen, no puedes pisar en todo el medio, sobre todo si las maderas están desgastadas y podridas; claro, eso lo sabemos nosotros y caminamos por el borde— dice recordando al compañero de Alterno que se cayó en el agua en su último viaje.

En el espejo de la peinadora queda la silueta de Teresa protegida por una estampita del Gran San Onofre. Después se gira hacia la puerta donde está pegado un dibujo de su nieto: dos personas que se agarran de las manos pero que tienen unos brazos tan largos como puentes, sobre ellos la dedicatoria “Para mi *natu* (abuela) Teresa”. Junto a la misma puerta descansan dos maletas vacías.

—Todos me preguntan ¿vas a regresar como *Dauna*? Y yo digo bueno, a lo mejor, quizás después. *Dauna* regresa después que recibe sus honores, su título, *Dauna* regresa porque tiene una deuda con su comunidad. Yo digo que quizás también tengo deuda con mi comunidad, con Araguaimujo. Quisiera tener poder para por lo menos rescatar esa escuela.



En la pantalla de la computadora se asoma el busto de Teresa. Está en Argentina desde hace dos años. En noviembre de 2022 regresó a Venezuela para finiquitar la venta de su apartamento, compró uno más pequeño “donde la inmobiliaria le pudo conseguir” y allí reposan sus cosas en cajas. En unos meses debe regresar para renovar su cédula de identidad y pasaporte. Mientras tanto se encarga de cuidar a su nieto de dos años y medio, a quien le está enseñando el idioma warao, y a dos sobrinos adolescentes que ayudó a migrar.

Lo que más le afecta en Argentina –además de la nostalgia– es el cambio de las estaciones. Hace algunos meses, en invierno, comenzó a toser con sangre y estuvo cinco días hospitalizada, le diagnosticaron bronquiectasia, una enfermedad en la que las vías respiratorias mayores de los pulmones se dañan, y que en Teresa está relacionada a una tuberculosis latente, la causa de muerte de su padre.

La salida de Venezuela fue traumática para ella. Los días previos murió una de sus hermanas y tuvo que “dormir” a sus dos perros porque estaban muy enfermos y ancianos. Además, debió cruzar la selva –desde Pacaraima a Boa Vista– por una trocha y continuar la travesía por carretera y río. El 31 de diciembre de 2020 lo pasó en el Terminal Rodoviário de São Paulo, Brasil, llorando un llanto antiguo y llena de picaduras de hormigas. Allí estuvo dos noches “más despierta que durmiendo”, cuidándose, “porque veía personas de muy mal aspecto a altas horas de la noche”. Después la empresa Eucatur, una línea de transporte brasileño, la indemnizó “por los daños y perjuicios ocasionados” –la unidad accidentada durante la travesía por la selva amazónica– que hicieron que tuviera que cambiar la fecha de su vuelo.

—Salí con muchos duelos encima.

La maestra warao muestra su Documento Nacional de Identidad (DNI) argentino válido por quince años, pero sigue pensando en proyectos que pueden desarrollarse en las comunidades indígenas. Desde esta nueva geografía está trabajando en un glosario warao de palabras nuevas con su primo Rubén Bastardo, indígena y maestro warao que migró a Brasil; participa del grupo de Defensoras de la Naturaleza de Alboan; está animando a su hermana para crear un proyecto que le permita vender sus artesanías en el extranjero; y hasta piensa que su cuñado podría trabajar una temporada como fabricante de curiaras en el Delta de Tigre, un lugar ubicado en el municipio Tigre en Argentina, que cada vez que visita la retrotrae a los caños del delta del Orinoco. Cuando termina de enumerar sus proyectos, Teresa levanta emocionada un paquete de hojas apiladas: es el manuscrito de su libro.

Esta activista indígena insiste que aquello que le permite resistir en el nuevo territorio es el idioma y la

cultura warao, se emociona cuando su nieto la saluda “*natu nojera*” (“abuela tengo hambre”) desde las rejas del jardín. En Argentina ha grabado varios mensajes en warao para la radio de los misioneros de la Consolata, una congregación que conoce bien porque tienen trabajo en las comunidades warao de Venezuela.

Cuando se le pregunta por el deseo de regresar a Venezuela su rostro se compunge como si mirara en el fondo de una marea alta. Recuerda a sus hermanas que están fuera del país y todo lo que puede lastimar debajo del lodo si la caminería se rompe.

—Tal vez iré y vendré, pero quedarme allá... yo sé que en todos estos países hay inflación pero nada que ver con Venezuela, por lo menos aquí no he hecho cola para comprar –por un momento hace silencio–. Me enfermé tanto subiendo agua por las escaleras... –de pronto vuelve animarse– Lo que sí quisiera es ir para el Centenario de la Misión de Araguaimujo, están contactando a los ancianos y docentes que han migrado de sus comunidades. Quisiera estar allá con la Iglesia, apoyar a los hermanos warao; pero bueno, amanecerá y veremos...

*Periodista venezolana. Es parte del área de investigación de asuntos indígenas y ecología de la Fundación Centro Gumilla. Fue jefe de redacción de la revista *SIC* (2013-2018). Autora del libro *La fuerza del jebumataro. Historias de despojo y fortaleza de la Venezuela indígena* (2019, **ab**Ediciones UCAB y Ediciones Centro Gumilla).

LARA

Las mujeres que mantienen vivo el café de Copalar

ASDRÚBAL MORÁN*

Aurelia Guedez, Rosa Luna y Elva Colmenares son las primeras mujeres que ocuparon cargos directivos en la Cooperativa Copalar, después de treinta años de protagonismo de los hombres. En el mundo campesino de Lara, sus historias son olor, sabor y frutos que, como el café, aprenden a crecer entre otras matas



LIDERESAS DE COPALAR: ELVA COLMENAREZ, AURELIA GUEDEZ Y ROSA LUNA.
FOTO ASDRÚBAL MORÁN

UN CAFÉ PARA RECORDAR

“Con el paso lento y la velocidad del rayo”, saluda Aurelia Guedez y agrega que vino preparada para todo, “eso lo aprendí, desde niña”. Ella nació en Guárico, municipio Morán del estado Lara y pronto va cumplir 70 años. Es casada, tiene dos hijos y dos hijas, y en su comunidad, La Primavera, tiene el prestigio de ser “clara en sus planteamientos y colaboradora con sus vecinos”. Acompañando a Aurelia están Rosa Luna, 60 años, casada, dos hijas, de la comunidad de Villanueva, donde la conocen como “una buena amiga y solidaria”; y Elva Colmenares, 65 años, viuda, tres hijas y dos hijos, “una mujer constante y emprendedora”, que vive en el caserío El Alto. Ellas son las primeras mujeres que ocuparon cargos directivos en la Asociación Cooperativa de Servicios Múltiples Agropecuarios Lara (Copalar), después de treinta años de protagonismo de los hombres.

Elva Colmenares toma la iniciativa de preparar “un cafecito sabroso para compartir”. Mientras coloca la olla de agua en la hornilla le tiembla un poco el pulso.

—En 1970 caímos en cuenta que el intermediario comprador de café, el prestamista y las autoridades no nos consideraban. Unos pagaban muy mal el café, los otros cobraban con mucho interés mensual al hacer los préstamos y quienes gobernaban seguían ofreciendo promesas sin cumplirlas y los planes, cuando los hacían, no duraban un buen tiempo— rememora con las palabras entrecortadas.

A medida que el agua hierve, Rosa Luna intenta exponer sus argumentos “con un poco de fuego”, para destacar cómo ha tomado las iniciativas en su vida.

—Esto se va calentando —bromea—. Yo decidí podar mi vida tempranamente, renovarme, esperando brotar de otra manera, como otra rama. Aproveché un curso que organizó la cooperativa y allí me di cuenta que no hay que torcer el camino de la vida, no hay que imponerse a los otros, porque todos podemos estar, la broma es cómo lograrlo. Debe ser sin desplazar a nadie, todo desde su sitio, contando con la mujer y el hombre— comparte la lideresa y asegura que si uno entiende que el vecino y los demás son iguales, “las conversas son planas como es el horizonte”. —La vida es parecida al café porque este es libre, va haciendo su vida, sin pisar a nadie, dándonos olores, sabores y frutos para vivir, va abriéndose con las otras matas. Vive moviéndose como un Rey sin molestar a los otros Reyes— prosigue risueña.

Aurelia, que está ayudando a buscar las tazas, el azúcar y las cucharillas para servir el café, aprovecha el pequeño silencio de sus compañeras.

—Cuando ocurrían los derrumbes de las montañas en los caseríos, que trancaban carreteras y caminos, nos juntábamos e íbamos todos a reacomodarlas. Unos con palas, picos, machetes. Otros reuníamos para hacer la comida y darle a los que trabajaban. Todo esto fue nacido promovido por la Legión de María conformada por los caficultores, los misioneros australianos —guiados por el Padre Vicente Arthur—, y el Centro Gumilla.

Recuerda que a partir de estas experiencias la comunidad sintió la necesidad de darle forma a lo que hacía y entonces legalizaron las Asociaciones Civiles de Crédito y Servicio y las llamaron Uniones. En 1980, veinticinco Uniones conformaron el Centro Regional de Abastecimiento y Mercadeo (Cramco) y en 1990 se convirtieron en la Cooperativa Copalar.

Sentadas en una mesa redonda y ya con el café servido, Rosa Luna continúa contando.

—Los caficultores vestimos de café estas montañas de Guárico y Villanueva, es el oro verde que nos ha salvado. Esto lo hicimos por nuestra cuenta. Con tanto descuido e injusticia sobrevivimos. Aprendimos a vivir así. Nos sentimos contentas, con muchas fortalezas, siempre ayudándonos, los unos con los otros.

La afirmación de Rosa Luna aparece en los escritos del historiador tocuyano, Pedro Rodríguez, quien

documentó que el café era el principal producto de las exportaciones y centro de las preocupaciones gubernamentales: “Estas cordilleras, las de Villanueva y Guárico, fueron pobladas con mucha fuerza por allá a finales 1895”.

Las mujeres aseguran que antes, muchas de las personas que trabajaban en las fincas venían de diferentes caseríos y otros pueblos en tiempos de cosecha; pero que ahora el empleo es poco y aquel modo de producir se fue olvidando y esto trajo pobreza para el caficultor, “un retroceso que no se ha podido recuperar”.

—El cooperativismo busca el bienestar de todos; por lo tanto, las mujeres y hombres podemos compartir los cargos, la información, el trabajo, los aprendizajes. Cambiar la pirámide de unos arriba, otros en medio y otros abajo. Romper el secretismo, la conchupancia y los vicios del cogollo que beneficia a los amigos, a los de arriba— reflexiona Rosa Luna.

Elva mueve la cabeza de arriba hacia abajo en señal de aprobación y escribe algo en su cuaderno.

—Yo todo lo anoto, no sé escribir mucho, así algo queda.

Al terminar la taza de café, Aurelia invita a sus compañeras a recorrer el galpón, sede de la Asociación Cooperativa Copalar. Asegura que la acción de las caficultoras y caficultores ha sido fuerte como esa construcción.

—Es grande, alto, se ve bastante e incluso tiene un letrero en el frente de medio metro cada letra. Pero usted pregunta en el pueblo de Guárico por Copalar y muy poca gente nos conoce. Así también es el liderazgo de la mujer; en las fincas, en los caseríos, en el hogar, en las Uniones siempre ejercemos tareas de líderes, pero solo se ve el trabajo del hombre.

El galpón industrial —de 30 metros de frente y 25 de profundidad— actualmente está arrendado. Tiene tres naves o divisiones en las que funcionan una bodega, un almacén de víveres al mayor y la oficina de Capacitación de Fe y Alegría. Fue en este espacio donde por más de treinta años, y con el aporte monetario de los socios caficultores, conformaron un gran capital y con eso fueron atendiendo necesidades del productor de café, “pero las malas administraciones quebraron Copalar en el 2010”.

Aunque las mujeres conocen la historia, un gran silencio se apodera del lugar. Recorren con sus ojos el estado actual del galpón y una oficina donde están todavía los equipos que quedaron de la quiebra.

LO QUE TANTO ESFUERZO COSTÓ DE MANERA FÁCIL DESAPARECIÓ

De vuelta a la mesa redonda, con las tazas de café vacías y la sensación de haber caído, Elva, la que todo lo escribe, mira el piso y hojeando su cuaderno retoma la historia de Copalar.



COCINA TÍPICA DE LEÑA DONDE LABORAN LAS MUJERES, COMUNIDAD VALLE HONDO, VILLANUEVA. ARCHIVO CENTRO GUMILLA



INTERVENCIÓN DE UNA MUJER MERIDEÑA, MIEMBRO DE LA FEDERACIÓN DE CAFICULTORES DE VENEZUELA. ASAMBLEA CRAMCO. AÑOS 80. ARCHIVO CENTRO GUMILLA

—Con Cramco, en 1980, empezamos a comercializar café, obteniendo muy buenos precios. Teníamos créditos, trajimos técnicos agrícolas que nos ayudaron a mejorar las fincas, comprábamos y vendíamos maíz y caraoatas al mayor. En la Unión nos reuníamos mensualmente y esa experiencia la hicimos con productores de Portuguesa, Barinas y Trujillo.

Cuando en 1990 salieron de Cramco, fundaron Copalar y continuaron comercializando el café, otorgando los créditos, hicieron el abasto de consumo e insumos, compraron un galpón en Barquisimeto donde instalaron la fábrica de café tostado, la pulidora para exportar café a Suecia y Holanda. También empezaron con las escuelas campesinas con Fe y Alegría, los comités de salud, los fogones mejorados, el café orgánico, compraron un camión y una camioneta. Posteriormente, obtuvieron el galpón de Guárico. Compraron terreno y construyeron un gran salón en Villanueva para las reuniones, asambleas y el pilón de maíz. Tenían médicos, farmacias y servicios funerarios para los asociados.



CASAS DONDE SE REÚNEN MENSUALMENTE LAS UNIONES, COMUNIDAD LA PAZ, MUNICIPIO MORÁN. ARCHIVO CENTRO GUMILLA

Rosa Luna, que no escribe tanto pero confía en su memoria, resalta que, a veces, los entes gubernamentales no toman en cuenta el alza o baja del precio del café y todo queda en “sálvese quien pueda”.

—Con tantos problemas y el descuido del área rural, los caficultores no nos retiramos de la producción, ni dejamos solo el campo, seguimos el matrimonio con la montaña, cuidando los bosques asegurando el agua del río Morador que va al estado Portuguesa y del río Tocuyo que va a la represa Dos Cerritos.

Cuando Copalar quebró, los caficultores tampoco se quedaron con los brazos cruzados. A pesar de que la tarea fue grande, se dedicaron a “sacar cuentas”, “a quiénes debíamos”, “cuánto teníamos”, “vender lo que nos quedó”. Para esta labor, por primera vez, la asamblea de Copalar admitió a una mayor cantidad de mujeres en la directiva, aunque en el 2006 ya estaba Alida Manzano, lideresa campesina de la Unión Mirasol.

—Fueron cinco años de preocupaciones. Les debíamos a 32 trabajadores, al prestamista, al banco, al gobierno, al seguro, debíamos pagos de servicio. Poco a poco fuimos vendiendo bienes y logramos pagar todo. También nos tocó defender el galpón de Guárico

ante una medida judicial de ocupación dictada por un Tribunal— explica Rosa Luna.

Aurelia Guedez también describe “la vida nueva que desde 2015 se vive en Copalar” y que llaman “la refundación”. Durante esta etapa las mujeres se dedicaron a cuidar el galpón e iniciaron una “nueva capitalización” con lo que compraron y vendieron cambures, maíz y bolsas de comida.

—En esos tiempos muy pocos colaboraban, pasábamos mucho tiempo solas, trayendo nosotras la comida, sin ninguna remuneración, dándole calor al local— dice Aurelia.

Las Uniones se volvieron a activar en dieciséis caseríos de las parroquias Hilario Luna y Luna, capital Villanueva; y Guárico, capital Guárico, ambas parroquias del municipio Morán, estado Lara. Los productores de café, en total 107, han vuelto a encontrarse cada mes. Son reuniones informativas, educativas y de interés comunitario donde hablan de cómo van las fincas, lo que pasa en el mundo y en la comunidad.

—Estamos capitalizándonos de nuevo e impulsando la integración en la Cooperativa Copalar—se entusiasma Aurelia.



MAPA GEOGRÁFICO DE LA ZONA DE CULTIVO.
FOTO BLOG DANIELA ECHEVERRÍA

EL LIDERAZGO FEMENINO: UN PASO ADELANTE Y UN PASO ATRÁS

Cuando se les pregunta a estas mujeres por sus roles de liderazgo, cada una encuentra el origen de las dificultades en sus propios núcleos familiares, donde han tenido que dialogar con sus esposos para que no sean ellos los únicos que tengan la voz cantante.

—Yo no soy líder. Me ha gustado trabajar de otra manera en la familia, la comunidad y en las organizaciones donde he estado. Cuando me casé, yo le dejé claro mis criterios a mi esposo. “Acá los dos somos dueños de este hogar, usted pone dinero y yo también. Como los dos ponemos, en esta familia todo lo que ocurra lo conversamos y si no estamos de acuerdo lo guardamos hasta que logremos un consenso”. Yo nunca me dejé de él y yo tampoco le impuse nada. Eso lo aprendí yo en la vida— dice Aurelia, la primera que se anima a intervenir.

Rosa mueve la silla y se coloca de pie, camina de un lado a otro.

—Yo empecé tarde. Un día comprendí que las oportunidades no las aprovechaba bien por dejar las decisiones en mi marido. Que cuando las cosas salían bien, solo él ganaba y cuando salían mal yo era la culpable. Hablamos el punto y ahora muchas de las cosas de la casa la hacemos con la opinión de él y la mía— comparte Rosa su experiencia.

Un breve silencio se apodera de la reunión. Las mujeres se miran entre sí, como admiradas por lo que cada una de ellas está diciendo.

—Me incorporé a esto porque había pocos hombres y mujeres que querían asumir cargos directivos. El asumir estas nuevas tareas lo vi normal, porque ya había muchas mujeres participando en consejos comunales, en las Unidades de Batalla Hugo Chávez (UBCH) o en comunas— agrega Elva.

De alguna manera estas situaciones en sus hogares son un espejo de lo que ocurrió en Copalar, donde la asamblea estaba compuesta en un 80 % por hombres.

—Siendo honestas con lo que pasó, lo que permitió nuestra incorporación fue su incapacidad para resolver situaciones exigentes y conflictivas, por eso nos cedieron el paso, aunque en la cotidianidad no hubo dificultades para trabajar tanto los hombres como las mujeres. Todo lo hicimos sin ningún tipo de diferencias— asegura Aurelia.

Rosa Luna dice que en el campo pareciera que hay distribución de tareas, el hombre se ocupa de la finca y la mujer del hogar, pero en realidad existe una sobrecarga del trabajo en el sexo femenino y “el hombre sigue teniendo igual o más poder que antes”. Por esta razón, al seleccionar cualquier cargo en las organizaciones comunitarias, a la mujer se le relega mientras que el que resalta y ocupa posiciones dominantes es el hombre.

Las tres lideresas coinciden en que la mujer campesina sigue manteniendo un importantísimo rol en lo económico, pues muchas veces constituyen la principal fuente de supervivencia del grupo familiar; pero al mismo tiempo aseguran que a pesar de tener mucha participación e importancia en la economía del grupo doméstico, “no se ha producido un cambio en la vida social del caserío para el bien de los dos sexos”.

—Aunque son muchas las responsabilidades y tareas donde las mujeres invertimos mucho esfuerzo y atención, solo el hombre goza y se le reconoce el derecho al descanso, el sábado o domingo con los amigos— insiste Elva.

Lo compartido por Elva, Aurelia y Rosa no se trata de un clamor silencioso, el trabajo que desempeñan en Copalar sigue calentando el fogón del liderazgo femenino en el mundo campesino de Lara, donde el rol de las mujeres ha sido esencial para mantener vivo el café.

*Educador, cooperativista, acompañante de procesos educativos populares y coordinador regional de formación comunitaria del Centro Gumilla Lara.

MÉRIDA

Manuela Ariza, devolver el poder de parir a las mujeres

JOSUE ARAQUE* / REBECA PÉREZ**

En La Azulita existen dos parteras, una de ellas es Manuela Ariza quien vivió durante doce años en esta comunidad enclavada en los Andes venezolanos, y continúa manteniendo lazos fraternos desde su labor como partera, un oficio que le permite a la mujer reconectar con su propia naturaleza femenina y retomar el parto como el proceso natural que es, acompañada por otras mujeres que poseen sabiduría para guiar ese sendero



AUTORRETRATO DE MANUELA ARIZA

Manuela, de 38 años, cuenta que desde que comenzó su aventura en la maternidad tenía claro que dar a luz en un hospital era la opción más común y, aunque siempre había oído historias de mujeres que parían en sus hogares con la ayuda de parteras, en La Azulita, un poblado ubicado en las montañas del estado Mérida, Venezuela, de donde es oriunda, no conocía a ninguna.

—Mi mamá me contó que ella y sus hermanas habían nacido en su casa con una partera— dice Manuela como intentando zurrir los pedazos de una historia.

Precisamente este desconocimiento fue lo que la llevó a tener su primer parto en un hospital. De este momento recuerda que no experimentó maltrato verbal, ni descuido por parte del personal médico, todo lo contrario, las enfermeras y el médico fueron extremadamente atentos, pues era la única mujer en trabajo de parto.

Lo que sí la afectó fue la excesiva intervención médica, siendo alguien que nunca había tomado medicamentos —ni antibióticos ni antiinflamatorios— porque su padre era un médico naturista y “siempre se crió en un ambiente natural”. El hospital y sus protocolos le resultaron extraños.

—Cuando llegué solo me dieron un par de instrucciones. Luego fui colocada en una camilla, sometida a exámenes y pruebas sin ningún tipo de consulta previa. Mientras las contracciones me afectaban, yo no quería estar allí, no quería estar rodeada de luces brillantes y frío en esa camilla. Me sentí incómoda. Pero me vi obligada a permanecer tumbada, una posición que, personalmente, consideraba la peor— detalla Manuela

lo que a su parecer demuestra la rutina establecida a seguir en estos centros asistenciales.

Durante el trabajo de parto, a Manuela le realizaron una episiotomía —incisión quirúrgica en la zona del perineo femenino, que comprende piel, plano muscular y mucosa vaginal, cuya finalidad es la de ampliar el canal “blando” para abreviar el parto y apresurar la salida del feto— sin que ella tuviese conciencia de ello, le administraron anestesia y la suturaron. Cuando despertó, un par de horas después, no podía sentir sus piernas.

—Fue una sensación de impotencia, abrumadora. Además, me recetaron antiinflamatorios, algo que nunca antes había tomado. Mi cuerpo reaccionó de manera alérgica y me apareció una terrible erupción cutánea que duró varios días. Aquello fue un posparto traumático.

Manuela aún recuerda la experiencia de encontrarse sola en el hospital, sin sus seres queridos y en medio de personas que nunca había visto. Esta sensación de orfandad la marcó tanto que pensó en no volver a tener hijos. Sentía que su cuerpo había sido sometido a un maltrato.

—Fue muy fuerte; imagínate, para mí fue como una cachetada para mi cuerpo.

El trato de la mujer durante el parto, en Venezuela y otros lugares del mundo, presenta generalmente las mismas características relatadas por Manuela: es impersonal, el personal de salud da pocos detalles sobre los procedimientos que se van a realizar, los términos técnicos van y vienen, todo como parte de una rutina habitual que es prácticamente desconocida por las mujeres que son atendidas.

En la mayoría de los casos, un parto se convierte en una experiencia traumática porque se atropellan los tiempos naturales del proceso y no se posibilita que cada mujer lleve y viva su ritmo. Esta situación conlleva a que muchas elijan la cesárea como primera opción, aunque la Organización Mundial de la Salud (OMS) recomienda llevar a cabo esta intervención quirúrgica solo cuando el proceso del parto no puede desarrollarse de manera natural, es decir, cuando es un parto prolongado, existe sufrimiento fetal o persiste una presentación anómala.

No obstante, los fundamentos que respaldan la práctica recurrente de cesáreas, en un gran porcentaje de casos se aleja de las justificaciones adecuadas para esta técnica, sin importar los riesgos a los que se expone a la mujer como pueden ser el sangrado, infecciones y un mayor tiempo de hospitalización.

Un estudio publicado por la revista médica *The Lancet* alarma acerca de cómo desde el año 2000 la proporción de cesáreas realizadas en el mundo se ha multiplicado por dos, del 12,1 % ese año a 21,1 % en 2015. En las distintas regiones existen grandes diferencias, entre las que

destaca América Latina y el Caribe, donde el 44,3 % de los nacimientos se producen mediante esta intervención, más que en ningún otro lugar. En algunos de estos países la proporción de nacimientos a través de esta cirugía es incluso mayor que las de parto común, como es el caso de República Dominicana (con un 58,1 % del total), Brasil (55,5 %) y Venezuela (52,4 %)¹.

En el caso de Brasil, el procedimiento quirúrgico se ha proyectado como un método en el cual las madres dan a luz e inmediatamente se someten a una ligadura de trompas para evitar futuros embarazos. En otros casos, y es lo que ocurre en casi toda Latinoamérica, se desarrolla esta práctica por la conveniencia para el personal médico de planificar fechas y horas para la cirugía, con lo que se evita la espera del parto natural, que en muchos casos amerita la inversión de un tiempo prolongado.

La OMS argumenta que la cesárea debe ser el último recurso para dar a luz y que la cantidad de partos por cesárea no debe exceder el 15 %. A su vez, destaca los beneficios del parto vaginal o natural. Para la madre: menor tiempo de hospitalización, pronta recuperación luego del alumbramiento ya que puede movilizarse por sí misma. Para el bebé: mejor vínculo y apego con la madre, mejor lactancia, mejor adaptación del recién nacido².

UN SEGUNDO NACIMIENTO

Cuando Manuela se enteró de su segundo embarazo, comenzó a pensar en alternativas amigables para su cuerpo y la vivencia de emociones agradables en torno al nacimiento; deseaba un parto mucho más natural, no solo desde el hecho de que fuera vaginal sino también por el ambiente en que se realizaría y las personas que la acompañarían.

—Entre mi primer y segundo hijo comencé a escuchar y ver testimonios de mujeres que habían tenido partos en sus hogares. Fue así como conocí a Itzar, la primera partera que llegó a mis oídos, que en paz descansa.

Itzar había dado a luz a once hijos en su casa y también ofrecía asistencia a otras mujeres en sus propios hogares. Su experiencia alimentó en Manuela la idea de ver nacer a su segundo hijo en el calor de su hogar, aunque para ese momento la comadrona ya había muerto, también develó un poco la historia de las parteras en Mérida.

Antiguamente, en varias de las aldeas que conforman La Azulita y otros pueblos de Mérida era bastante frecuente que viviera una partera, esa mujer que asistía los partos de quienes habitaban esas zonas más alejadas del centro principal donde existían las instalaciones médico asistenciales.

Las parteras o comadronas siempre fueron reconocidas en su comunidad, respetadas y consultadas —como

los antiguos chamanes, sacerdotes y sacerdotizas—, no eran líderes en el sentido cultural político sociológico, eran mujeres reservadas que estando en sus casas, en su cotidianidad, eran requeridas por la comunidad para que asistieran a las madres gestantes, además de atender otros casos como la “caída de cuajo” o el “mal de ojo”, muy conocido en la cosmovisión andina merideña; las “sobas”, los remedios para los males del cuerpo. Se formaron como mujeres sabias de su ambiente y del uso equilibrado de la naturaleza, de la farmacopea de la naturaleza.

Otra partera sobre la que escuchó Manuela en sus indagaciones se llamaba Kachi. Unos amigos artesanos le contaron que habían elegido tener sus partos bajo el cuidado de esta comadrona, que a la vez había tenido a sus hijos en su propia casa.

—Comprendimos que el momento del parto era íntimo y de pareja, decidimos que lo íbamos a hacer nosotros mismos. Ya habíamos presenciado un parto y habíamos brindado apoyo, así que no teníamos miedo. Asumimos que el parto es algo natural, siempre y cuando la madre y el bebé estén sanos, y no hay motivo para temer.

Fue entonces cuando Manuela y su compañero iniciaron un proceso de búsqueda de información científica y apoyo médico especializado. Evaluaron los pros y contras, idearon un plan de acción y mitigación de riesgos, investigaron todas las posibles causas de cualquier complicación que pudiera surgir durante el parto. Buscaron información en Internet, en libros, y recurrieron a amigos que habían pasado por la misma experiencia. La primera recomendación de los médicos consultados fue la realización de cesárea. Sin embargo, ellos no declinaron frente a su decisión inicial. Se prepararon con tinturas y plantas medicinales para sortear cualquier eventualidad.

Manuela comenta que había aprendido la importancia de ciertos cuidados para ayudar al cuerpo a prepararse para el parto, como la aplicación de cera de abejas en los pezones, aceite de ajonjolí en el periné y masajes para evitar desgarros. También consumió hierbas para aflojar la musculatura y ayudar al cuerpo en el proceso. Todos estos cuidados le permitieron tener un parto seguro y saludable, sin necesidad de tomar antibióticos ni pastillas. Adicionalmente, contó con los valiosos consejos de una ginecoobstetra que le dieron más seguridad en su decisión.

Cuando llegó el día del nacimiento, el ambiente que rodeaba a la pareja estaba cargado de alegría y valentía transmitidas por Manuela. Las contracciones iniciaron a las 11:30 p. m. y la experiencia fue radicalmente diferente a la primera.

—Tenía la libertad de moverme a mi propio ritmo y a mi propio tiempo, con el apoyo de mi compañero. Sus

caricias y su voz me dieron la confianza que necesitaba para sentirme segura. Durante el proceso de parto, pude ir y venir, estar sentada, parada y agarrarme de lo que necesitaba para sentirme cómoda. La energía en ese espacio era otra, la libertad de movilidad y la ausencia de intervenciones médicas me permitieron tener un parto natural y sencillo.

Manuela comparte que, a pesar de los desafíos, la decisión de parir en casa resultó ser una experiencia única y emocionante.

—Nos sentimos afortunados de haber contado con el apoyo de nuestra comunidad y de haber podido tomar el control de nuestro propio parto. Esta experiencia nos enseñó la importancia de confiar en nosotros mismos y en nuestras decisiones, incluso en situaciones difíciles.

Esta experiencia despertó en ella el deseo de poder acompañar el nacimiento de otras vidas y a las madres en el proceso, y sobre todo de promover esa alegría íntima que nace de la satisfacción de vivir un momento tan especial entre madre e hijo, "... una alegría infinita que muchas mujeres no logran conocer cuando el parto es en un centro asistencial de salud". Así, se convierte en partera, cuenta su experiencia, motiva y acompaña a otras mujeres que han tomado la decisión de dar a luz en casa.

—Como mujeres, debemos reconocer nuestra propia fuerza y no depender completamente de los médicos. [...] Todas merecemos una bienvenida cálida y amorosa al mundo, y no una experiencia fría y antinatural. Es fundamental que seamos tratadas con cariño, empatía y amor, especialmente cuando estamos trayendo una nueva vida al mundo. Por eso, me gustaría que todas las mujeres tengan la oportunidad de dar a luz en casa, con el apoyo adecuado de parteras y profesionales capacitados. Con mi conocimiento autodidacta, deseo ayudar a otras mujeres a tener una experiencia de parto más humana y amorosa, sin temor al maltrato o la falta de atención médica adecuada.

ACOMPañAR LA BIENVENIDA A LA TIERRA, UNA LABOR ANCESTRAL

Resulta complejo establecer una cronología precisa, pero haciendo un ejercicio de los hitos más importantes de la partería, tanto en Venezuela como en el mundo, puede indicarse que, en la antigüedad, esta era una práctica común en muchas culturas como la egipcia, griega y romana. En estas sociedades, y prácticamente hasta la Edad Media, las mujeres que tenían experiencia en el parto ayudaban a otras mujeres durante el proceso³.

En el siglo XVIII, con la llegada de la medicina moderna, la partería comenzó a ser vista como una práctica po-



MANUELA CON SUS PRODUCTOS NATURALES AL SERVICIO DE LAS MUJERES.
FOTO CORTESÍA DE MANUELA ARIZA

co segura y se intentó restringir la labor de las parteras. En muchos países fueron sustituidas por médicos varones⁴. Durante los siglos XIX y XX, a pesar de la influencia de la medicina moderna, la partería continuó siendo practicada en muchas comunidades rurales y áreas sin acceso a servicios médicos. En este período también surgieron movimientos en favor del reconocimiento y la regulación de la partería⁵. Actualmente, la partería ha experimentado un resurgimiento. Se ha promovido la formación de parteras profesionales y se han establecido regulaciones para garantizar la calidad de atención y la seguridad de las mujeres durante el parto⁶.

En el estado Mérida, gran parte de las comadronas mayores han muerto, pero afortunadamente se mantiene el conocimiento transmitido. En La Azulita existen dos parteras, Tomasa y Manuela, ambas representan el legado vivo de una práctica ancestral que se ha desarrollado en diferentes culturas a lo largo de la historia.

Manuela cuenta que cuando vivía en La Azulita, "... una comunidad muy bonita, donde hay muchas mujeres conscientes de su propio cuerpo y de la vida", fue a visitar a una amiga que vivía en Caracas. Su amiga estaba esperando su tercer bebé y le dijo que sería ella quien traería a su hijo al mundo. Con una sonrisa, Manuela comparte que sintió que fue un verdadero regalo que su amiga le pidiera que fuera su partera, y ella asumió segura el compromiso. Esta es su primera experiencia como partera.

—El momento fue hermoso, nació Darlín, y me sentí invadida por una sensación increíble, porque había ayudado a mi amiga en ese momento tan especial. Todo fue mágico, natural, sano.

Desde entonces Manuela articula la experiencia natural con el conocimiento científico, cuando le piden que acompañe a alguna mujer le explica los protocolos y procedimientos necesarios para que sea un parto seguro y planificado, pero con respeto a la mujer y al bebé, en los tiempos que el bebé necesita y en el espacio natural de la madre.

—Yo, particularmente, mando a que se hagan todos sus exámenes, sus ecos, es muy importante para poder prevenir o evitar cualquier situación durante el parto. Por ejemplo, si una mujer es anémica y en el parto tiene una hemorragia; si sufre de tensión alta se nos puede complicar. El corazón de la madre, muchas hormonas, mucha adrenalina en ese momento, entonces es cómo saber manejar esa situación antes del parto. Hay partos que realmente no se pueden hacer en casa y que, verdaderamente, es necesario que la madre vaya al hospital; sí, para evitar perder la vida de la madre o del bebé. Entonces, uno tiene que asumir esa responsabilidad, hay partos que uno no puede atender, que lamentablemente no se puede, o que tiene que ser con cesárea— comenta Manuela, que actualmente vive en Tabay, otro pueblo de Mérida, desde donde continúa compartiendo su experiencia.

La partera explica que el problema no es la cesárea, dado que esta es necesaria en algunos casos, el problema es que todo sea una excusa para realizar cesárea. Manuela reclama el derecho de las mujeres a decidir, a vivir placenteramente un momento que por naturaleza es natural, a no cambiar la naturaleza del parto, a no sustituir las emociones y sensaciones que pueden llegar a experimentarse con esta experiencia.

La cirugía ha proliferado como un mecanismo deseable por muchos médicos y mujeres para traer la vida al mundo; los primeros, porque participan como promotores del modelo hegemónico dominante y las segundas, porque han recibido suficientes argumentos por parte de los primeros para sentir que este es el mecanismo más seguro, llegando a sentir que los métodos naturales son riesgosos e impredecibles.

—A mí me encantaría que todas las mujeres embarazadas pudieran pasar por esa maravillosa experiencia de parir en sus casas, en su ambiente, con sus familiares queridos, con su esposo a su lado, en un ambiente cálido, lleno de amor, sí. Eso es lo más precioso, y me parece una conexión bonita y de agradecimiento con la vida. Una forma muy bonita de dar la bienvenida a ese ser que viene a este planeta Tierra.

Al preguntársele a Manuela sobre el liderazgo que ejerce en su comunidad, responde:

—¿Líder yo? No, yo no soy líder, a mi casi ni me conocen— dice Manuela entre risas, sin percatarse que con su temple y conocimientos se ha convertido en una guía indispensable para las jóvenes parteras en formación.

*Geógrafo. Coordinador regional de la Fundación Centro Gumilla en Mérida. Profesor Agregado de la Escuela de Geografía de la Universidad de Los Andes.

** Geógrafa. Doctoranda en Ciencias Humanas. Profesora Titular jubilada de la Escuela de Geografía de la Universidad de Los Andes.

NOTAS:

- 1 Guadalupe Moreno: "América Latina, región del mundo en la que se practican más cesáreas" [en línea] <https://es.statista.com/grafico/15890/cesareas-practicadas-sobre-el-total-de-partos/> Statista. Edición del 7.6.2019.
- 2 "OMS recomienda que los partos por cesárea no excedan el 15 %" [en línea] <https://www.mspbs.gov.py/portal/5060/oms-recomienda-que-los-partos-por-cesarea-no-excedan-el-15.html#:~:text=La%20Organizaci%C3%B3n%20Mundial%20de%20la,no%20debe%20exceder%20el%2015%25>. En: Ministerio de Salud Pública y Bienestar Social Paraguay. Edición del 14.5.2015.
- 3 Confederación Internacional de Matronas: Historia de la partería [en línea] <https://www.internationalmidwives.org/es/noticias/historia-de-la-parter%C3%ADa.html>
- 4 *Ibidem.*
- 5 *Ibidem.*
- 6 *Ibidem.*

ZULIA

Berta Moreno, un ángel del Tukuko al servicio de las comunidades

DIANELIS SÁNCHEZ*

A través de la coordinación de la Cáritas Parroquial, ubicada a los pies de la Sierra de Perijá, estado Zulia, esta maestra yukpa demuestra que la caridad y el servicio son formas de liderazgo, en medio de un contexto plagado de violencia por los conflictos que ha generado la mora en la demarcación de los territorios indígenas, los asesinatos y la estigmatización de esta etnia



CORTANDO LAS VERDURAS PARA LA COMIDA DE LOS ABUELOS.
FOTO CORTESÍA DE BERTA MORENO

BERTA Y SU DÍA A DÍA

Con el canto del gallo, Berta inicia cada mañana agradeciendo a Dios todopoderoso por un nuevo día. Salta de la cama, monta rápido el café y desayuna para irse luego a la Casa Hogar, donde recibe a los voluntarios y revisa que tengan todo lo necesario para su olla solidaria, un programa que desde la Cáritas Parroquial coordina esta mujer de la etnia yukpa, de tez morena, que reside en El Tukuko y ha dedicado su vida al servicio de las comunidades indígenas de la Sierra de Perijá, en el estado Zulia, Venezuela.

—Pido a Dios no llueva— comenta Berta mirando el cielo. Las lluvias aún no se despiden de la Sierra y la maestra jubilada de 67 años de edad, teme la crecida del río Shukumo que debe atravesar junto al equipo de voluntarios para llegar a la comunidad de Saimadoyi donde los esperan.

Revisados los amarres de las mulas que llevan las ollas y víveres necesarios, un primer grupo inicia el recorrido que durará poco más de una hora. Berta se unirá más tarde porque debe esperar al resto de los voluntarios en la Casa Hogar. El hambre, la desnutrición y el paludismo —enfermedad que aún aqueja a muchos de sus paisanos— quebrantan la salud del cuerpo, como las promesas incumplidas y la ignorancia del espíritu, por lo que faltar a la palabra empeñada no es opción para la

maestra Berta, quien lidera a este grupo de voluntarios, y se ha ganado el cariño y el respeto de sus paisanos.

La algarabía de los niños que salen al encuentro de los visitantes alerta a los mayores que con curiosidad van acercándose a recibirlos, reconociendo a la maestra Berta, quien luego de saludar comienza a dividir al grupo de voluntarios y asignar las tareas para organizar la jornada y aprovechar el día.

Los miembros de la comunidad se suman a la búsqueda de la leña para preparar el fogón y montar la olla comunitaria a la cual contribuyen con la yuca, el ocumo y el ñame — que llaman tubérculos— cultivados en sus propios conucos. La oración de entrada y la charla sobre el lavado de manos, el método Sodis para purificar el agua y prevenir enfermedades, acompañan la evangelización haciendo de la caridad expresión de amor y servicio, así como de la responsabilidad asumida un verdadero compromiso.

En respuesta al hambre que aqueja a la población yukpa, cada miércoles, Berta junto a sus voluntarios atienden a los niños, embarazadas y lactantes de esta comunidad y las comunidades cercanas a la Misión Los Ángeles del Tukuko. Para este encuentro llegan temprano, sacan todos los implementos que necesitan, peso, tallímetro, el estandarte, la papelería para el registro de los datos que recogerán en la jornada. Cuando todos llegan y están reunidos agradecen a Dios por el encuentro y dan una charla sobre lavado de manos, tratamiento del agua para el consumo, qué hacer si los niños tienen fiebre o diarrea y empiezan a pesar y tallar a los niños para ir detectando la desnutrición y así poder acompañar y ayudar a superar el diagnóstico. Al mediodía, cuando finaliza la jornada, regresan a sus casas, para encontrarse nuevamente en la tarde y recoger los insumos que usarán para la semana siguiente en la preparación de la comida de los abuelos.

Berta no se detiene. Los jueves también se encuentra con su equipo para preparar la comida de “sus abuelos” como ella cariñosamente los llama. Con los insumos que recogieron el miércoles de la semana anterior preparan el fogón y se disponen a cocinar, mientras esperan que vayan llegando los abuelos.

—Algunos tardan hasta dos horas para llegar, pues viven en comunidades alejadas de la Casa Hogar— explica la maestra mientras sacan las mesas y los utensilios.

Como ya tienen el menú que van a elaborar, se distribuyen el trabajo: unos cortan las verduras, otros encienden la leña y así, poco a poco, entre todos, preparan la comida. Ese espacio de tiempo les permite a ellos tener largas conversaciones donde comparten sus vivencias y van organizando el trabajo de la semana siguiente. Para Berta y sus voluntarios el servicio no se detiene, terminan una cosa y ya están pensando en la siguiente, esa dinámica les permite sentirse muy cerquita de Dios.

LA CARIDAD Y EL SERVICIO, UN MODO DISTINTO DE LUCHAR

Como miembro del pueblo indígena Yukpa y su labor como docente y coordinadora de la Cáritas Parroquial, Berta ha hecho de la caridad y el servicio testimonio de la fe que profesa y su proyecto de vida en El Tukuko, comunidad indígena a orillas del río homónimo, ubicado en el piedemonte de la Sierra de Perijá, la cual forma parte de la cordillera andina occidental venezolana y es el límite geográfico entre Venezuela y Colombia, en el municipio Machiques de Perijá del estado Zulia.

Pese a las adversidades, las mujeres yukpas y entre ellas Berta, siguen inspirando y acompañando a sus comunidades dando testimonio de resiliencia y transmitiendo sus raíces y cultura a las nuevas generaciones. Hoy el servicio y la dedicación en favor de los miembros más vulnerables de su pueblo, como los niños, las madres adolescentes y los adultos mayores, es una de las luchas emprendidas por estas mujeres, que al mismo tiempo combaten la ignorancia, el hambre y la enfermedad.

Si bien la tierra garantiza el sustento y la sobrevivencia de los pueblos originarios, la realidad es que los yukpas no tienen acceso a sus territorios, lo cual genera un escenario de violencia y confrontación entre indígenas y no indígenas (empresarios, hacendados y ganaderos), donde la etnia ha sido cuestionada.

La lucha por la demarcación de los territorios ancestrales ha tenido en las mujeres del pueblo Yukpa importantes representantes, entre ellas Ana María Fernández y Alina Fernández, defensoras indígenas y miembros de la Organización de Mujeres Indígenas Yukpa de la Sierra de Perijá, Oripanto Oayapo Tüonde, quienes exigen justicia ante las instancias nacionales e internacionales en defensa de sus derechos. Estas mujeres han perdido padres, esposos, hijos y hermanos, víctimas de la violencia desatada por la lucha por la demarcación de su territorio, la guerrilla, la discriminación e injusticias por parte de los *watías* (palabra yukpa para referirse a los no indígenas).

Berta no se ha quedado al margen de estas luchas y por eso decidió ser voluntaria en Cáritas, para estar con Dios y así ayudar, servir y visitar a los más necesitados y vulnerables de su comunidad y las comunidades lejanas, y desde ese hermoso servicio evangelizar a sus hermanos indígenas, quienes cariñosamente le dicen “profe Berta”. Una de las cosas que más le gusta es hacer las cosas con amor a Dios; siente que estar en Cáritas le ha permitido colaborar, servir y conocer de cerca las necesidades de su comunidad y desde el conocimiento poder brindar ayuda.

EL LUGAR DONDE TODO EMPEZÓ

La Misión del Tukuko alberga un internado desde donde se potencia el aprendizaje de la artesanía tradi-



CAMINO A LA COMUNIDAD DE TIRAKIBO. FOTO CORTESÍA DE BERTA MORENO

cional, dirigido por la congregación de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana a quienes Berta recuerda con especial aprecio y agradece la educación recibida y las oportunidades brindadas, así como la labor desarrollada en favor de sus paisanos y la comunidad en general.

Los frailes capuchinos construyeron la misión a principios de los años cincuenta que lleva por nombre Los Ángeles del Tukuko, al igual que la Cáritas Parroquial donde Berta es coordinadora. La Misión contempla varias edificaciones, desde donde se llevan a cabo múltiples programas educativos, alimentarios y de salud que benefician a las comunidades indígenas de las etnias yukpa, barí y wayúu que habitan en la Sierra de Perijá.

El trabajo en favor de la educación realizado por esta congregación religiosa inspiró a Berta a estudiar Educación Integral y la animó desde sus primeros años a estar al servicio de los más pobres, alimentando su fe y haciendo de la caridad acción social a través de la docencia, profesión a la que dedicó veintisiete años de su vida.

Las hermanas de Santa Ana no solo se dedicaron a la educación de los niños sino que llevaron a cabo programas de alfabetización a los adultos, contando inicialmente con maestros de Maracaibo y Machiques



COMPARTIENDO LA PALABRA CON EL EQUIPO. FOTO CORTESÍA DE BERTA MORENO

y una matrícula de alrededor de ochocientos niños, a quienes ayudaron a continuar estudios en Santa María de Guana, Cabimas, Capacho y el Táchira. Con el tiempo, las hermanas fueron sustituyendo los maestros foráneos por miembros de la comunidad, y es así como Berta tuvo la oportunidad de compartir los aprendizajes adquiridos.

En el área de la salud, las hermanas trabajaron en función a los retos que representaba la medicina preventiva ante las enfermedades existentes en la localidad, brindando atención a las futuras madres y sus recién nacidos; curando heridas y dolencias de quienes lo requerían, con limitados recursos, pero con una fe inquebrantable, área donde Berta tendría la oportunidad de participar –años más tarde– en la labor que viene desarrollando a través de la Cáritas Parroquial.

Muchas fueron las personas que se cruzaron en su camino y le reafirmaron su vocación de servicio. Para Berta, hablar de la Misión y no mencionar a fray Nelson Sandoval, “el fray de los indígenas”, le resulta imposible; según comenta era una persona muy querida y respetada en la comunidad, de temperamento fuerte y convicciones profundas, quien organizó y acompañó muchas jornadas de solidaridad en favor de los indígenas, en las que Berta también tuvo la oportunidad de participar. Víctima de la pandemia de la Covid-19, este monje capuchino de aspecto risueño y hablar particular fue despedido en la Misión en una eucaristía de cuerpo presente, a la que asistió toda la comunidad de El Tukuko.

El trabajo que viene desempeñando desde la Cáritas Parroquial Los Ángeles del Tukuko le ha permitido a Berta sumar voluntarios y liderar un grupo de mujeres y hombres en favor de la población más vulnerable, entre los cuales se encuentran niños y ancianos. Desde la coordinación que asumió hace ya siete años, luego de la muerte de su compañera Inés a quien recuerda como una mujer alegre y servicial, actualmente suma un total de doce años formando y asistiendo como modo de retribuir las bendiciones recibidas y responder el llamado a optar por los más pobres que hace el papa Francisco.

VOLVER A LOS ORÍGENES

Esta maestra siente que la comunidad indígena de la cual orgullosamente forma parte ha perdido el rumbo trazado por los antepasados, dado que anteriormente solo existía un cacique en representación de todas las comunidades y había respeto; la siembra y venta de artesanías honraban sus costumbres. Luego empezaron a dividirse las comunidades y nombraron otros caciques ante la conformación de consejos comunales, a quienes el gobierno nacional “bajó recursos sin supervisión o control”. Lamentablemente muchos se dejaron corromper por el facilismo, abandonando sus fundos y emigrando a las ciudades cuando el dinero dejó de llegar.

Para Berta, la Ley del Patrimonio Cultural de los Pueblos y Comunidades Indígenas ha sido mal interpretada por algunos de sus paisanos, quienes mal asesorados por gente de fuera (*watías*), creen estar por encima de la ley y al faltar el dinero empezaron a pedir y comportarse de manera agresiva, perdiéndose el respeto y las tradiciones originarias. Es por ello que historias como la de Berta muestran un liderazgo y un modo de proceder diferente que no solo inspira, sino que muestra el orgullo de una etnia donde las mujeres han estado al frente, liderando las luchas que han escogido en favor de sus comunidades, y de esa forma volver a los orígenes, a la tierra donde los ángeles tocan el cielo en la Sierra de Perijá.

*Educatora. Voluntaria Cáritas Cristo Rey, diócesis de Machiques.

Salvar la vida en la tierra

Hacia la conversión ecológica

Manuel Zapata, s.j.
Minerva Vitti
Coordinadores editoriales

GUMILLA
entreculturas

978 980 250 083 3

LA FUERZA DEL JEBUMATARO:

historias de despojo y fortaleza de la Venezuela indígena

Minerva Vitti Rodríguez

VISION VENEZUELA

R GUMILLA

PEDRO TRIGO
LA ENSEÑANZA SOCIAL DE LA IGLESIA,
alternativa superadora de la situación

R GUMILLA

EL **CENTRO GUMILLA**
QUIERE CONTRIBUIR
CON EL LLAMADO
A LA **CONVERSIÓN
ECOLÓGICA**
DEL **PAPA FRANCISCO**
A TRAVÉS DE UN
CAMINO FORMATIVO
QUE VAYA
DESDE **EL INTERIOR**
DE LA PERSONA
HACIA AFUERA.

ESTOS TEXTOS
SON UNA AYUDA
PARA TALES FINES.

Fundación Centro
GUMILLA

☎ 0212-5649803 / 5645871

🌐 www.gumilla.org

📷 @CGumilla

🐦 @CentroGumilla



ESTAS MUJERES han entendido que defender la tierra es también defender su cuerpo, su ser mujer. Sus liderazgos son diferentes porque se manejan dentro de otros modos de relación basados en el cuidado, la ternura, la igualdad y la solidaridad, que potencian procesos sólidos en el tiempo.

A través de sus historias se evidencia cómo ellas viven el Buen Vivir teniendo un conocimiento de sí mismas, profundizando en sus raíces, para poder salir y darse a los demás. Ellas resisten desde sus manos: sembrando, preparando los alimentos, tejiendo, escribiendo, asistiendo partos; desde la danza y sus cantos: para estar bien con Dios, con su comunidad y con ellas mismas; y desde las ciudades manteniendo su idioma y su cultura. Sus vidas están íntimamente ligadas a la economía del cuidado.



ISBN: 978-980-250-094-9

